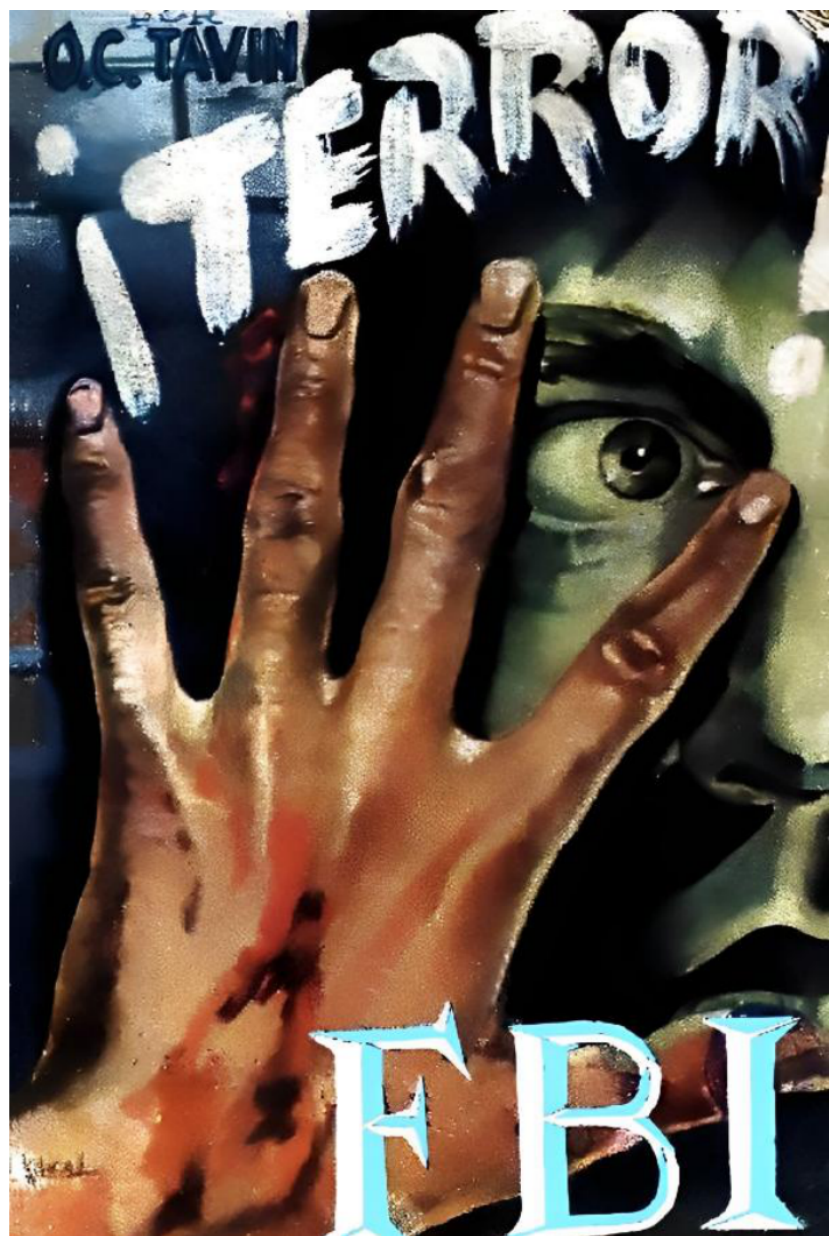




O. C. TAVIN

!TERROR!



OBRA PUBLICADAS DE O. C. TAVIN

EN F. B. L:

- «La redada», núm. 10.
- «¡Traidor!», núm. 17.
- «Persecución», núm. 24.
- «Trampas mortales», núm. 30.
- «Secuestro», núm. 35.
- «A la desesperada», núm. 41.
- «Amour, expulsado», núm. 47.
- «Misterio en Viena», núm. 54.
- «Favorosa elección», núm. 57.
- «Hilar a sueldo», núm. 67.
- «Punto final», núm. 70.
- «Entre esas brumas...», núm. 72.



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—[CULPABLE], por Alf Manz, (5.ª edición.)
2.—LA HORA GRAS, por Alf Manz, (4.ª edición.)
3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter, (4.ª edición.)
4.—EL COBARDE, por Alf Manz, (3.ª edición.)
5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair, (2.ª edición.)
6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz, (3.ª edición.)
7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter, (2.ª edición.)
8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair, (2.ª edición.)
9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny, (2.ª edición.)
10.—LA REDADA, por O. C. Tavin, (2.ª edición.)
11.—SHANGHAI, por Alf Manz, (2.ª edición.)
12.—GUERRA DE GANGTERS, por Fred Baxter, (2.ª edición.)
13.—[SANGRE], por Frank McFair, (2.ª edición.)
14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet, (2.ª edición.)
15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy, (2.ª edición.)
16.—TANGER, por Alf Manz, (3.ª edición.)
17.—[TRAIDOR], por O. C. Tavin, (2.ª edición.)
18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny, (2.ª edición.)
19.—ALTA TRACION, por Fred Baxter, (2.ª edición.)
20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTOO, por Alf Manz, (2.ª edición.)
21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.

- Núm. 34.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 35.—CONTRAMANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 36.—NUEVA YORK-SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
 37.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
 38.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 39.—SOCIÓSTRO, por O. C. Tavin.
 40.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 41.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
 42.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 43.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 44.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
 45.—A LA DESEMPERADA, por O. C. Tavin.
 46.—LA PROMEXION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
 47.—TINIÉBLAS, por Alf Manz.
 48.—SOPLAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
 49.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
 50.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.
 51.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.
 52.—
 53.—LA MAFFLA, por Alf Manz.
 54.—ALASKA, FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc.
 55.—TRAE EL TELON DE ACERO, por Alar Benet.
 56.—GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John Martin.
 57.—ACUSADO, por A. G. Murphy.
 58.—MISTERIO EN VIENA, por O. C. Tavin.
 59.—EL GENIO DEL MAL, por Alar Benet.
 60.—HOMERES ARMADOS, por Jak Brooklyn.
 61.—PAVOROSA ELECCION, por O. C. Tavin.
 62.—LA BESTIA ESCARLATA, por Frank McFair.
 63.—HUELLAS DE ULTRATUMBA, Thomas Settes.
 64.—S. O. S., por Lewis Haroc.
 65.—BULETES MALDITOS, por Frank McFair.
 66.—CAMINO DE PERDICON, por John Nebot.
 67.—CAMAICADAS ENEMIGOS, por Frank McFair.
 68.—A LA DERIVA, por Alar Benet.
 69.—ODIO, por Alf Manz.
 70.—CITA DE MADRUGADA, por Frank McFair.
 71.—KILLER. A SUELO, por O. C. Tavin.
 72.—MUERTE EN EL ATARDECER, por Eddie Thorny.
 73.—LOUPGAROU, por Frank McFair.
 74.—PUNTO FINAL, por O. C. Tavin.
 75.—MIRAD A LAS SOMBRAS, por Frank McFair.
 76.—ENTRE ESAS BRUMAS..., por O. C. Tavin.
 77.—TORTURA, por T. Winton.
 78.—EL CONFIDENTE, por Frank McFair.

En preparación:

EL FINAL DE ROCCO

CAPÍTULO I



MIENTRAS Tucker estaba hablando con el Inspector Gibbons, en el despacho de éste, Small le esperaba fumando nerviosamente, sentado en un banco, en el pasillo. Casi siempre ocurría lo mismo. Era Tucker el que recibía las órdenes superiores, mientras él esperaba, para cumplirlas, a que su camarada se las diese. Ambos salían casi siempre juntos. Era «la pareja» que mejor se entendía, según decían los jefes y aun los demás agentes especiales, y por eso actuaban juntos.

Pero él estaba ya harto, muy harto de todo aquello. Tucker recibía las órdenes. Tucker, cuando había éxito, en los actos de servicio que se les encomendaban, recibía los plácemes, los apretones de manos, las sonrisas. Y él, Small, en segundo término, parecía siempre el «ayudante» de Tucker, el subordinado, siendo ambos agentes especiales y de la misma promoción.

Tucker era un hombre vivaz, todo entusiasmo, alegre, con un dinamismo casi atómico. Esto era cierto, y lo reconocía Small. Pero también era un «mandón» insufrible, un tipo que se erigía en jefe suyo tan pronto había que actuar. «Small: haz el favor de ir a tal parte y vigilar allí. Yo iré en tanto a tal otro y haré lo mismo. Si ves que nada pasa, reúnete conmigo en X. Ten cuidado, Small, camarada... Como eres muy tranquilo (y aquí siempre Small entendía que le quería llamar “nulidad” o era incapaz de hacer nada si no era bajo la supervisión de Tucker) debes no meterte en un lío, querido. Espérame y juntos saldremos con bien del asunto, ya lo verás». Y así siempre, considerándole aquel tipo como una máquina de hacer recados, incapaz de tener iniciativas propias, de actuar bajo su exclusiva responsabilidad. Tucker era la cabeza y él los pies. Tucker era el movimiento y él lo estático, a quien hay que empujar para que funcione. Esto era lo que creía Tucker de él, y así obraba, humillándole, rebajándole, reduciéndole al papel, siempre secundario, de ayudante. Y los dos eran agentes especiales.

Ya estaba harto de Tucker. No podía seguir así tiempo y tiempo, después de dos años siempre igual, a su lado, odiándole cada día más, con su amabilidad, su afecto hacia él, su maldita manía de protegerle contra estúpidos peligros, que él recababa para sí, sin darse cuenta de que él, Small, era también un hombre que había de jugarse la vida, que tenía tanto valor como él y tantos deseos de hacer algo «por sí mismo», personalmente, sin tener que escuchar los consejos que le daba el otro, llevado de un carácter insufrible de «protector».

Ya estaba harto de Tucker. No podía sufrirlo más. Ahora mismo, su camarada estaba conferenciando con el inspector Gibbons, planeando algo. Pues él estaba en el pasillo esperando que acordasen algo, como si fuese un ordenanza a quien después se le mandaría lo que había de hacer. Ciertamente que él no quiso entrar y le dijo a Tucker que lo arreglase con Gibbons. Pero era porque ya sabía que el inspector, entrando él y su camarada, siempre se dirigía a Tucker, mientras él miraba al techo, sin consultarle nada, sin pedirle una opinión. Claro. Tucker era el que valía, el que tenía inteligencia, el que discutía, y a veces mediaba para que él, Small, corriese el menor peligro posible, como si fuese una criatura o una señorita...

Su maldita superioridad, su cariño por él, Small, sus palabras, siempre tan afectuosas, tan llenas de protector contenido... Sus sonrisas cuando él se equivocó alguna vez, disculpándole mientras le apretaba contra él, golpeándole la espalda, y después haciendo ver a los jefes que el error partió de él, de Tucker, por no entender bien las órdenes recibidas... Todo era insufrible, inaguantable. Era el superhombre que se había propuesto anularle, reducirlo a la categoría de «protegido», de mimado, amparado, olvidando que era también él un hombre con amor propio, con decisión, aunque mucho más tranquilo, reposado, pensativo.

Todo debía de provenir, según pensaba mientras estaba fumando en el pasillo, de cuando él, en un encuentro con ciertos «gangsters», recibió una tremenda paliza, de la que salió medio muerto. Tucker le ayudó como un bravo, cierto. Mató a tres o cuatro y a él le libró de una muerte segura. Estuvo él, Small, en el hospital durante muchos días, con la cabeza vendada, porque recibió en ella serios golpes, que le dejaron sin memoria y después con extraños fenómenos, que él calló le sucedían. Algo raro... Pero aquello pasó y quedó perfectamente bien. Desde entonces, Tucker comenzó a «protegerle» de aquella forma humillante. Como si todavía estuviese convaleciente y necesitase cierta ayuda continua, sin exponerlo a los avatares propios de la profesión.

Y siempre mirándole aquel idiota a la cara, como si quisiese ver si se encontraba bien, si sería «prudente» llevarle con él a ciertos servicios, en los que la vida pudiera correr mucho peligro.

Y siempre preguntándole cómo se encontraba... Si le dolía la cabeza, si dormía bien, si sentía mareos... Se había convertido en una especie de ayo suyo, y esto era intolerable. Aunque le doliese con frecuencia la cabeza, él no se lo iba a decir. ¿Va a quejarse un hombre cada vez que siente una neuralgia, o pedir se le rebaje de servicio porque las sienes se le traspasasen de dolor? Con tomar una pócima, asunto concluido, sin teatralismos ni aspavientos.

Se levantó nerviosamente cuando la puerta del despacho del inspector Gibbons se abrió, saliendo él con Tucker.

—¡Hola, Small! —dijo amablemente el inspector, un gigante de enormes hombros y piernas poderosas, haciéndole un gesto amistoso—. ¿Por qué no pasó? ¿Qué tal esa salud?

¡Dale con la salud! Pero ¿qué se habían creído aquellos dos

idiotas? ¿Es que él estaba enfermo, acaso?

—Ya tenemos tarea, Russell —dijo Tucker, de mediana estatura, ancho, hercúleo, siempre sonriendo, optimista, poniendo una mano sobre un hombro de Small, que le miró de reojo.

Siempre le ponía una mano sobre un hombro, como si quisiera decirle: «No te apures, yo te guío y te defiendo. Eres un pobre diablo, pero yo siempre te sacaré de apuros».

—Me encuentro muy bien, jefe —dijo Small, sonriendo forzadamente—. ¿De qué se trata?

—Ya se lo dirá Tucker. Lo que hace falta es buena mano, ¿eh? —replicó el inspector, sonriéndole, y también le dio una palmada en la espalda.

«Ya se lo dirá Tucker»... Así era siempre. Tucker recibiendo órdenes y traspasándoselas a él, pero ya en forma de nuevas órdenes, como haría un sargento a los agentes de la Metropolitana, después de recibir él las de su teniente. El caso era tenerle siempre bajo el dominio de Tucker, ¿no? ¡Pues no podía aguantarlo más! Tucker era un igual a él. Tucker sacó el número ocho de la promoción, y él, Small, el seis. Luego, no era más listo que él. Pero era más intrigante, más hipócrita, aunque valeroso, eso sí, y recabando para él el mayor peligro. Pero también se llevaba las felicitaciones, mientras él, Small, estaba sentado en el pasillo.

—Vamos al Latin Quarter, muchacho —dijo Tucker, cogiéndole de un brazo.

—¿Seguimos con lo mismo de ese Mario Grazio? —preguntó Small, con un gesto de aburrimiento—. Te has creído que es tonto y va a estar esperándonos en su casa...

—No vamos por él, precisamente, sino a hacer un registro. Ha habido una confidencia... —sonrió Tucker mientras bajaban la escalera—. Ya lo verás.

—Sí, ya lo veré. El caso es que me lleves como un borreguito, sin saber adónde voy ni a qué —replicó mordazmente Small—. Tú lo diriges todo, y eso basta, ¿no?

—No te pongas así, Russell —murmuró Tucker en tono persuasivo, cariñoso, apretándole contra él amistosamente—. Ya te dije que vamos a hacer un registro en casa de ese ganapán. Nos han dicho que hay allí documentos escondidos, en un mueble oculto, a su vez. ¿Por qué piensas siempre que vas como un subordinado mío,

tonto? Tienes como un complejo de inferioridad, Russell...

Small enrojeció de rabia. Como labia, ya tenía la suya Tucker. Si no es que se burlaba de él cínicamente. ¡Complejo de inferioridad! Eso lo tienen los locos, los neurasténicos, los impotentes en la acción y en el pensar, los que creen que todo cuanto emprendan les va a salir mal. Él no podía hacer nada, no por impotencia, sino porque su querido camarada no se lo permitía: eso era...

—Es igual, te lo advierto —repicó desdeñosamente Small—. Yo cumplo con mi obligación, y si tú te cueles, a mí no me metas en líos. Es más cómodo para mí. ¡Pero no me digas que si tengo complejo de inferioridad, porque es mentira, mentira! —gritó, mientras entraban en el coche, a cuyo volante se puso Tucker.

Éste le miró sin rencor alguno, aunque sí sorprendido. Sonrió afablemente, como si no diera importancia a lo ofensivo de la actitud de Small.

—Vamos, vamos, Russell —siguió Tucker amistosamente—. Parece mentira que me creas así... Yo deseo facilitarte el cumplimiento del deber, no darte excesivas preocupaciones...

—Bien, bien... Dejémoslo estar. Tú mandas, y a otra cosa. Sí eso ya lo sé muy bien. Tú mandas y yo obedezco. Eres el listo, el organizador, la cabeza dirigente. Yo voy detrás de ti y he de ponerme en cuatro patas cuando tú lo ordenes. Está bien, Terence...

—¡Eso no, Russell! —exclamó ofendidamente Tucker—. Si lo tomas por ese lado, no nos entenderemos. Nunca te he dicho que te pongas en cuatro patas, ni te he mandado, porque no tengo autoridad para ello. Cumpló lo que nos mandan, a ti y a mí. Nunca quieres entrar a ver al inspector, diciéndome que me entienda yo con él. Y cuando te transmito sus órdenes, que cumplimos los dos, te pones a despotricar. Eres injusto, Russell...

Iban por Sacramento Street hacia el Latin Quarter, llevando lentamente el coche Tucker que se había excitado mucho.

—¡He dicho que está bien, hombre! ¡Que no me importa nada lo que digas! Yo me limito a cumplir lo que me ordenes, y en paz. ¿Te parece poco? —exclamó enfurecidamente Small—. Anda, vamos a ese sitio y ya me dirás lo que he de hacer. ¡Ojalá me agujereen la cabeza!

Tucker le miró compasivamente. Y calló, guiando el coche más velozmente. Small fumaba nerviosamente, mirándole de reojo con

odio. Se había callado Tucker ante sus argumentos. No podía negarle que tenía sobrada razón. Que era un instrumento en manos suyas, un pobre ayudantillo. Y si él, Small, corría peligro, le ayudaba Tucker, cierto, pero era para después alabarse ante los jefes, sin duda alguna, explicando que a no haber sido por él, Small hubiese cometido una mortal equivocación. Que era un lerdo, un pobre diablo... Sí, ya conocía bien a aquel compañerito del alma, tan bueno, tan afable... y tan hipócrita. Le conocía bien, y por eso le iba a cortar el vuelo muy pronto. Muy pronto...

—Hemos llegado, Russell —dijo Tucker, sacándole de sus pensamientos.

De nuevo le estaba sonriendo aquel idiota. Burlándose de él... Como si lo que le acababa de decir no hubiera ido a él dirigido. Y así dos años, día tras día, sin poder librarse de su compañía, no obstante haberle dicho varias veces al inspector Gibbons que le agradaría trabajar solo, como otros agentes, en vez de hacerlo en compañía de aquel maldito hipócrita. Y Gibbons, sonriendo también, le había dicho que era mejor que colaborase con Tucker, tan buen muchacho, que lo apreciaba a él, a Small, profundamente. Lo probaba el que le salvó la vida, cuando recibió aquella fenomenal paliza. Y tenía que aguantarlo, sufrirlo, humillarse, rebajarse... ¡Dos años así! Sin perspectiva alguna de que le separasen de él. Claro, Tucker le ayudaba y la gloria se la llevaba él, el maldito. ¡Dos años así!

—Vamos a llamar a la puerta, como buenos chicos —decía Tucker, sentados todavía en el coche—. Es posible que nos reciba ese tipo a tiros. Hay que ir prevenidos, ¿no te parece?

Small rió amargamente. Se encogió de hombros.

—Sí me parece... Hijo, lo que tú quieras. Si opinase de otra forma, me iba a dar igual. O si salía mal, ya me acusarías ante Gibbons, ese imbécil que todo lo sabe, de que por mi culpa se había estropeado el asunto. Sí, iremos prevenidos. Como quieras, querido camarada...

Tucker suspiró quedamente, haciendo un gesto de desaliento. Bajaron ambos del coche y penetraron en un edificio de aquella Pine Street, en el distrito latino. Era una casa de varios pisos, ya antigua, de no muy buena apariencia.

—¿Mario Grazio? —preguntó Tucker a la portera, una italiana

vieja, muy delgada, con ojos de mochuelo.

—Segundo —contestó la anciana, mirándoles de pies a cabeza.

—¿Estará él? —inquirió Small, y después miró retadoramente a Tucker, que sonrió complacidamente.

—No sé. Suban y lo verán.

Comenzaron a subir la vieja escalera de escalones irregulares, desgastados, llenos de mugre. Small había sacado la pistola de la funda, bajo la axila, y la metió en el bolsillo del lado derecho de la trinchera. Tucker le imitó.

En el segundo piso, Small llamó. Y miró con sorna a Tucker, que asintió.

—¿Quién? —preguntó una voz en inglés, matizado por el ceceo italiano.

—Queremos ver a Mario Grazio. Somos agentes especiales del F. B. I.

—dijo Small en tono duro.

Y sus ojos, después, buscaron la aprobación de Tucker. Éste sonrió de nuevo.

Se abrió la puerta y un hombre muy alto, delgado, pero musculoso, de unos cuarenta años, de negra pelambrera, alborotada, como si estuviese durmiendo cuando llamaron, se apartó para dejarles entrar.

—Soy yo. Pasen y digan qué quieren de mí —murmuró en tono seco, estando ya en un comedor de muebles de cierto valor.

El mismo Grazio llevaba varias sortijas de brillantes gruesos y mucho oro.

—Somos agentes del F. B. I.,

Grazio —dijo Small atropelladamente, como si quisiera tomar la delantera a su camarada—. Queremos hacer un registro aquí. No le valdría de nada oponerse...

—Estamos autorizados para hacerlo —recalcó Tucker, sacando de su cartera la orden judicial para proceder al registro y mostrándosela.

Grazio ni la miró siquiera.

—Bueno, ¿y qué quieren ver? ¿Quién creen que soy yo, para que tengan que hacer un registro en mi casa? —inquirió, en tono despectivo.

—Pues... usted es un buen hombre, que se dedica a la filantrópica misión de proteger a ciertos comerciantes, a cambio de una módica cantidad. Y si ellos rechazan el que usted pretenda tomarse tan humanitario trabajo, les causa pequeños desperfectos en los locales, hace irrumpir en ellos unos cuantos amigos borrachos, que arman escándalos... —replicó Tucker, sonriendo malignamente—. Vamos; no se haga de nuevas. Díganos dónde guarda las listas de sus «protegidos» y lo que les cobra. ¡Andando!

—¡Válgame Dios, cuánta maldad hay en este mundo! —exclamó en tono apenado Grazio, juntando las manos, como si estuviese a punto de orar.

Small le dio un papirotazo en la nariz, empujándole a un lado.

—Lo buscaremos nosotros. Peor para usted —dijo en tono resuelto—. Empecemos por su mesa de despacho. Después vendrá con nosotros, amigo, y ya nos lo contará todo de corrido, se lo aseguro.

Tucker se dirigió al despacho de Grazio. Miró la mesa, en la que había algunos papeles, que examinó rápidamente.

Small, a solas con Grazio en el «*hall*», le hizo un gesto significativo. El italiano sacó un cuchillo del bolsillo, sonriendo ferozmente, y en puntillas se acercó al despacho, donde Tucker estaba ya mirando uno de los cajones de la mesa, vuelto de espaldas a la puerta de entrada.

Grazio cogió el cuchillo por la punta, elevó la mano, y con un movimiento preciso, casi suave, impulsó el arma hacia adelante. Un leve silbido, y Tucker lanzó un grito de dolor, incorporándose rápidamente. Se echó hacia atrás, pretendiendo arrancarse el arma de la espalda, mirando con asombro indecible a Small, que sonreía malignamente.

Grazio le dio varios brutales puñetazos a Tucker, que cayó al suelo. Le arrancó el cuchillo y le apuñaló el pecho con salvaje rapidez. Lo dejó cuando ya era cadáver.

—Ya está —murmuró Small, lanzando un hondo suspiro de alivio—. Ahora, tú te largas de aquí. Este idiota ya no volverá a creer que yo era un cero a la izquierda. Anda, Grazio, vete...

—Pero ¿y tú? ¿Qué vas a decir a tus jefes? Veníais dos... ¿Cómo no has acudido en auxilio de tu compañero? —preguntó Grazio, mientras limpiaba la hoja del cuchillo con un viejo pañuelo, que

sacó del bolsillo del pantalón.

—No te apures. ¿También tú me crees un inútil? Anda, vete. Yo haré como que he registrado esto, sin hallar nada. Diré que no estabas cuando yo llegué. Que me quedé en la puerta, en el coche, esperando a este canalla.

—Ten cuidado, Small, con lo que digas de mí. Ya sabes dónde voy a esconderme, ¿eh? No me lances los perros allí...

—Descuida, Idiota —rezongó Small, sonriendo—. Vete de una vez.

—A la noche te espero allí. Hemos de estudiar un buen golpe...

Salió al «hall». Y Small sacó su pistola del bolsillo, donde la había guardado. Cuando Grazio se ponía un gabán, dándole la espalda, le apuntó con su arma y disparó fríamente dos veces.

El italoamericano, tocado en la cabeza y la espalda, lanzó un ahogado grito y cayó redondo al suelo, donde quedó muerto.

Small sonrió alegremente. La cosa le había resultado estupendamente. Él se había puesto de acuerdo con aquel Grazio para llevar a Tucker allí y matarlo, con el pretexto de que el «gangster» guardaba en su mesa listas de «protegidos». El «confidente» de que hizo mención el inspector Gibbons, no fue sino el mismo Small, que envió una carta dando aquellos datos. Y como el «asunto» de Grazio lo llevaba Tucker y él, allí fueron enviados. Bien pensado, bien combinado y realizado a la perfección. Con la sorpresa de que Grazio no esperaba ser sacrificado, y lo fue. Small se reservó aquella segunda parte, necesaria para justificar la muerte de Tucker, del odiado Tucker, con su manía de protegerlo a él, humillándole, rebajándole, atribuyéndose siempre la gloria de las buenas acciones ejecutadas.

Fue al teléfono y marcó el número de la División del F. B. I.

en City Hall. Dijo al telefonista que deseaba hablar con el inspector Gibbons.

—¿Qué hay, Small? —preguntó el inspector, tras un momento de espera.

—Una catástrofe, jefe —dijo el agente especial, fingiendo aturdimiento, emoción terrible, trémula voz—. Grazio ha matado a puñaladas a Tucker.

—¡Maldición! —rugió Gibbons, y Small, sonriendo irónicamente,

oyó el terrible puñetazo que asestó el inspector sobre su mesa de despacho—. ¡A Tucker!...

—Y yo he tenido que acabar con el canalla a tiros. Fue todo muy rápido, jefe... Yo... yo no sé lo que me pasa... ¿Qué hago?

—Espere... espere a que vaya yo. Small. ¿Se encuentra mal? Lo comprendo. Tucker le quería a usted mucho. Espere a que vaya, ahora mismo.

Small colgó y se refregó las manos con satisfacción. Contempló el cadáver de Tucker, y le dio un puntapié en un costado con sorda rabia.

—Me querías, ¿eh? Hipócrita... Eso es lo que aparentabas, que me querías —dijo con sorna, y le dio otro puntapié, haciéndole rodar un poco sobre el charco de sangre que había a su alrededor—. Pero no has podido conmigo, perro. Te lo buscaste, por pretender reducirme a esclavo tuyo, con tus zalemas y tus hipocresías.

Revolvió un poco la mesa de despacho. Allí no había nada de lo que el

F. B. I.

hubiera deseado. Las listas de establecimientos a quienes Grazio extorsionaba para que aceptasen su «protección» a cambio de sumas elevadas. Él, Small, había buscado a Grazio desde hacía meses y se alió con él, rumiando ya la idea de asesinar a Tucker, pero en «acto de servicio», caído bajo las balas o los cuchillos de los «gangsters». Y con el «boss» preparó aquella encerrona al inteligente Tucker, que cayó como un conejo en la trampa.

Subían la escalera precipitadamente. Y el inspector Gibbons, con su tremenda estatura y corpulencia, jadeando, apareció en el «*hall*», junto con dos agentes especiales.

—¿Dónde está? —preguntó a Small, poniéndole una mano sobre un hombro cariñosamente—. ¡Pobre Tucker!

Avanzaron todos hasta el despacho. Gibbons se quitó el sombrero al ver el cadáver de Tucker. Lo contempló largamente, pestañeando mucho, pálido de emoción y dolor.

—Buen camarada... Es una pérdida terrible, Small —miró al agente especial, que, con la cabeza baja, contristado, guardaba silencio—. Una pérdida terrible... ¿Cómo fue eso, Small? ¿Cómo se dejó sorprender este pobre camarada así? ¿Qué ocurrió?

—Entramos... Bueno; llamamos a la puerta y nos abrió Grazio.

Le dijimos que íbamos a registrar su casa. Nos dijo que entrásemos... Iba delante Tucker y cuando pasó, Grazio, que debía tener un cuchillo dentro de la manga, al verse perdido... pues apuñaló al camarada. Fue tan repentino todo... Yo, entonces, saqué la pistola y disparé sobre él, matándole. Aún no sé cómo pasó todo. Me dio rabia ver lo que hacía con Tucker y le maté...

CAPÍTULO II



L «asunto Grazio» quedó como concluso con la muerte del «boss». Small ganó un punto en la consideración de Gibbons, ya que había tenido el valor de vengar la muerte de su camarada Tucker. Se dieron varias batidas en el Latin Quarter y barrios sospechosos de San Francisco, para capturar a los componentes de la banda de Grazio, pero aquéllos se esparcieron prudentemente y la banda quedó dislocada, extinta. Fue una acción, en la que hubo que lamentar la muerte de un esforzado agente especial, que hubiera ascendido muy pronto a inspector, dada su valía en todos los sentidos. Pero los dueños de los «cabarets», restaurantes y lugares de esparcimiento de la ciudad quedaron tranquilos, que era el fin que perseguía el

F. B. I.

Small pareció revivir cuando se vio libre de la compañía de

Tucker. El inspector Gibbons se desvivía por él, tratándole con deferencia y afecto. Le llamó varias veces para charlar con él respecto a la muerte de su camarada, tomando nuevos detalles que Gibbons apuntaba cuidadosamente.

Small, reflexivo, siempre sumido en sí mismo, desconfiado, dijo siempre las mismas cosas a las preguntas de Gibbons. La misma historia que relató cuando el inspector apareció en casa de Grazio. Era inteligente y, por añadidura, agente especial: astuto, conociendo bien y recordando perfectamente las enseñanzas de Quantico, sabía cómo interrogar a los malhechores y lo que él, en caso de verse en el pellejo de un «gangster», debiera decir. Y éste era su papel ahora ante Gibbons. No fuera a creerse el inspector, si desconfiaba de él que lo iba a pescar en un renuncio.

Realmente, el asesinato de Tucker fue un golpe maestro, finiquitado con el otro golpe formidable de matar a Grazio. No había testigos de nada que pudiesen acusarle del hecho. Grazio dejó sus huellas en el cuchillo, y los de los laboratorios de la División, al examinar el arma, no vieron sino huellas de dedos de Grazio. De esto se enteró después Small. Gibbons había ordenado hacer aquel examen, así como de las dos balas de la pistola de Small que mataron al «boss». Gibbons era meticuloso en todo. Tal vez lo hiciera porque lo creía un deber. Tal vez porque... desconfiaba de Small.

Si desconfiaba, iba listo con él. Todos en la División creían que él, Small, era un poco obtuso, apocado, no empapado bien en lo que suponía ser un agente especial del

F. B. I.

Cierto que, por cumplir con su deber, a poco le matan una vez los «gangsters» de una paliza, quedando con la cabeza bastante averiada, mentalmente, durante mucho tiempo. Y que había vengado la muerte de Tucker valientemente. Pero, sonreía Small al pensarlo, era tenido como algo parecido al benjamín de la casa, a quien no se debía de meter en mucha danza, dada su poquedad de carácter, su irresolución, hermetismo, hosquedad. Creían que él padecía «complejo de inferioridad». Que siguiesen creyéndolo... Se había desembarazado de aquel hipócrita Tucker, con su manía de reducirlo a la calidad triste de pelele, para él auparse sobre Small y llegar a ser inspector... a costa de los demás. Tucker estaba bien

muerto, y nadie podría acusarle a él de haberlo hecho matar. ¡Para que dijeran que él tenía «complejo de inferioridad»!

Pero Gibbons estaba haciendo cosas que a él le inquietaban un poco. Eso de mandar examinar las huellas del mango del cuchillo y enviar a Balística los proyectiles para concordar si eran de la pistola suya...

Allí había desconfianza. Gibbons era muy escrupuloso, cierto; pero en aquel asunto se pasaba de la raya. Un jefe no debe poner nunca en duda las manifestaciones de sus subordinados, si cree en ellos, si está convencido de que son fieles, honrados, buenos agentes especiales. Además, ya vio, y con su acostumbrada escrupulosidad, cómo sucedió todo en casa de Grazio. Se rehízo la escena, durante la cual Small hubo de inventar cómo Grazio apuñaló a Tucker, con adopción de actitudes suyas y las de Tucker y el «boss», y cómo él, Small, sacó su pistola y mató a Grazio. Todo quedó, al parecer, conforme. Fue tan sencillo inventarlo, sin nadie que le llevase la contraria... Gibbons debió de quedar convencido plenamente. Sin embargo, mandaba secretamente, porque así era, examinar huellas y las balas.

Gibbons desconfiaba de él... Era preciso, por tanto, revisar cuánto declaró ante el inspector. Fueron pocas palabras. Ya sabía él que cuanto más se habla en una declaración más probabilidades hay de decir lo que no se desea. Palabras que luego le recuerdan a uno, y que no «casan», al parecer, con lo dicho anteriormente. Vuelta a repetir las preguntas, buscando ya malintencionadamente las contradicciones, la imposibilidad de ligar lo dicho al principio con lo últimamente manifestado. La duda, la sospecha...

Arrojó la colilla del cigarrillo por la ventana. Estaba en su casa, donde vivía solo. Una mujer china iba a hacerle a diario la limpieza y las comidas. La mujer era de edad mediana, hermética, tan hosca como Small. Y a las seis se marchaba, después de cenar ella, dejando la de su amo en el horno.

Paseó por la estancia, un «*living room*» de amplias proporciones, pensando intensamente sobre los propósitos de Gibbons. Era por la mañana y no tenía que ir a la División, después de pasar la noche allí, de guardia.

Cogió un papel de encima de una mesa y la pluma estilográfica. Sentado, fue escribiendo, haciendo grandes pausas para recordar

bien, todas las preguntas que le hiciera Gibbons en casa de Grazio y las respuestas suyas, tan trémulamente contestadas, fingido todo ello. En realidad, se sintió poseído de una alegría inmensa al ver a Tucker muerto.

Examinó lo escrito, leyéndolo en voz alta. No encontró nada que pudiese constituir un punto de sospecha por parte de Gibbons. «Entró Tucker el primero y Grazio lo apuñaló. Él, Small, sacó su pistola, casi desde la misma puerta de entrada, y disparó sobre Grazio, matándolo». Esto era todo. Si después hubo nuevas preguntas, él contestó esto mismo siempre. En la reconstitución de la escena tampoco cometió error alguno. Fue sencillo colocar a un agente, que representó a Grazio, apuñalando a Tucker, representado por otro agente. Y cómo él desde casi la entrada, disparó sobre Grazio. Muy sencillo todo...

Dio un salto de repente, lanzando un rugido de rabia, cogiéndose con ambas manos trémulas la alborotada cabeza. ¡Ya estaba por qué Gibbons desconfiaba de él y mandó hacer aquellos exámenes de huellas de cuchillo y de las balas!

¡ÉL, SMALL, HABÍA DICHO QUE LA ACCIÓN HABÍA OCURRIDO EN EL «HALL». Y TUCKER APARECIÓ MUERTO EN EL DESPACHO. DONDE FUE APUÑALADO POR GRAZIO, DONDE ESTABA LA GRAN MANCHA DE SANGRE!

¡Dios, qué bestia había sido! ¡Declarar aquello, cuando el cadáver de Tucker estaba en el despacho! ¡Qué bestia!

Se sentó de nuevo ante la mesa, apoyado de codos sobre ella, y apretándose las sienes con fuerza terrible. Cerrados los ojos, las mandíbulas encajadas como si formase una sola pieza, quedó como aniquilado, aplastado por la fuerza de la lógica.

¡Por eso desconfiaba Gibbons de él! ¿Cómo no desconfiar cuando lo que vio él, en el despacho de Grazio (muerto Tucker allí, rodeado, manchado de sangre suya) era todo lo contrario de lo que él, Small declarara?

Se consideró ahora como un fracasado. Era un agente especial, es decir, un hombre astuto, bien preparado para toda clase de contiendas, en lo referente a las investigaciones, las deducciones puras, lógicas, los interrogatorios: había pasado meditando aquel crimen meses enteros, en sus menores detalles. Lo trató con Grazio que no era lerdo tampoco, como buen latino, y todo quedó

acordado. No podía fracasar... Y he aquí que sí, que había fracasado. Fue por la segunda parte del crimen. ¿Fue por eso? No. No fue por el crimen mismo, sino por su aturdimiento al declarar ante Gibbons. No lo habría podido hacer peor un niño. Decir que Tucker fue muerto en el «*hall*», cuando Gibbons y sus hombres lo vieron en el despacho, muerto.

¿Qué le pasaba a su cabeza? ¿Por qué no había coordinado normalmente? ¿Por qué dijo aquello, tan estúpido, tan elementalmente garrafal? ¿Es que no podía pensar lúcidamente? ¿Qué ocurría dentro de su cráneo, que era incapaz de dar fuerza activa a un proyecto bien madurado, llevarlo a la práctica bien y luego salir con aquella declaración estúpida, que le dejaba en ridículo, al descubierto?

¿No razonaba normalmente? ¿Por qué dijo aquello del «*hall*»? ¿Por qué su razón le había traicionado, dejándole a merced de las sospechas de Gibbons?

Se levantó agitadamente. Con sus largas piernas, midiendo nerviosamente la estancia, a paso igual rechinando el «*parquet*» bajo los pesados pies, las manos a la espalda, parecía un Beethoven (su rostro tenía mucho del genio de Bonn) en pleno delirio de inspiración. Pero él sentía fallar su inspiración para el crimen, para ocultar aquel crimen, que creyó perfecto.

Gibbons desconfiaba de él y estaba tomando sus medidas. Las huellas digitales de Grazio. Esto, por si no fue el «boss», sino el mismo Small el que asesinara a Tucker. Después el examen de las balas en los laboratorios de Balística, por si fue él quien disparó sobre Grazio. Gibbons era meticoloso, ordenado, astuto. Callaba, tenía buenas palabras, afectuosas, para con su subordinado, pero investigaba pacientemente, desconfiado de que Small hubiera hecho lo que declaró. Tenía a su favor aquel desatino de la declaración de Small. Cualquiera hubiera sospechado, naturalmente.

La china Madge llamó a la puerta de la habitación.

—Señol, la comida está dispuesta. ¿Quiere comer ahora?

—Sí —replicó adustamente Small, deteniéndose en su ir y venir por la habitación. Antes, pasó por el cuarto de baño y se lavó la cara, peinándose. Se miró al espejo. Tenía el rostro extraño, se dijo. Como el de un loco, un atormentado por la duda, o quizá, el convencimiento de que no tenía escape en el conflicto que se había

creado. Los ojos, castaños, grandes, expresivos, tenían un fulgor terrible, una fijeza que le asustó. Un rictus de amargura plegaba sus labios algo gruesos, apretados. La frente, bombeada, ancha, presentaba arrugas profundas, como cordones allí pegados, dejando surcos entre ellos.

Madge había puesto ya el servicio sobre la misma mesa, en el «*living*». Cuando entró Small, ella leía el papel en el que escribiera él las preguntas y respuestas aquéllas. Al sentir a Small que se paró ante ella, contemplándola fríamente, lo dejó, asustada, y trató de sonreír tontamente.

—¿Es interesante eso para usted, maldita? —rugió Small, separando la silla que ella colocara y cogiéndola por la parte alta del respaldo.

—Creí que no valdría, señor —musitó ella, los ojos casi cerrados, impasible el rostro—. Peldone...

Small tomó asiento. Madge puso ante él la fuente con la carne asada, las patatas cocidas y la salsa picante. Y quedó en pie, atenta a servirle el café o el agua.

—¡Váyase! —gritó Small, mirándola con ferocidad, el cuchillo en la mano.

—Sí, señor —contestó quedamente la china, y salió disparada hacia la cocina.

Él, mecánicamente, fue devorando con apresuramiento la comida. Cuando terminó aquel plato, dio con el cuchillo sobre un vaso, y Madge acudió con otra fuente, en la que había un «*pudding*» de pescado con tomate y remolacha roja. Retiró lo otro y salió aprisa, sin osar mirar a Small, que la siguió con la vista hoscamente.

Se bebió varias tazas de café, muy cargado, con la comida. Y al final tomó dos pastillas para el dolor de cabeza, que le aquejaba casi a diario, con insoportables punzadas. Fue después a su alcoba y se echó, fumando un cigarrillo.

Madge fue quitando el servicio silenciosamente, temerosa de despertar a su señor. En el último viaje que hizo, después de echar un vistazo al pasillo, fue y cogió el papel aquel, que había arrojado Small al suelo, pisoteándolo furiosamente. Lo desarrugó y fue al lado de la ventana, para leerlo. Una sonrisa extraña se dibujó al ir deletreando la difícil escritura de Small. Después, lo arrugó de nuevo y lo echó en un rincón.

A las seis, como Small durmiese profundamente, a juzgar por sus ronquidos, la china metió en una especie de maletín su cena y con paso quedo salió del cuarto, cerrando la puerta con el llavín que ella tenía.

A cerca de las siete, Small despertó sobresaltadamente al oír el timbre de la puerta. Se echó un batín, pasándose las manos sobre la cabeza para abatir la pelambreira de color castaño, y salió. Miró por el ventanillo.

Era una mujer morena, bella, bien vestida, esperando.

—¿Por quién pregunta? —murmuró él hoscamente.

—Por el señor Small —replicó ella, con un acento gracioso, de italiana.

Abrió Small la puerta. Era una mujer estupenda, según pensó mientras se apartaba a un lado para dejarla pasar. Un tipo hermoso de veras. Andares ondulantes, provocativos, bajo el impermeable de material plástico, que dejaba ver un vestido sastre muy ceñido por las caderas.

—Soy Small. ¿Y usted? —preguntó abruptamente él, sin invitarla a pasar al «*living*».

—Quiero hablar con usted. Dicen que me parezco a él... —Le miró cara a cara con extraña serenidad—. ¿No lo adivina?

—¡Hum! Sí, me parece —se estremeció— que sí... Usted es hija o algo así de Grazio, ¿eh? Se parece, sí... ¿Y qué quiere de mí?

—Quería hablarle, Small. ¿No acostumbra usted a invitar a sentarse a las señoras? ¿O es que tiene... miedo? —La voz de ella era suave, pero tenía un matiz especial de sorna y amenaza al mismo tiempo. Sus ojos inmensos, negros como la más negra noche, parecían escudriñar en lo más profundo del alma de Small.

—Pase. Nunca he tenido miedo a una mujer, ni a muchos hombres. Lo que pasa es que la veo venir, muchacha —refunfuñó Small, sonriendo crudamente.

Ella se sentó en un sillón y Small enfrente, en otro. Se miraron, sin tratar de romper el silencio penoso que siguió. Ella puso una pierna encima de la otra. Small la miró fijamente, recorriéndola de pies a cabeza. Era muy hermosa aquella italiana. Joven de unos veintidós o veinticuatro años, con un rostro angelical, aunque todo lo demás desmintiese que allí se albergase un alma pura.

—Soy hermana de Mario, de Grazio —dijo ella al fin con voz

casi natural, que sobrecogió a Small, precisamente por la tranquilidad con que se expresaba—. Y ante lo que ha pasado, he juzgado preciso venir a verle. Sé que usted sostenía buenas relaciones con él...

—Ha muerto —la mente de Small trabajaba aprisa urdiendo una historia—. ¿Lo sabía?

—Sí, claro. Ustedes lo han matado —contestó con el mismo tono de voz la joven, haciendo que la pierna montada sobre la otra se moviese rítmicamente—. Era de esperar.

—Yo no le maté, desde luego —dijo Small—. ¿Quién le ha dicho eso?

—Los... amigos de Mario. Ya sabe usted que tenía sus hombres. ¿Usted no le mató, Small? ¿De veras? —sonrió ella, mientras sacaba de su bolso una pitillera, de la que extrajo un cigarrillo, que encendió después—. Cuénteme lo que pasó.

—Yo quería, de acuerdo con Mario, jugar una trastada a un camarada... —comenzó Small, pasándose una mano por el agudo mentón.

—Asesinarlo, mejor dicho. No me asusto por nada, se lo advierto. Mario me lo contó. Yo le aconsejé que no se metiese en ese lío. Así le ha salido. Continúe...

—Tucker, al verse acometido por su hermano, que lo hizo muy mal, porque ni siquiera esperó a que yo le ayudase, sacó su pistola y disparó contra él. Yo iba a matar a Tucker, pero no hizo falta. Las puñaladas de su hermano bastaron. Los dos murieron al tiempo. Claro es que la versión que yo he dado a mis jefes no es ésta, como comprenderá. Lo sentí, muchacha. ¿Cómo se llama usted?

—Pasione —rió al decirlo, mientras movía la pierna, como ensayando un pase de baile. Le miraba fijamente, de pies a cabeza, como él hiciera antes con ella—. Bueno, Mario se la buscó y ahora sólo queda seguir con su negocio. Mario era especial. ¡Un cabeza loca, un irreflexivo! ¿Verdad? Su negocio iba bien porque yo le aconsejaba. La cabeza dirigente era la mía, aunque sea inmodestia decirlo. Yo sujetaba a los hombres, yo percibía los inconvenientes... y me pareció bien que usted nos ayudase. Claro es que iba a lo suyo, no a lo nuestro. Pero ahora usted va a obedecerme —su mirada se hizo peligrosa, despidiendo como chispas—. Va a obedecerme sin rechistar...

Small se estremeció. No había pensado en nada de aquello; en que Grazio tuviese una hermana, que estuviese enterada de sus asuntos y hasta fuese la cabeza rectora del «gang», según decía aquella hermosa mujer. No había pensado tampoco en que, liquidado el «boss», siguiese funcionando su banda, y ahora vinieran a pedirle cuentas y extorsionarle, intimándole a una obediencia ciega. No había pensado en nada de aquello porque creía que no existía.

—Bueno, ¿y si no me da la gana obedecerla, jovencita? —replicó, sonriendo con sarcasmo—. Usted olvida que soy del

F. B. I.,

y que de mil maneras diferentes puedo buscarle la ruina, la muerte inclusive... Ya ve que soy franco.

—Todo eso está pensado. Small —murmuró Pasione, lanzando el humo del cigarrillo por los entreabiertos labios, delgados, sensuales —, y si usted quiere seguir el camino de Tucker, no tiene más que intentar traicionarnos. Solamente intentarlo. Aparte de que tengo pruebas suficientes contra usted para que el

F. B. I.

le ponga la mano encima y le condenen a muerte. ¿No recuerda que escribió algunas cartas a mi hermano, muy expresivas, por cierto?

Small recordó, en efecto, sintiendo un intenso frío en el corazón. Eran instrucciones a Grazio que, aunque sin firmar, estaban escritas de su puño y letra. Era cierto. Tan cierto como que no tenía escape, ahora que se consideraba un poco feliz al no tener a su lado al odiado Tucker.

—Bien, bien... —dijo en tono suave, contemplando a Pasione con admiración—. Parece que gana usted, amiga. Porque podemos ser amigos, ¿no?...

—Lo deseo. Una buena inteligencia entre usted y yo —movió la pierna nerviosamente, sonriéndole fascinadoramente— es lo que deseo. Usted es inteligente y está en el

F. B. I.,

lo que tiene un valor muy grande para nuestros planes. Su situación económica va a ser espléndida. ¿Le gusta divertirse... con una mujer hermosa, que también ama la vida?

—Según quién sea esa mujer... —contestó Small, mirándola con gran fijeza, y las aletas de su nariz se movieron al impulso de una

extraña sensación que le sacudía todos los nervios—. Tengo mis gustos...

—Óigame, Russell —ella avanzó el busto, sonriente, mirándole con malicia—: sería usted el primer hombre que me rechazase... Mi corazón no es de nadie. No lo ha sido de nadie. Encuentro difícil eso de amar como aman las personas decentes, las burguesitas. Soy italiana, aunque vine aquí a los doce años y me he naturalizado americana. Me he educado en un ambiente... Bueno; ya lo ve. Digo lo que siento, no importándome nada que se me juzgue desfavorablemente por ello. Cuando un hombre me ha gustado, sin enamorarme de él, se lo he dicho, sin esperar que él diese los primeros pasos para darle el «sí» o el «no». ¡Idioteces! Usted me ha gustado, Russell, y se lo digo claramente. Tiene cara de... león y un tipazo —rió al ver el azoramiento de Small—. Pues seamos amigos... Esto lo preferirá a que le metan en el vientre una docena de balas cuando menos lo espere. ¿Me ha entendido? Yo olvido la muerte de Mario. No le quería. Yo no quiero a nadie. Pero si no quiere ser usted mi aliado, le vengaré.

—Yo no lo asesiné, se lo advierto. Fue él mismo... —murmuró Small, roncamente—. Pero por eso no vamos a regañar. Hermosa, estoy en tus manos —se levantó y puso sus manos sobre los hombros de ella, que sonrió burlonamente. Levantó la cabeza y le besó en los labios fríamente. Small, tembloroso, se apartó de ella, pasándose la mano por la revuelta cabellera.

—Vivo en el doscientos ochenta y siete de Chesnut Street, cerca de Fort Mason —dijo ella después, levantándose y arreglándose el impermeable transparente—. Quiero verte muy a menudo. Tanto como haga falta para nuestro negocio. He de presentarte a mis hombres —rió sarcásticamente—, sin que tengas celos de ellos. Todos darían su vida por mí. ¿No has pensado nunca que el mejor «boss» jamás puede igualar a una hermosa «girl boss», Russell? Un hombre no puede exhibir más que su genio, su fuerza bruta, su inteligencia. Puede encontrar otro hombre que le iguale y entonces surge la rivalidad por ocupar el cargo máximo. Mi hermano era así. Siempre peleándose con sus segundos, que le querían arrebatar la jefatura. En cambio, una hermosa mujer, y yo lo soy, Russell, tengo muchas, muchas ventajas... Soy más lista que Mario, y que tú —le dio un golpecito en la cara— y me hago obedecer hasta la muerte,

con solo... dar un beso al que intente resistirse a cumplir mis órdenes. Me aman a su manera y por eso los tengo en mis manos como muñecos. ¡Haremos grandes cosas, Russell! Ponte de mi lado sin reservas y todo lo bueno de esta vida estará a nuestro alcance.

Small la miró admirativamente. Su cerebro estaba ofuscado por aquella mujer espléndida que se le había declarado cínicamente. Le prometía cuanto él siempre deseó, y ser una especie de «boss» consorte en su banda; dinero en abundancia, placeres, el poderse vengar de aquellos que lo consideraban como un pobre hombre, un enfermo esclavo del «complejo de inferioridad», digno de ser apartado de todo aquello que supusiese una preocupación para él, un fracaso que dejase en mal lugar al

F. B. I.

—Vaya esta noche a mi casa —propuso ella, mirándole fijamente—. Cenaremos juntos y luego podemos ir a cualquier sitio...

—Yo soy del

F. B. I.

y he de mirar mucho con quién voy y quiénes pueden verme, Pasione —dijo Small juiciosamente—. Además, yo no puedo costear la invitación —sonrió, cínicamente.

—Bueno. Entonces venga a mi casa —contestó Pasione, sonriendo—. Y no piense que no va a tener dinero para eso y mucho más —sacó de su bolso una carterita muy perfumada. Contó quinientos dólares y se los entregó a Small que abrió mucho los ojos, admirado—. Vaya a eso de las once.

—Hasta luego, encanto —la cogió entre sus brazos y la besó reiteradamente.

Ella se desprendió suavemente, riendo. La acompañó hasta la puerta y luego se asomó a la ventana que daba a la calle. Unos minutos después la vio subir a un magnífico «Hudson» verde que esperaba ante la puerta. Arrancó el coche suavemente, alejándose.

Small, con los billetes de banco en la mano, se sentó ante la mesa. Los contempló fijamente, pestañeando rápidamente. No le dolía la cabeza y se encontraba ahora perfectamente bien. Sus ideas eran claras, serenas. No como otras veces, que se le mezclaban en el cerebro y bajo ellas hablaba en voz alta, reaccionaba extrañamente. Después, no se acordaba de lo que había hecho ni dicho y esto le

causaba cierto temor.

Dejó los billetes sobre la mesa y fue al teléfono, en su despacho. Llamó a City Hall, a la División.

—Que se ponga Tucker —dijo, con su voz normal, casi suave, al telefonista.

—Pero... —dijo, con algún asombro, el empleado—. ¿Quién llama?

—Small, hombre. ¿No sabe quién soy, George? —repuso, con impaciencia.

—¡Atiza, Small, cómo tiene la cabeza! —exclamó George, riendo—. ¿Pregunta por Tucker, el agente especial asesinado hace tres días? ¿Su compañero de fatigas? Acuéstese, hermano, y duérmela...

Small colgó precipitadamente, lívido de horror. Sentado ante la mesa, apoyó la cabeza sobre el tablero, apretándosela furiosamente.

No recordaba nada, nada... Y era ahora, cuando se encontraba mejor, sin dolor de cabeza, sin deseos de hacer cosas extrañas, ni gritar, ni accionar violentamente. Pero no recordaba nada...

¡Asesinado Tucker! ¿Asesinado por quién? ¿Pero era posible?

Se levantó nerviosamente, entrecortada la respiración, y cogió de nuevo el teléfono. Marcó el número de su camarada Owen McLean, que estaría seguramente en su casa.

—¿Quién? —Era el mismo Owen, con su voz risueña.

Un excelente amigo y un bravo hombre.

—¡Hola, Owen! —dijo Small, midiendo bien lo que decía—. Oye... estoy libre hoy. ¿Sabes si el jefe ha dispuesto con quién voy a ir de servicio, en vez de... en vez de...?

—¿Del pobre Tucker? Pues sí, se ha hablado algo de eso por parte de Gibbons —contestó McLean—. ¿Te agradecería ir conmigo, Russell? Yo creo que, por mi parte, estoy encantado.

—¡Estupendo! —exclamó Small, mientras se limpiaba el frío sudor que bañaba su frente—. Oye... me acuerdo mucho de Tucker, mucho... Lo que le pasó...

—Son cosas del oficio, Russell —la voz de McLean se hizo grave—. La muerte nos espera detrás de cada esquina. Tú que presenciaste cómo murió estás lógicamente más afectado.

—Yo, que lo presencié... —murmuró sordamente Small, y se echó hacia atrás, horrorizado, con mirada de demente—. Sí, sí, Owen. Horrible... Bien, adiós. Gracias. Encantado de ser tu

camarada, Owen, encantado.

¡No recordaba nada, nada! Él, que lo había presenciado... ¿La muerte de Tucker? ¡Dios, su cabeza, cómo le dolía de nuevo, repentinamente!

Salió disparado por el pasillo y llegó a su alcoba. Se tiró sobre la cama, sollozando. Empezaba a recordar. Cuanto más le dolía la cabeza, más recordaba. Al fin recordó todo. Y pensó que a poco se denuncia él mismo.

Rió burlonamente, sentándose en el lecho.

CAPÍTULO III



E acicaló lo mejor posible, poniéndose un «*smoking*» que había estrenado hacía pocos meses. Se miró en el espejo del armario y se encontró apuesto, gallardo, fuerte, aunque no grueso. Sí, Pasione tenía razón. Era un guapo hombre —sonrió al pensar en ella, con su descaro tan poco femenino— y no le extrañaba que se hubiese enamorado de él, aunque a su manera. No estaba mal que fuese así.

Él no se había enamorado nunca de una mujer, ni quería. Bastante sufría con sus jaquecas para añadir ahora el dolor de corazón, la pasión cursi y ardiente por una mujer.

Se puso un gabán negro, con solapas de raso, y el sombrero flexible, negro también. Pero añadió, sonriendo siniestramente, una pequeña «Browning» con un cargador, que se guardó en un bolsillo

del chaleco con pechera. Un agente del

F. B. I.

jamás debe ir desarmado... ni aun cuando vaya a ver a una hermosa mujer. Podía no estar sola y crearse algún conflicto serio. Eran «gangsters», sus enemigos mortales si él fuese como era debido.

Riando este pensamiento, salió del piso, bajando la escalera alegremente. Le dolía la cabeza, pero aquello era ya en él una cosa casi normal. Y cuando no le dolía, recordaba, recordaba... y presa de un horror insufrible, volvía a su ser normal, que era aquél, el de alegrarse satánicamente de haber matado a Grazio, cuando éste despachó a Tucker, a instancias suyas.

Gibbons desconfiaba de él... Bien, bien. Esto no lo olvidaba. Ahora había que dejar aquel asunto de lado. Iba a ver a Pasione, la bella italiana, «girlboss» de un «gang» dedicado a la sabrosa «protección» de gentes pusilánimes, que siempre, aunque el

F. B. I.

les aconsejaba no se dejasen extorsionar, pagando sumas enormes, acababan por darlas, muertos de miedo.

Tomó un «taxi» en la misma Jackson Street, donde vivía, y dio al chófer la dirección de la bella italiana.

Eran las once menos cinco minutos cuando llamaba a la puerta del piso segundo de la casa, de reciente construcción, pero de solamente tres plantas. Aquello olía a que todo el edificio estaba ocupado por el «gang» de Pasione. En el portal, un extraño portero, joven, de cara de bandido cien por cien que le miró de pies a cabeza cuando preguntó por Pasione, indicaba que el edificio estaba bien guardado.

La «girl boss» le recibió con su sonrisa entre encantadora y dominante. Vestía un elegante traje de noche negro con pequeñas lentejuelas doradas, muy escotado, resaltando su blanca carne con el negro del vestido. Un collar de perlas, de varias vueltas, brillaba y hacía conjunto con sus ojos negros, profundos. Estaba muy bella y hubiera sido difícil poder hacerse a la idea de que aquella mujer, en apariencia todo dulzura y armoniosidad, pudiera ser cabecilla de una banda de malhechores y asesinos.

—Muy puntual. Russell —dijo, tendiéndole la mano, en la que brillaban hermosas sortijas de moderno estilo—. Así me gusta. Pasa, que voy a presentarte a dos de mis... amigos o colaboradores, como

prefieras. No les pongas mala cara —añadió, sonriendo, al ver cómo Small fruncía el ceño—. Tienen tanto derecho a estar enamorados de mí como lo estás tú.

—Yo no lo estoy —saltó Small agresivamente—. Me gustas, pero no te amo. Será mejor deslindar los campos, en evitación de escenas desagradables de celos.

Pasione contrajo su bello rostro, muy blanco, en un gesto de despecho. Pero cogió de la mano a Small y le hizo penetrar en el comedor, donde dos hombres, italianos sin duda alguna, por sus rostros morenos y cabellera, estaban tomando un aperitivo, en pie ante la adornada mesa.

—Aldo Frangi y Giuseppe Bresci —dijo ella, señalando a los italianos, vestidos de «*smoking*», que podrían tener entre treinta y treinta y cinco años. Ambos tendieron la mano a Small, que las estrechó con indiferencia—. Éste es Russell Small, agente especial del

F. B. I.

y colaborador nuestro —presentó Pasione, sonriendo.

Los italianos le contemplaron con no muy buena cara, fríamente.

—No está muy clara la forma en que fue muerto Mario Grazio. Small —dijo Frangi, mirando de reojo a Small—. Nos agradaría una versión suya, sincera. Es algo que tenemos pendiente con el

F. B. I.,

y...

—Aldo, eso es cosa mía y no tuya —cortó secamente Pasione—. Sentémonos. Russell es de los nuestros y no es a él a quien hay que pedir cuentas.

—Él fue con Tucker a ver a tu hermano y sabe muy bien lo que pasó —refunfuñó Bresci, sentándose al lado de Pasione. Small ocupó el otro lado, y en frente, Frangi—. Eso es lo que queremos saber por él. Lo que pasó.

—Se lo dije ya a Pasione. Eso fue lo ocurrido. Si ella no os lo ha querido decir, maldito si yo tengo ganas de repetirlo —replicó adustamente Small, y acompañó sus palabras con un gesto para levantarse, furiosa la mirada—. Si era éste el recibimiento que me preparabais, yo no os hago el juego. ¡Vamos a dar un paseíto afuera y sabréis con quién tratáis, chulos!

Pasione se levantó al mismo tiempo que los dos italianos, que

gritaban en su idioma furiosamente, pretendiendo salir del comedor.

—¡Quietos, vosotros! —gritó ella, encarándose con sus secuaces, brillante la mirada de furor—. ¡Sentaos, malditos seáis! ¿Os creéis que yo soy como era mi hermano? Siéntate, Russell... Os advierto —se dirigió de nuevo a los dos italianos con voz seca, helada, impresionante— que tengo cerca de aquí —señaló al piso superior con la mano ensortijada— ocho hombres que cumplirían mis órdenes sin vacilar, cualesquiera que fuesen... ¡No os tolero aires de gallitos ni el que pretendáis tomaros más autoridad de la que yo os conceda!

Renegando en voz baja, ambos italianos se sentaron, mirando rencorosamente a Small, que sonreía satisfecho. Pasione le estaba distinguiendo más de lo que él esperaba. Porque era un hombre apuesto, bravo, varonil, pensó orgullosamente.

Una criada italiana, joven y bonita, fue sirviendo la cena, casi toda ella compuesta de manjares típicos del hermoso país mediterráneo. Y el vino de la *campagna*, suave, pero de efectos traidores, alegró poco a poco los corazones. Pasione tenía la habilidad de no dejar que ninguno estuviese silencioso, hosco, metiéndole en la conversación general, que giró especialmente sobre la supremacía de los «gangsters» italianos sobre cualquiera de los otros de diversas nacionalidades.

—Es la inteligencia latina, el ingenio —dijo Pasione con voz entusiasmada—, lo que hace que nosotros seamos siempre los dirigentes de cuántos «gangs» célebres han existido. Ninguno como Al Capone.

—Y ni Al Capone llegará nunca a dónde vas a llegar tú —afirmó Bresci alegremente, elevando su copa de vino para brindar por la joven, que le imitó, riendo—. Serás la primera mujer que obtengas la gloria de haber dirigido un «gang» que se hará célebre. ¿No es cierto, Small?

—Cierto. Ella, conmigo, haremos grandes cosas —replicó el agente especial con énfasis.

También se encontraba optimista, alegre, y su rencor había dejado paso a una alegría, que tenía su origen en el vinillo de la *campagna*, tan suave y delicioso.

—Y a nosotros, ¿dónde nos dejas? —preguntó riendo Frangi,

rojo su rostro.

—Donde estáis, sin duda alguna. Pasione y yo somos los dirigentes —afirmó Small, dando un puñetazo sobre la mesa. Pasione sonrió, mirando maliciosamente a sus italianos, que le miraban con asombro—. Y vosotros... los segundos y terceros. No me mires así. Frangi... ¿Quieres tú compararte en algo conmigo, di? ¿Tienes tú, por muy italiano que seas, la astucia, la experiencia y los estudios que tengo yo, como agente del

F. B. I.?

¿Y tú, Bresci?

—Este tío... —murmuró riendo Frangi, mirando irónicamente a Small—. Que no podemos compararnos con él... ¿Sabes tú, acaso, dónde estarías ya, si no fuera porque Pasione no lo ha querido? Pues en algún cementerio de por ahí, comiéndote los gusanos. ¿Sabías tú que nosotros existiéramos acaso? No, porque Grazio siempre habló contigo a solas. Y cuando él ha muerto, te teníamos ya sentenciado y hubieras caído, con todo y ser agente del

F. B. I.

—Eso es —afirmó contundentemente Bresci, golpeando con el puño la mesa—. Ni te hubieras enterado de dónde te venía la muerte. Nosotros acatamos a Pasione, pero a ti... como soplón, confidente, y gracias.

—¡Vuelta a empezar! —exclamó la joven, con impaciencia—. Como si yo no existiese, vamos...

Small, lívido, se levantó de la mesa. El que le hubiesen llamado soplón, confidente, era algo superior a cuanto estaba acostumbrado a sufrir. Con un movimiento rapidísimo, sacó su «Browning» del bolsillo del chaleco y apuntó con ella a Bresci que también se había levantado, esgrimiendo un cuchillo.

—¡Quietos! —gritó Pasione con voz imperativa, tendiendo sus brazos desnudos a Small.

Pero éste, ni aun deseándolo, hubiera podido contenerse. Una ráfaga, más terrible que nunca, de locura, lo hizo apretar el gatillo de su pequeña pistola. Sonó el chasquido del disparo y Bresci se llevó ambas manos a la frente, lanzando un ahogado, grito, mientras caía hacia atrás, derribando la silla.

Frangi gritaba cuando se inclinó sobre su compañero. Después se levantó lentamente, mirando con indecible odio a Small.

—¡Le has matado! ¡A traición, maldito
«G-men»!...

¡A eso has venido! ¡A descubrirnos para asesinaros a traición o delatarnos! ¡Mira lo que has hecho con meter entre nosotros a un
«G-men»,
Pasione!

Varios hombres mal encarados aparecieron en la puerta del comedor, llevando ya empuñadas las pistolas. Quedaron mirando a Pasione, a Small y al espantoso Frangi, despeinado, saltones los ojos por la rabia.

—¿Qué queréis? —gritó Pasione, volviéndose hacia sus hombres—. ¿Os he llamado, acaso?

—¡Basta ya de hacer caso a una mujerzuela que debiera estar en la cocina ayudando a la criada! —rugió Frangi, corriendo a situarse al lado de los «gangsters» y empujándolos adentro—. ¡Ese
«G-men»

ha asesinado a Bresci a traición y lo consiente ella! ¡Es su nueva «adquisición» y nosotros vamos a estar tolerando el que haga trizas nuestro «gang»!

Small disparó de nuevo su pequeña «Browning» mientras sonreía ferozmente. Pasione intentó sujetarle, pero vanamente. Ya la bala silbaba camino del corazón del rebelde Frangi.

Lanzó éste un aullido de rabia y dolor, llevándose ambas manos al pecho. En la blanca camisa de seda se extendió rápidamente una mancha roja. Se dejó caer teatralmente, ya casi muerto, engarabitadas las manos.

—¡Quietos! —gritó Pasione a dos o tres de sus hombres, que apuntaban sus pistolas a Small, furiosos—. ¡Quietos, os digo!

—¡Te ha engañado ese
«G-men»,

Pasione! —exclamó uno de ellos, avanzando hacia la mujer, a la que miró apasionadamente—. ¿Cómo has permitido que mate a dos de los mejores? Déjanoslo de cuenta nuestra, Pasione, o...

—Aquí no hay más «boss» que Pasione y yo, amigos —dijo Small, mientras apuntaba a la cabeza del «gangster»—. Ésta es la realidad. Ellos no la admitían así, y lo han pagado como se pagan estas cosas. ¿No es cierto, Pasione que tú y yo somos los amos? Díselo...

—Es cierto... —replicó ella, sintiendo en su corazón un extraño placer. Era la primera vez en su vida que se sentía subyugada, dominada por un hombre—. Es cierto. Ya habéis oído lo que me dijo Frangi y a lo que os quería lanzar. Hace tiempo que los dos estaban queriendo minar el puesto a mi hermano, y ahora a mí, porque soy una mujer.

—El que no esté conforme, que lo diga —dijo Small, mirando a los hombres fríamente, sin soltar la pistola de la mano—. Vamos, hablad...

—Si Pasione está conforme, nada hay que discutir. Pero quisiéramos tener la seguridad de que ella no está diciendo ahora que lo está a causa de la amenaza de la pistola, Small —replicó el «gangster»—. Que venga a una de las habitaciones y hable con nosotros a solas.

Sonrió Pasione y salió, después de decir a Russell, en tono cariñoso:

—No cuesta ningún trabajo, querido, decirles que sí, tal como ellos quieren. Te tienen miedo...

Small se quedó solo en el comedor. Echó un vistazo a los cadáveres de aquellos dos que quisieron disputarle el puesto al lado de Pasione. Después llenó un vaso de champaña y lo bebió de un trago.

Sonaron los pasos de varios hombres y el de Pasione, menudo, ligero. Volvió ella triunfante, sonriendo a Small cuando entró de nuevo en el comedor.

—Te tienen miedo, Russell —dijo, en tono despreocupado—. Con eso de que eres agente del F. B. I.

No conciben que siendo eso puedas pasarte al enemigo. Yo les he dicho que eso solamente lo puede hacer el amor. ¿Me he equivocado?

Se aproximó a él y le echó los brazos al cuello, apoyando su morena cabeza en un hombro de Small que la besó.

—Puede ser, querida, que sea eso —murmuró él roncamente—. Y ellos, ¿se han conformado con tal explicación?

—Ven la ventaja de que tú estés con nosotros, si realmente nos eres fiel, y esto habría de redundar en mayores beneficios para todos. Es lo que desean, ante todo. Dinero en abundancia. Por otra

parte —apretó sus brazos en torno al cuello de él—, ellos me quieren... Cada uno de ellos sueña en que algún día yo haga lo que ahora contigo... Quererte, Russell, quererte como a nadie he querido.

Salieron del comedor, donde la vista de los muertos perturbaba su idilio y penetraron en un gabinete lujosamente amueblado. Varios hombres de la banda recogieron los cadáveres de Bresci y Frangi y los sacaron del comedor. La criada, con otros dos «gangsters», limpiaron la sangre del suelo.

A las nueve de la mañana del siguiente día, Small entraba en las oficinas de la División, en City Hall. Estaba alegre como nunca y varios agentes especiales le miraron con cierto asombro, ya que de siempre era conocida su hosquedad y la carencia de sentido del humor.

Poco después llegó Owen McLean, el irlandés agente especial, con el que hablara por teléfono el día anterior. Era éste un joven, pues tendría unos treinta y un años, muy alto, fuerte, aunque delgado, y de temperamento alegre, decididor, expansivo. Su pelo rojo casi nunca estaba debidamente peinado, formando como una especie de cresta orgullosa sobre la frente, ancha, espaciosa. Su mirada profunda, maliciosa, riente, brotaba continuamente de sus ojos azules claros. Y su rostro anguloso, todo afeitado, era muy movable, expresivo, acompañando con gestos a su mirada inquieta, perspicaz.

—¡Hola, Small! —dijo, cuando se acercó a él, poniéndole una mano sobre un hombro en amistoso gesto—. ¿Qué tal esa salud?

¡Qué tal la salud! ¿También éste iba a empezar con la misma monserga que el odioso Tucker? ¿Para eso había hecho que Tucker desapareciese? ¿Para que McLean fuese como una segunda edición? Pues bueno era saberlo...

—Mi salud es buena, Owen —respondió lentamente Small, apartándose, para que la mano de su camarada dejase de hacer presión sobre su hombro—. Yo no sé qué os ha dado con tanto preguntarme cómo me encuentro. ¿No lo ves? ¿Es que parece que me voy a morir?

—Desde luego que no —contestó, riendo, McLean—. Pero no te ofendas por eso, camarada. Bueno, vamos a pasar a ver a Gibbons. Tiene algo que decirnos...

—¿A los dos? ¿O sólo a ti? —inquirió con sorna Small.

—A los dos. Ya sabes lo que te dije ayer. Que íbamos a trabajar juntos, ya que el pobre Tucker ha muerto.

—¿Hablaste ayer conmigo? ¿Cuándo? —preguntó con asombro Small, mirando fijamente a su camarada. Éste sonrió, afirmando con un gesto.

—Por la tarde. ¿No te acuerdas? Vamos a ver qué nos dice el jefe.

Siguió a McLean, rascándose el mentón pensativamente. Maldito si se acordaba de que hablara con Owen en la tarde pasada. Había una laguna, indudablemente, en su cerebro. Y esto no era lo muy malo, sino lo que le pudiera haber dicho en aquella conversación, que no recordaba en modo alguno. Ahora que estaba tan metido en el «gang» de Pasione debía tener un cuidado extraordinario en lo que dijera. Pero si no se acordaba siquiera de que habló con Owen, ¿cómo recordar de qué trató con él? Bueno; aquello era horrible...

Penetraron en el despacho del inspector Martin Gibbons. Y Small sintió renacer todo su odio contra él. No había olvidado que aquel hombre desconfiaba mucho de él, que había mandado, secretamente, investigar sobre las huellas del cuchillo que asesinó a Tucker y las balas de la pistola que mataron a Grazio. Que desconfiaba de él... Y ahora que él estaba metido en el «gang» de aquella adorable, deliciosa Pasione, era preciso tener un cuidado especial con el viejo sabueso.

—Hola, Small. Hola, McLean —estrechó la mano a cada uno de sus subordinados, haciéndoles un gesto para que se sentasen ante su mesa de despacho.

La mirada del viejo se fijó en Small, sonriéndole afectuosamente.

—¿Qué tal nos encontramos, muchacho? —le dijo, en tono fingidamente rudo—. ¿Con ánimos para cooperar con McLean, como hacía con Tucker?

—A sus órdenes, jefe —replicó secamente Small.

Su buen humor había desaparecido. Aquellos tipos, con su manía de que se encontraba enfermo de algo que jamás le decían qué pudiera ser... Alguna vez aludieron a sus lesiones de la cabeza, y un médico, no hacía mucho, le había reconocido, haciéndole muchas preguntas idiotas sobre reacciones del genio, si dormía bien, si tenía buena memoria, si sentía desfallecimientos morales o

súbitas irritaciones; muchas cosas que él no sentía. Bueno; lo de la memoria, eso sí. Pero a cualquiera le puede ocurrir cuando se lleva una vida agitada, de constantes peligros y uno está excitado, pensando siempre en peligros.

—He tenido noticias, Small —Gibbons se dirigía a él especialmente, cosa que sorprendió mucho a éste—, de que el «gang» de Grazio no está disuelto. ¿Saben ustedes dos algo de esto?

McLean hizo un gesto negativo. Small le imitó, aunque un frío sudor comenzó a brotar de su arrugada frente. Su rostro leonino pareció ensombrecerse aún más. Aquello era interesante. ¿Quién le fue con el cuento a Gibbons?

—Pues ésas son mis noticias —siguió Gibbons, cruzadas las grandes manos sobre la carpeta de piel de la mesa—. Me han hablado de cierta mujer, no sé si amiga o parienta de Grazio, que se ha erigido en «boss»...

—¿Una confidencia digna de crédito? —inquirió Small, sonriendo desdeñosamente—. Una mujer haciendo de «boss»... Eso parece un cuento.

—Digna de crédito, Small —afirmó Gibbons, moviendo la pesada cabeza canosa—. Una mujer, en efecto. No me han dicho más que eso, hasta ahora. La persona informante lo oyó decir en un bar de Chesnut Street a un hombre, que no pudo después seguirle para ampliar la información.

—No creo que una mujer pueda ir muy lejos en tal cargo —opinó McLean, sonriendo escépticamente—. Solamente puede imponer su autoridad apoyándose en un hombre, a quien elija como «boss» consorte, o cosa así. Una mujer suele ser, cuando quiere mandar un «gang», la causa de su destrucción. Los celos entre ellos, las preferencias de ella... Admitido, claro es, que tal mujer no puede tener moralidad alguna en ningún sentido.

Small sintió que se ponía lívido de rabia. Desde luego, nunca odió tanto como odiaba, desde ahora mismo, a McLean. Decir que Pasione era así, con lo bella, lo deliciosa, lo encantadora que era... Decir que Pasione podía sentir pasión por varios hombres, como el que entrega cigarrillos a los amigos, cuando era a él a quien adoraba, solamente a él...

—No se fíe —dijo a McLean sin mirarle, temeroso de que él le conociese el odio inmenso que le había cobrado—. Una mujer bella,

inteligente, que no sea todo lo despreciable que usted afirma, puede dar trabajo. Encontrar colaboradores que la sigan a ciegas. Y no sé por qué ella ha de tener preferencias por unos u otros y suscitar celos... Usted crea un tipo «standard» de mujer viciosa, «fatal», amiga de estar siempre metida en juergas y que los hombres se maten por ella y la colmen de joyas, de dinero... Es la mujer que ocupa un lugar secundarlo en el «gang» lo que usted ha visto. El «gancho», la encargada de emborrachar a las víctimas y hacerlas «cantar» lo que les interesa. Me parece un poco aventurada su exposición de cómo ha de ser esa mujer, Owen.

—Cierto. Si la conociese personalmente, no hablaría poniendo el ejemplo de cómo han sido otras mujeres que quisieron ponerse al frente de «gangs» —replicó McLean en tono sosegado—. Todas eran así, Small.

—De eso se trata, muchachos —dijo Gibbons, haciendo un gesto para que le escuchasen—. Hay que descubrir quién es esa prójima. Y hay que impedir que ese «gang» pueda resurgir. Ésta es la misión de ustedes dos. Mi experiencia me dice que usted puede tener razón, Small, y usted también. McLean. Hemos visto mujeres al frente de bandas, y ellas se encargaron de hacer trizas la organización, sembrando con su conducta equívoca, de lo que son, en realidad, un odio mortal entre los hombres. Se mataron por conseguir el «amor» de la jefa. Pero también recuerdo a una tal Marion, allá por el año treinta y uno que volvió loca a la Policía federal. Una mujer lista que empleaba la cabeza, y no su belleza, para dirigir a la banda. Claro es que —terminó, riendo— era horrorosamente fea... En fin, ustedes van a ponerse en campaña inmediatamente. No hay que dar lugar a que esa gente pueda volver a ejercer presión sobre la clientela que tenía Grazio. Ya he hablado con varios de esos dueños de «cabarets», salas de fiestas y restaurantes para que me denuncien inmediatamente nuevas presiones que les hagan.

—Lo malo ha sido que no hemos podido atrapar a ningún hombre de la banda de Grazio —murmuró McLean—. Ni sabemos nada de ellos.

—Es lo que hay que buscar, precisamente —respondió Gibbons, sonriendo—. Dar con un tipo de éstos, que nos diga lo que sabe, o infiltrarse en la banda tan pronto se sepa algo sobre dónde reside

esa mujer dirigente. Ustedes dos valen para esta misión. A la tarea, amigos...

Small sonrió misteriosamente. Había sido una gran fortuna que Gibbons le encargase precisamente de que se buscara a Pasione, su adorada Pasione. ¡Ya la iba a encontrar su querido camarada McLean, aquel hombre listo, tan activo, tan valiente! Y mientras tanto, Gibbons buscándole a él, a Small, las vueltas, con su desconfianza, para atraparle al menor descuido. Ya conocía él la marrullería de Gibbons, viejo «cop», que había ido subiendo gracias a su astucia, su celo y paciencia. Pero el viejo no podía compararse con él, hombre joven, de mayores estudios, más modernos y científicos, que los métodos anticuados. Por lo pronto, él sabía que Gibbons le vigilaba. Y Gibbons no sabía que él no ignoraba tal cosa y que estaba prevenido para combatirlo, para deshacer sus trucos. La ventaja era suya, por tanto.

Gibbons les despidió afablemente. Y colmó el odio que por él sentía Small al darle un golpecito amistoso en un hombro, recomendándole se cuidase mucho y que si se sentía no muy bien, le avisase, para encomendar a otro aquel importante trabajo, juntamente con McLean.

—Bien, camarada —dijo Owen, ya en el pasillo, mirando a Small fijamente—. Tenemos que dar con esa mujer de pelo en pecho, ¿eh? Si ella me hace fracasar, pido el retiro —agregó, riendo jocosamente— y le pido un puesto en su «gang». Hay derrotas honrosas, y una de ellas es la de ser vencido por una hermosa mujer. Porque seguramente será hermosa, ¿no? No concibo a aquella Marion de que habló el jefe, fea, desagradable, haciéndose obedecer por esos hombres feroces. Ésta será una beldad, sin duda alguna.

—Puedes enamorarte de ella y entonces todo estará hecho —insinuó Small, sonriendo torcidamente.

—O tú, hermano. Ella decidiría.

Salieron a la calle y subieron al coche, que iba a conducir Owen McLean.

—¿Adónde vamos? —preguntó Small, con desinterés—. Supongo que no pretenderás dar ahora con esa mujer de «gang», ¿verdad? Sin saber una palabra de ella, ni dónde vive...

—Vamos a ese bar donde el confidente nuestro dijo que había escuchado lo referente a ese asunto. Es en Chesnut Street.

Arrancó el «De Soto», dirigiéndose hacia el Noroeste. Small pensó que era una maldita casualidad que aquel bar estuviese en la misma calle donde vivía Pasione. Desde luego, la cosa estaba vista. Algún idiota del «gang» de Pasione fue a beber allí, al bar, y el confidente le oyó hablar de su «boss» femenino.

—¿Vamos a ver a ese confidente? —insistió Small—. No sabía que tú estuvieses enterado de quién es. El jefe nada nos dijo.

—Me lo dijo antes a mí —contestó despreocupadamente McLean.

Y no vio el gesto que hizo su camarada, expresando rencor.

El bar estaba precisamente en el 281 de Chesnut. Street. Pasione vivía en el 287. Precisamente lo que pensó Small respecto a la vecindad de ambos sitios.

Se bajaron ambos del coche y McLean avanzó hacia el mostrador, seguido de Small, que miraba desconfiadamente a su alrededor, temeroso de encontrar en el local a algún miembro de la banda de Pasione.

—¡Hola, Ruggiero! —dijo McLean a uno de los camareros—. ¿Está Corvo?

—Está. Mírele, allí —señaló con la mano al fondo del local, estrecho y muy largo—. ¡Corvo, te llaman aquí!

Un camarero de pequeña estatura, moreno, de ojos muy vivos y bigote poblado, negro, con grandes guías, avanzó hacia ellos, sonriente.

—¡Hola, señor McLean —dijo obsequiosamente, en un inglés no muy correcto—. ¿Qué le trae por aquí?

—Hola! Mire, este amigo es... como yo —dijo quedamente—. Venimos de parte de Gibbons, ya sabe.

—¡Ah! —El hombrecillo miró en torno desconfiadamente—. Este sitio no es muy adecuado... Bueno; vengan a un reservado de los que yo sirvo. Vengan.

Le siguieron hasta el final del salón y torcieron por un pasillo, a la derecha, donde había otro, a cuyos lados había varias puertas. Corvo abrió una de ellas y les invitó a pasar, dando a la luz. Era un cuartito bien puesto, con una mesa, un diván y tres sillones.

—Voy a traer algo. ¿Qué quieren tomar?

—Unas «Coca Cola», ¿verdad? —consultó McLean con Small, quitándose la trinchera.

—Bueno. Y yo, también unos trozos de jamón. No he desayudado —respondió Small.

—¿De juerga la pasada noche? —preguntó, sonriendo Owen.

—¡Bah! —replicó Small despectivamente.

Volvió a poco Corvo con lo pedido. Se sentó en un sillón, sin cumplidos, y vació un frasco de «Coca Cola» en su vaso, bebiendo un poco. Los dos agentes especiales le imitaron, expectantes.

—Pues aún no he podido adelantar mucho en mis pesquisas —dijo el italiano quedamente, ofreciendo cigarrillos a los dos jóvenes—. Aquel tipo ha vuelto por aquí, pero no se sentó en las mesas que me corresponde servir y por ello me fue imposible trabar conversación con él. Desde luego, debe vivir por aquí. Recuerdo ahora haberle visto pasar y repasar por delante del bar, como otros muchos vecinos de la calle.

—¿Es italiano? —preguntó McLean.

Small había adoptado el papel de espectador, que tan bien le iba. Tenía así tiempo de pensar y formar opinión sobre lo que se dijese.

—Sí, desde luego. En este Latin Quarter abundamos mucho. Si vive por aquí y frecuenta este bar, ya le sonsacaré cuanto sea preciso, descuiden. Otra cosa debo decirles, aunque no sé si tendrá relación con lo que perseguimos. Y es que ha venido por aquí una estupenda mujer, invitada por un tipo con aspecto de «gangster», y por lo que pude observar, no sé si será la famosa «boss» que perseguimos...

—¿En qué notó eso, Corvo? —preguntó McLean, interesado.

—Es una mujer magnífica, de alta estatura, muy morena, italiana, con una cara deliciosa, pero... de mujer baqueteada por la vida, si me comprenden ustedes. Mirada dominante, sin sentir rubor porque la miren, y a su acompañante, otro italiano, le tenía metido en un puño, hablándole secamente, no como enamorado, sino como pudiera hablar un ama con su criado. Estoy seguro que si la hubiera registrado el bolso que llevaba habría visto una pistola dentro.

Rió McLean, buscando con la mirada la expresión del rostro de Small, que sonrió precariamente. Realmente, se sentía éste como si le fuesen a sentar en la silla eléctrica, de angustiado. Aquel maldito espía había visto, en efecto, a Pasione, y de verla a dar con ella solamente había un paso. Los italianos eran unos malditos astutos,

se dijo con rabia. Menos mal que él estaba allí y podría poner remedio a la cosa...

—¿Usted la ha visto alguna otra vez? —preguntaba McLean a Corvo.

—Sí. Varias veces. Debe vivir por aquí. Claro, tengo mis dudas de que, al fin y al cabo, no sea más que una de esas mujeres, cómo le diré... —sonrió maliciosamente—, que se dejan convidar. Pero lo que me extrañó es que fuera con lo que no vacilo en calificar de «gangster» y que éste, que tenía todo el aspecto de ser un bestia, se dejase dominar por ella, como si estuviese a sus órdenes. La tengo fichada y he de averiguar más sobre ella.

—¡Estupendo, Corvo! —dijo McLean, reconociendo la astucia e inteligencia del camarero—. Ya sabe que trabaja por una buena causa, ¿eh? El

F. B. I.

es generoso y no abandona nunca a sus colaboradores. Gibbons está contento con usted, y ya sabe lo que esto significa. Nos vamos, para que no inspire sospechas su tardanza.

—Muy bien, Corvo —dijo, a su vez, Small, dándole una palmada en la espalda—. Deseo que siga triunfando. Es usted muy listo, de veras... —sonrió con la mitad de la boca, haciendo un gesto ambiguo.

—Volveremos a la noche, ¿le parece bien? —propuso McLean, dejando el importe de lo consumido sobre la mesa.

—Sí. Vengan directamente a este reservado, el catorce —dijo Corvo—. A ver si puedo decirles algo más positivo. Tengo esperanzas...

—Claro que sí. Yo también, Corvo —agregó Small alegremente—. Se saldrá con la suya, no lo dude.

Salieron a la calle McLean y Small. Éste apenas si podía soportar el dolor de cabeza que sentía. Había estado conteniendo mucho los deseos de sacar su pistola de la funda y meter un balazo en la boca de aquel maldito Corvo, que iba a descubrir a su amada Pasione si él no andaba listo en evitarlo. Y es que no se podía tener confianza en nada, ni en las apariencias siquiera. ¿Cómo iba a figurarse Pasione que en aquel bar estuviese uno de los más astutos «ojos y oídos» del

F. B. I.

bajo la forma de un desmirriado camarero italiano? ¿Y que se fijase, además de en su belleza, cosa natural siendo un hombre, en algo tan sutil como en el carácter de ella, dominante, altanera con sus subordinados, sacando la aguda conclusión de que debía ser la «boss» del «gang» del muerto Grazio? Esto sí que era ser hombre listo, temible...

—Bueno, pues nosotros poco podemos hacer todavía en esto —dijo McLean, sentándose ante el volante del coche, haciendo un gesto de aburrimiento—. Mientras Corvo no nos diga quiénes son esos tipos... Habrás visto que es un hombre listo, ¿eh?

—Hombre, aún no hemos recibido la plena confirmación a sus sospechas. Una cosa es que diga que es un «gangster» y sea verdad, y otra el que esa mujer pueda ser la «boss» que buscamos, si es que es «boss» de algo —rió Small burlonamente—. Nunca me he fiado absolutamente de loa confidentes —agregó, en tono desdeñoso—. Urden historias mientras sacan el dinero, y para no dejar de ganar, van metiendo más mentiras.

—Es posible, pero Corvo ya lleva varios años a nuestro servicio y siempre ha quedado bien. El

F. B. I.

le debe bastante —contestó McLean.

Small se sentía rabioso cada vez que su camarada rebatía sus argumentos, tendentes a hacer que perdiese su confianza en aquel condenado Corvo. No se le ocultaba el real peligro de que el camarero acabase por dar con Pasione y la delatase. Porque es que una vez Pasione «enjaulada», saldrían quizá, a relucir muchas cosas, y entre ellas las cartas que él envió a Grazio, y que constituirían una base terrible de acusación contra él.

El coche había arrancado, conducido por McLean, al parecer sin un rumbo determinado. Durante todo el día no podrían investigar más sobre aquel asunto; hasta que, a la noche, fuesen de nuevo al bar de Corvo y éste les comunicase nuevas noticias, si las había.

—Vamos a ir a Pine Street, donde vivió Grazio, a hacer un nuevo registro —propuso Owen, mirando a su camarada como si le pidiera su parecer.

—¿Para qué? Ya se hicieron allí varias visitas después. Era el piso de soltero de Grazio y creo que nada se sacó de allí en limpio —contestó Small, encogiéndose de hombros.

McLean se estaba proponiendo fastidiarle con tanto indagar alrededor de Grazio y su hermana...

—Yo no fui allí. A veces, lo que no ven muchos ojos lo ven dos. Y como nada tenemos que hacer hasta la noche... —replicó McLean, sonriendo.

Se bajaron en el 1459 de Pine Street y subieron al piso, tomando las llaves que les dio el conserje de la casa.

Penetraron en el «*hall*», donde estaban marcadas todavía las manchas de la sangre que vertiera Grazio cuando disparó sobre él Small. Éste palideció al verlas.

—Por cierto que le conté al inspector —dijo a McLean, que las estaba mirando atentamente, en cuclillas— las cosas al revés de cómo sucedieron. Estaba yo... como atontado —sonrió forzosamente.

—¿Sí? —inquirió Owen, levantándose y mirando fijamente a su camarada—. ¿Cómo fue?

—Tucker no fue acometido al entrar aquí, sino cuando penetró en el despacho ese —señaló con la mano la estancia, cuya puerta estaba abierta—. Lo recordé después. Yo iba detrás de Tucker y de Grazio. Éste sacó el cuchillo y acometió a Tucker estando este de espaldas. Fue muy rápido... Yo, entonces, disparé contra el «boss», cuando éste intentaba salir, aquí, en este «*hall*». Es lo mismo, pero esto es lo cierto. Por eso el inspector vio el cadáver de Tucker en el despacho y el de Grazio aquí.

—Sí, es lo mismo —afirmó McLean, sonriendo—. Tu versión anterior sorprendió un poco al jefe, que ya sabes no es tonto. No se explicaba cómo Tucker estaba muerto en el despacho, si, según tú, todo ocurrió en el «*hall*» éste.

—Ya sé que le sorprendió —murmuró Small en tono rencoroso—. Y por eso, en vez de preguntarme, ha ordenado sean examinados el cuchillo y las balas. Ya lo sé... Desconfía de mí.

—¿Estás seguro? —exclamó McLean, mirándole con asombro—. No lo creo, Russell. Gibbons es leal en todos sus actos y antes que desconfiar de ti te hubiera interrogado, exponiendo sus dudas sobre la versión que le diste.

—¡Yo sí lo sé! —exclamó impetuosamente Small, mirándole hostilmente—. Sé que ha mandado comprobar las huellas del cuchillo y examinar por Balística los proyectiles de mi pistola. Por si

el cuchillo lo cogió Grazio y las balas que le metí después a él eran de mí «Luger»... ¿Así cómo va uno a trabajar con fe, Owen? Luego, con decirme que si tengo «complejo de inferioridad» y no sé cuantas idioteces más, está uno listo.

—Vamos, no te sulfures por eso. Ya te digo que no creo que Gibbons haya llevado las cosas a ese extremo. ¿Quieres que me entere y te lo diga confidencialmente si hay algo de eso? —dijo McLean en tono amistoso.

—Me es igual. Reconozco que la primera versión que di era tonta, porque me encontraba nervioso, muy afectado por la muerte del querido camarada Tucker. Le quería mucho, Owen... —murmuró Small, baja la cabeza, las manos a la espalda—. Pero Gibbons debió de decirme, claramente, que no le convencían mis argumentos, y entonces yo hubiera recapacitado, como he hecho ahora, y la cosa hubiera quedado conforme. En vez de eso, se calla como un maldito hipócrita y ordena se investigue sobre mí, como si fuese un... traidor. ¡Maldita sea su estampa! ¿No maté yo a Grazio, vengando a Tucker?

McLean miraba con gran asombro a su camarada. Y es que Small, rojo de ira, apretadas las enormes, manos, imponentes, con su gran estatura y cabeza leonina, tan parecida a la de Beethoven, no parecía en aquel instante un hombre normal. Un brillo siniestro brotaba de los grandes ojos castaños, con una fijeza espantosa.

—Vamos, vamos, Russell —murmuró el agente especial, mientras penetraba en el despacho de Grazio—. Estoy seguro de que el jefe, cuando conozca tu error de explicación, será el primero en quedar conforme. Veamos qué hay en esta mesa, si es que han dejado algo los de Huellas. ¿Quieres ayudarme, en vez de estar recomiéndote tontamente? No tiene importancia, hombre...

Tiró McLean del cajón central de la mesa. Small, en pie, a su lado, le miraba con los ojos casi cerrados, en su rostro una expresión de amenaza creciente apenas disimulada. Tal vez Owen no se daba cuenta de que su vida estaba corriendo el mayor peligro que conociera desde que era agente del

F. B. I.

Sacó varios papeles, que eran facturas de proveedores varios: un sastre, un camiserero, un zapatero. Unas cuentas, en otro papel, hechas a lápiz, y con abundantes correcciones, demostrando que

Grazio era muy mal matemático. Una agenda de anuncio de una casa de seguros, sin anotaciones al parecer.

McLean examinó hoja por hoja aquel cuadernito. Small, en pie, miraba por encima de sus hombros. Estaba intentando contener sus impulsos de matar a aquel entremetido, que quizá pudiera encontrar algo comprometedor para Pasione. Pero si hacía algo contra él, como no matarlo, por ejemplo, y solamente herirlo, se la habría buscado buena él. Y si le mataba, ¿cómo justificar ante Gibbons aquella muerte, con lo que ya desconfiaba de él?

—¿No te lo decía? —exclamó McLean, sonriendo, mirando una de las últimas páginas de la agenda—. Los de Huellas e Investigación no han debido ver esta página... Mira lo que puso aquí Grazio: «Ch. St doscientos ochenta y siete».

Small se apoyó en el respaldo del sillón donde estaba sentado McLean. Cerró los ojos, como si un fuerte marco fuese a hacerle caer al suelo. Y sintió correrle por la espalda un terrible estremecimiento de pavor. Lo que estaba leyendo Owen era, en una especial abreviatura de Grazio, la dirección, ni más ni menos, de Pasione. «Chesnut Street 287».

—Y ¿qué significa eso? —pudo decir al fin Small, con voz apenas audible.

McLean se volvió para mirarlo fijamente.

—No lo sé. Pero será cosa de pensarlo y saldrá —contestó Owen pensativamente, examinando la anotación después—. No parece el número de un teléfono. Al menos, no de San Francisco. «Ch. Saint» pudiera ser... «Ch. Street...». La abreviatura de «Street» es «St.». Viene después el número de la calle: doscientos ochenta y siete.

—Tienes para rato con eso —murmuró despectivamente Small—. ¿Una calle de San Francisco de Nueva York, de Chicago, de... cualquier villorrio de Nevada, de South Carolina? Eso no dice nada absolutamente. Por algo lo dejaron los de Huellas. Suponiendo, claro, que sea eso una dirección...

McLean se guardó la agenda sonriendo.

—Ya lo averiguaremos. Veamos los demás cajones —y el joven tampoco se dio cuenta de que con renunciar a descifrar, de momento, aquella anotación, acababa de salvar su vida. Small le hubiera matado, si llega a decir que era Chesnut Street, 287. No se hubiera podido contener, pese a reconocer que hacía un disparate

con ello. Sus nervios, a veces, no le respondían. Una nube roja pasaba ante sus ojos mientras se sentía impulsado ciegamente a la acción violenta. Perdía la memoria, era otro...

McLean dejaba sobre la mesa un par de guantes de caballero, una corbata muy usada, una pipa, papeles de cartas sin usar, arrugados, sucios con sobres. Una estilográfica estropeada, después. Dos paquetes, comenzados, de cigarrillos «Dominó» y «Fátima».

—No hay más —dijo al fin en tono desilusionado, empujándolo despectivamente al cajón central—. Nada de particular.

—Ya me lo suponía —afirmó Small aburridamente—. Vamos a tomar el sol, si otra cosa no hay que hacer hasta la noche.

McLean salió del despacho, no sin antes mirar detenidamente los muebles, el «*parquet*», con la gran mancha de sangre dejada por Tucker al sor apuñalado por Grazio.

Fue por el pasillo y penetró en las demás habitaciones que registró con parsimonia, sin hacer caso de las protestas e impaciencia de Small. En el cuarto de baño encontró, sobre una repisa de cristal, donde había tarros de cremas para la cara, después de afeitarse, colonia, cepillos y peines, una barra de carmín para labios, empezada.

—¡Ah! —exclamó McLean, mirándola, sin tocarla—. Grazio recibía visitas femeninas... «Revlon» —leyó la marea—. Me lo llevaré. Esto tendrá seguramente huellas que han despreciado nuestros camaradas.

—¿Por qué no te llevas todos los muebles, toda la casa? También encontrarías huellas —profirió Small sarcásticamente—. ¡Y vámonos ya de una vez!

McLean sonrió. Y salieron del piso, dejando la llave en la conserjería.

—Esta barra de labios puede tener las huellas de esa misteriosa mujer que se ha erigido en «boss» de la banda —aclaró el joven, cuando subieron al coche—. No puedes dejar de ignorar que unas huellas digitales han llevado a la «silla» o la cárcel a muchas personas. Diré que lo analicen y se guarde, para cuando llegue el momento oportuno.

Abandonaron el Latin Quarter por Columbus Avenue. Y como era ya el mediodía, Small pidió a su camarada que le dejase en su casa, en Jackson Street.

—A las cuatro o cuatro y media vendré a buscarte —le dijo McLean—. No sé si el jefe querrá que sigamos con esto, aunque hasta la noche realmente no hay nada que hacer.

—Se lo preguntas. Yo te esperaré aquí —replicó Small en tono malhumorado.

Cuando entró en su piso, Small fue directamente al teléfono y marcó el número de Pasione. Ella se puso al aparato.

—Soy Russell —dijo secamente él, en voz baja, porque la criada china estaba en la cocina—. Oye: tenéis que largaros más que aprisa de ahí. Os siguen los pasos muy de cerca...

—¿Eh? —exclamó Pasione, con voz inquieta—. ¿Quién te lo ha dicho? ¿Es el

F. B. I.?

¡Qué listos os habéis vuelto de repente!

—No. Un maldito camarero del bar que está cerca de tu casa se ha empeñado en que tú y otro de tus hombres sois «gangsters» y nos ha pasado el recadito. ¡Habéis sido unos idiotas con ir allí, tan cerca, a beber! Eso no lo hace ni el más inocente carterista...

—Tal vez sea cierto —concedió Pasione, dubitativa—. ¿Y quién es ese camarero, confidente vuestro? Dame sus señas personales...

—No hagas tonterías...

—Dime cómo es —insistió fríamente Pasione—. Los confidentes no merecen vivir, al menos para nosotros. Es lo que más odio. Si tú me engañases alguna vez, Russell...

—Bueno, bueno... Se llama Corvo, es italiano, pequeñito, y tiene un gran bigote negro. Se ha fijado mucho en ti y apuesta que eres la «boss» sucesora de tu hermano.

—Gracias. Apuesta tú también que hoy mismo ese hombre va a dejar de armar más enredos.

—Ten cuidado, Pasione. No olvides que nadie sino nosotros, los del

F. B. I.,

sabemos que es confidente. Si le matáis hoy, o mañana, Gibbons se preguntará quién os ha dicho que es confidente nuestro. Y sospechará de mí y de McLean. Lo mejor es que os marchéis enseguida, y más adelante le ajustáis las cuentas a ese chismoso.

—Ya veremos, querido. ¿Y si nos ha seguido? ¿Crees que tenemos tantos sitios dónde ir, huyendo de ese tipo?

—Iros a un hotel, por separado, mientras buscáis un piso o una villa en las afueras. Esta noche vamos a ir McLean y yo a ver a Corvo, que nos ha prometido informarnos más. Procura que si vamos a tu casa, no estéis ya —terminó Small secamente—. Después me telefoneas. Adiós, cariño.

—Adiós. Te debo mucho, Russell, con esta confidencia. Quisiera verte pronto para darte un premio...

—Ya me las pagarás todas juntas —rió él, y colgó.



CAPÍTULO IV



McLean llegó a casa de Small que estaba leyendo un diario en su *living* mientras fumaba una pipa. Pero no llegó sólo el agente especial. Una hermosa mujer le acompañaba. Era alta, fuerte, pero esbelta, admirablemente formada. No podía negar su raza irlandesa, tanto en los rasgos del rostro como por su cabellera, rojiza. Cejas también rubias rojizas, muy delgadas. Sus ojos, azules claros, alegres, eran muy grandes, de singular hermosura.

Small se levantó cuando vio a la pareja. McLean, riendo, hizo avanzar a la muchacha, que podría tener unos veinticuatro años, y que le tendió la mano al camarada de Oreen.

—Rose

O'Malley,

mi novia —dijo McLean—. Mi camarada Russell Small, Rose —

presentó en tono alegre, mirando fijamente a Small para observar qué impresión le causaba la muchacha.

—¡Ah!... Yo no sabía que tuvieras novia —exclamó Small azoradamente, brindando un sillón a la joven, que se sentó, sonriendo—. Bueno, me alegro de que hayas elegido bien, Owen.

Small desde que sufriera aquel terrible golpe en la cabeza, había cambiado mucho en lo que se refería a su carácter. Antes de aquello, le gustaban mucho las mujeres y tuvo algunos conatos de noviazgo, comenzando a «flirtear» con varias muchachas, sin elegir por dictado de su corazón.

Lo hacía por divertirse, por invitarlas a bailar y merendar, por llevar a su lado a hermosas jóvenes. Después de aquello, se hizo casi misógino. Retraído, hosco, amargado, le fastidiaba lo que tanto le gustara antes. Creyó que todas le miraban compasivamente, que no gustaban de su presencia, poniendo una dosis grande de suspicacia a las palabras de ellas, con lo que prontamente las despidió, juzgándose «incomprendido».

Fue Pasione la que ahora le había hecho sentirse de nuevo inclinado a tener trato con las mujeres, aunque solamente con un fin calculado, lleno de egoísmo y mala fe. Aquella mujer, también egoísta y poseída de un sentido absolutamente materialista en cuanto se refería al amor, parecía haber nacido para hacer con él una pareja ideal, dadas sus mismas ideas.

Examinando a Rose

O'Malley,

sentada ante él, con su belleza rubia, la serenidad de su mirada, la decencia que trascendía de toda su persona, se sintió extrañamente afectado, como deslumbrado. Era otra cosa aquella mujer, desde luego, a lo que era Pasione. Esta tal vez fuera más hermosa, más llamativa, más «personal» que Rose. Su actitud, siempre imperativa, como reclamando toda la atención de quienes estuviesen con ella, erigida en soberana indiscutible, contrastaba con la sencillez, la afabilidad, la mejor educación y distinción de Rose.

Mientras charlaban ella y Russell, y él contestaba con monosílabos, la examinaba a hurtadillas de pies a cabeza con creciente admiración, sintiéndose turbado paulatinamente. Y era extraño, no la consideraba como consideró a Pasione y quizá a otras, desde un punto de vista material y de deseo exclusivamente.

No pensó que le agradaría besarla, estrecharla en sus brazos... como lo pensó de Pasione apenas la vio. Pensó, sintiendo íntimo sonrojo, como si un pecado se adueñase de su corazón, que podría amarla, pero de verdad y honestamente. No sabía si era el amor el que llamaba por primera vez a la puerta de su corazón, o qué... Rose era muy hermosa y tenía lo que jamás viera en otras: seducción espiritual.

—Ha dicho el jefe que hasta la noche no hagamos nada en ese asunto, Russell —explicó McLean, mientras alargaba un cigarrillo a Small—. Y en vista de eso, Rose y yo nos vamos de paseo al Golden Gate Park, a merendar al quiosco del lago grande.

—Si quiere acompañarnos, Russell... —propuso Rose, sonriéndole—. No nos estorbará, se lo aseguro. Owen me ha dicho que es usted un poco... aburrido, que no quiere tener novia ni divertirse un poco con las muchachas...

—Yo... —Se turbó, dándole rabia sentir aquella extraña emoción ante la presencia y las palabras de aquella joven encantadora—. Pues la verdad es que... tengo poco tiempo para eso. Estudio bastante, hago vida casera...

—Bueno, vente con nosotros —ordenó McLean, riendo, levantándose. Ella también se levantó, haciéndole un gesto animoso. Y Small se apresuró a meterse en su alcoba para arreglarse. No sabía lo que le pasaba, ni quería pensarlo. Una extraña felicidad le invadía, y esto le bastaba para no desear otra cosa. Y todo era por estar al lado de Rose, desde luego. Por ella. Si otro camarada se hubiese presentado allí, con su novia, invitándole a pasear con ellos, les hubiese enviado enhoramala, sin vacilar. No se daba cuenta de que su papel tal vez fuese un poco airado, acompañando a McLean y Rose. No lo quiso pensar siquiera. Quería ir, con ella, porque le causaba felicidad.

Estaba el coche de McLean, un «Plymouth» modelo 1349, ante la casa, y a él subieron los tres, acomodándose en el asiento delantero. Al volante, Owen, Rose al lado y Small junto a Rose. Se arrimó lo más posible a la portezuela, para no rozarla a ella. Pero sentíase muy cerca y olía el perfume, un poco vago, de lavanda, que exhalaba. Vibró todo su ser, angustiado, cuando Rose le dio inadvertidamente con un brazo en el suyo, confiada y contenta al parecer por haber sacado de su casa a aquel ogro, según expresión

de Owen.

—¿Vamos a Golden Gate Park, al fin? —dijo Rose, volviéndose un poco para mirarle cara a cara—. ¿Le agradaría ir a otro lado? Sinceramente, Russell.

—¡Oh! Me es igual. Creo que lo pasaré muy bien, donde sea. Ha sido usted muy amable, Rose, un rasgo... de agradecer, siendo novios como son. Temo que habré de ser un estorbo muy grande, como lo soy físicamente.

—¡Bravo, Russell! —exclamó McLean con entusiasmo, riendo—. Hacía mucho tiempo que no decías un chiste. Tú lo que necesitas es una novia, créeme.

—Porque no tiene novia. ¿Es cierto? —inquirió Rose, mientras el coche alcanzaba Halgth Street que iba directa a la puerta de entrada Este del parque maravilloso, orgullo de San Francisco—. ¿Por qué no se casa, Russell?

La pregunta de Rose le hizo enrojecer, y ya iban veinte veces, notándolo perfectamente él. Cosa más extraña...

—Bueno, yo creo que tú, Owen, has tenido una suerte excepcional —declaró con énfasis, apretándose contra la portezuela aún más, temeroso de sentir el contacto de la joven—. Si yo pudiese tener aunque no fuese más que una copia de Rose, ya estaba hecho...

Rieron McLean y ella, divertidos. Small se asombró. No deseaba hacer chistes, de veras. Lo estaba diciendo con toda su alma, con absoluto convencimiento. Dejando hablar a su triste corazón. Y ellos se reían...

—¿No decías que Russell era muy serio, Owen? —murmuró Rose, alegre el semblante por la risa anterior—. Bueno, tú no le conocías... Me agrada que sea usted uno de esos graciosos sin proponérselo, Small. Son los mejores humoristas y no los que a toda costa se hacen los graciosos, salga lo que salga. Me agrada usted, Russell.

—Gracias —contestó sencillamente él—. Su opinión supone mucho para mí. Sí, dicen que a veces el humorismo nace de la misantropía. Todo el mundo tiene algo de misántropo, creo yo. Es imposible sentir siempre buen humor, como lo es también desconocer en absoluto un poco de felicidad. Usted es feliz ahora, no hay que dudarle.

—Como lo puedes ser tú también cuando quieras —afirmó Owen—. Hay muchas muchachas muy bonicas y de buen corazón que se considerarían felices con tenerte a su lado para siempre. No hay más que lanzarse...

Atravesaron con el coche, de este a oeste, el gran parque, yendo a detenerse ante el lago grande, rodeado de maravillosos rododendros y cerezos japoneses. Y en el quiosco situado entre el lago y el sitio reservado a los búfalos, que pacían en la gran pradera, tomaron asiento. Había bastante concurrencia, tomando el sol plácidamente.

Small encontrábase maravillosamente tranquilo, como desde hacía mucho tiempo no lo estuviera. Y su mente trabajaba, rememorando actos pasados. Vino a su memoria la muerte de Tucker, el conocimiento con aquella Pasione y sus relaciones con los «gangsters», a quienes estaba sirviendo, traicionando al F. B. I.

Se acordaba de todo aquello, pero no comprendía cómo sucedió y por qué él fue el personaje principal en aquellos hechos. Había algo que escapaba a su propia intención y forma de ser. Algo que vencía a su voluntad, o que convertía en deseo de hacer aquello que hizo. Como una extraña perturbación...

Charlaban McLean y su novia quedamente, mientras él se asombraba un poco de estar con ellos. No recordaba cómo fue allí... ¿Se los habría encontrado en el parque y le habían invitado a sentarse con ellos? Cosa más extraña...

Contempló a Rose con creciente admiración, silenciosamente. Era muy hermosa. Mucho más que Pasione, Aquella muchacha tenía la belleza de la pureza, de la bondad y la comprensión. Pasione era como la estampa de la impureza, de todo aquello que parece enloquecer, pero que es pasajero y deja un poco de remordimiento, de hastío y hasta de odio. Eran el amor puro y la impureza del amor.

En su mente nació la idea de no hacer por ver más a Pasione. Y desde luego, aunque la viese, no tener con ella relaciones que no estaban selladas por un amor verdadero. Pasione no amaba a nadie, ni a él, y, por tanto, relacionarse con ella era como aceptar una mala sustitución del amor que él ya sentía, y no por ella. Nada con Pasione. Ni con sus secuaces.

—Perdona un momento, Russell —dijo, de repente, McLean, levantándose de su asiento—. Voy a ver a un amigo que está allí —señaló al otro lado de la fila de mesitas y sillas, donde se sentaban muchas personas. Owen partió hacia allí y fue a saludar a un hombre, que le indicó una silla, sentándose el agente especial.

—¿Qué pensaba usted con tanta atención, Russell? —inquirió Rose, sonriendo—. Debe usted ser un poco menos reconcentrado... Infunde un respeto tal que no se atreve uno a interrumpirle en esas meditaciones. Muy profundas deben ser...

Small perdió la tranquilidad. Su mente pareció como retorcerse y sintió dolerle fuertemente la cabeza. Parecía como un desdoblamiento extraño y terrible a la vez. Su memoria jugaba con él diabólicamente, haciéndole olvidar para luego recordar precisamente lo más desagradable. No había notado la marcha de su camarada McLean y ahora se veía con Rose al lado.

—No son muy profundas ni tienen nada de particular. A veces, ni me acuerdo de lo que estoy pensando. Pero ahora sí meditaba hondamente, Rose —se inclinó hacia adelante, mirando a la joven intensamente—: ¿sabe en qué pensaba?

—Sería difícil saber lo que un hombre dado a cavilar constantemente puede pensar en un momento dado —murmuró ella sonriendo, mirándole con gran curiosidad.

—Pues en que si en vez de haber conocido usted a Owen antes que a mi hubiese sido al revés, seríamos novios. Y mi felicidad sería inmensa —dijo Small con voz un poco ronca, lleno de emoción, brillante la mirada—. ¿Qué le parece?

—Bueno; pero las cosas no han sucedido así —contestó Rose cautamente, azorada, baja la mirada—. El Destino suele no equivocarse y cuando lo dispuso así es porque no podía ser de otra manera.

Small, excitado, era muy diferente al Small tranquilo, sin dolor de cabeza, sin estar bajo el imperio de aquellas extrañas reacciones que le lanzaban a empresas terribles, de las que luego no se acordaba. Ahora estaba excitado y consideraba que, puesto que amaba a Rose, ella debía corresponderle sin más. Era la lógica que en él dominaba cuando su razón se desvanecía.

—No creo que el Destino tenga nada que hacer en este asunto —refutó con voz dura, convincente—. Ha sido la casualidad la que les

hizo ser novios a usted y Owen. Nada más que eso. Pues bien: la casualidad puede hacer que desuna lo que parecía unido y emparejar a dos personas que jamás se habían visto antes. Lo mismo que ocurrió entre Owen y usted.

—Pero no es lo mismo. Russell —contestó ella sonriente, aunque forzosamente. La intranquilizaba aquella actitud de absoluto dominio y seguridad de Small, como si diese ya por arreglado aquel asunto, con la renuncia por parte de ella hacia el cariño de McLean, para acogerse al suyo—. Las personas han de amarse para ser novios o, cuando menos, tener un fundado presentimiento de que se amarán. Una gran simpatía...

—Yo la amo a usted. Por ese lado no hay discusión —retrucó Small con asombrosa seguridad—. Y usted, ¿no tiene simpatía por mí? Antes dijo que yo le agradaba... —Avanzó su mano enorme y cogió la de ella suavemente—. Si ahora no me ama, ya me querrá, puesto que le soy simpático. Decida...

Rose no intentó retirar su mano de la de Small. Veía en él tal poder de afirmación y seguridad que sí intentase contradecirle seguramente dejaría de ser cortés y hasta hablaría a gritos. Era muy extraño aquel Small.

—Pero, Russell —se atrevió a decir en voz baja—: si yo le quiero a Owen. ¿Cómo y por qué he de apartarle de mi lado? Una mujer decente no puedo querer más que a un hombre, ¿verdad?

—Usted no tiene la seguridad de que ya quiere a Owen después de conocerme a mí. De ahí provienen los grandes errores en muchos matrimonios. Se casan con quien creen amar. Se presenta después la persona soñada, aunque no vista, sino cuando ya es tarde para rectificar. «Si le hubiera conocido antes», se dicen muchas mujeres tristemente. Y los hombres, Rose. Pero éste no es su caso ahora, muchacha. Puede, tiene tiempo de rectificar. Yo quiero que rectifique. ¡Yo la quiero más que la pueda querer Owen!

Rose no sabía si reír o levantarse y correr al lado de McLean, dejando a aquel hombre divagar con sus extrañas ideas imperativas, llenas de egolatría. No se sentía muy ofendida contra él. Tal vez no consideraba su declaración amorosa como la que formulase un muchacho de quince años, inexperto, aunque audaz.

Como si el deseo de la joven, de verse al lado de su novio, le hubiese llegado en un angustioso mensaje telepático, Owen

avanzaba hacia ellos.

—Ha de pensarlo, Rose. Se lo pido formalmente, honestamente. La amo y quisiera hacerla feliz y serlo yo. ¿Me dará una respuesta pronto? —dijo Small sin amenguar el tono de su voz, pese a la proximidad de su camarada.

—Bueno; lo siento —se excusó Owen, sentándose al lado de Rose, que estaba un poco pálida—. Es un tío un poco pesado ese Hendrick. Es un inspector retirado. Tan pronto me ve está, pidiéndome le cuente qué ocurre en el

F. B. I.

local, qué personal trabaja todavía, que sea de su promoción...

—Me marchó, Owen —dijo de repente Small, levantándose con verdadera precipitación—. No me acordaba que tengo una cita... Adiós, Rose —la tendió su mano, apretándosela vigorosamente—. Ya sabe... Adiós, Owen. A la noche nos veremos en aquel bar. ¿A las once?

—¡Pero te vas muy pronto, hombre! —exclamó McLean, con cierto asombro—. Bien, como quieras. ¿Te duele la cabeza o te encuentras mal?

—¡Qué tonterías! Hasta luego.

—Adiós, Russell —dijo Rose, sonriéndole con afecto—. Deseo su felicidad, y si es posible, que se case con una buena muchacha el mismo día que Owen y yo. Lo deseo de todo corazón.

Small se alejó, apretados los puños rabiosamente. No había estado mal el discurso de Rose como despedida. Como despedida a sus ilusiones de que ella le correspondiese. Bien; una mujer no tiene nunca seguridad en lo que hace, y si es sobre asuntos amorosos, menos aún. ¡Cuántas mujeres son novias de varios hombres, unos tras otros, y acaban por casarse con otro, y que parecía el menos indicado para llevarla ante el altar! Además... si Owen muriese, lo que podía suceder, como era natural, o sin ser natural, ¿no variarían las circunstancias de tal forma que ella pudiese corresponderle? Él la amaba honradamente, muy a sabiendas de que lo que por ella sentía era su primer amor, y no era tolerable que se quedase sin corresponder. No sería justo, en modo alguno. Que se buscase Owen otra novia. Antes que lo fuera Rose, ya otras habían tonteado con él, de manera que...

Tomó un «taxi», que le dejó en Jackson Street, ante su casa.

Subió a su piso y se sentó cansadamente en su sillón favorito, encendiendo la pipa.

Su mente laboraba ahora en torno a Rose. No se acordaba de Pasione, ni de todo lo demás relacionado con Tucker ni con los «gangsters». Su cerebro no podía admitir más que un tema sobre el que pensar. Y esto lo hacía con una intensidad formidable, formulándose preguntas y respuestas vertiginosamente, que le agotaban sin encontrar solución razonable. Ahora era Rose, su amor por ella, y su deseo de ser correspondido, fuese como fuese.

Fumó varias pipas, ya en tinieblas la habitación, llegada la noche. Y fue el teléfono el que le sacó de sus pensamientos con la llamada monótona de su timbre, que le sacaba de quicio casi siempre. Tenía pensado poner un zumbador en vez de aquel timbre odioso, pero nunca lo hacía.

—¿Quién? —dijo, con voz de fastidio.

—¡Hola, querido! —La voz de Pasione no le dijo nada. No la reconoció. No se acordaba de ella en absoluto.

—¿Quién? —volvió a preguntar aún más secamente.

—¡Pasione, hombre! Cómo se conoce que no pensabas en mí... Bueno: ya estoy en otra parte, como me ordenaste. Y quiero que vengas a verme ahora mismo —dijo ella, en su tono imperativo de siempre—. Apunta: Hayes Street, trescientos cincuenta y uno. Casi enfrente al Golden Gate Park. ¿Hace mucho que no vas allí? —La voz se hizo burlona.

—¿Qué diablos te pasa? ¿Para qué he de irte a ver? —replicó adustamente Small, encogiéndose de hombros—. Estoy muy ocupado.

—Ven y no discutas, Russell. Tengo algo muy importante que decirte. Ya verás cómo te alegrarás de haber venido —era dulce, insinuante, la voz de Pasione—. Ya sabes que cuando yo te llame, has de venir sin excusa, ¿eh? Puedo obligarte a hacerlo, pero no quiero emplear la violencia ni recordarte ciertos papeles...

Small se estremeció. Recordó ahora de nuevo. Sí, ella podía coaccionarle, hacerse obedecer de él, en efecto.

—Bien; voy para allá. Hayes Street, trescientos cincuenta y uno. Ahora voy —concedió él, más suyo el tono de su voz, pero sonriendo siniestramente.

Colgó el aparato y fue de nuevo al «*living*». Dejó la pipa apagada

sobre el cenicero y después se puso la trinchera y el sombrero, saliendo del piso.

Tomó un «taxi», dándole la dirección de Pasione.

El nuevo domicilio de aquella mujer era un edificio de tres pisos, casi de lujo, en una calle de gran circulación, con excelentes comercios. Small no aprobó, mentalmente, el que ella se fuese a vivir a tal sitio. ¿No pensaba en que sus hombres la irían a ver y que esto extrañaría a la vecindad? Tenía ganas de llamar la atención aquella mala mujer...

Llamó en el piso segundo. Pasione misma le abrió, y apenas cerró la puerta, le abrazó fuertemente. Small se desasíó casi con violencia, extrañado. Ella sonrió despectivamente, ofendida.

—Mira a ver qué te parece la casa —le cogió del brazo, y él nuevamente se desasíó. Pasione le miró furiosamente.

—Vaya; esa niña con cara de muñeca barata te ha trastornado, por lo que veo —exclamó sarcásticamente—. Para hablar de ella te he hecho venir...

—¿Qué dices? —masculló Small, con asombro—. ¿A qué niña te refieres?

—Bueno; hazte de nuevas —rezongó Pasione, sonriendo maliciosamente. Llegaron a un «*living*» bien amueblado, con una ventana a la calle. Se sentaron en unos sillones frente a frente, con una mesita entre ambos—. ¿No estabas en el parque, hace un rato, con una hermosa mujer? Quizá no eras tú...

Small estaba ya tan harto de Pasione que no sintió deseo alguno de mentir, ocultando aquel hecho. En medio de todo, no amaba a Pasione, ni le unía a ella ningún vínculo respetable.

—¿Y qué, si estaba con una mujer? —replicó airadamente, desafiante el gesto y la mirada—. Charlaba con ella y...

—Y te la comías con la mirada. Y tenías una mano de ella entre las tuyas —terminó Pasione, roja de ira y de celos—. ¡Te vi con ella! ¡Estabas tan amartelado que no te diste cuenta de que pasé a tu lado! ¿Era eso todo cuanto me prometiste anoche, de serme fiel para siempre? ¿De casarte conmigo, si yo te lo pedía? ¡Pues ahora te lo pido, y quiero que esa mujer no sea nunca más nada en tu vida!

—¡Te vas a paseo! ¡Yo hago lo que quiero! —rugió Small, levantándose y colocándose ante Pasione en actitud desafiante,

apretados los puños—. Tú no eres para mí sino...

—Un mero episodio en tu vida, ¿verdad? Un rato agradable, que se olvida apenas ha transcurrido —gritó ella, levantándose también, muy pálida, y yendo a ponerse frente a frente de él, mientras le miraba con terrible fiereza—. Eso es lo que tú crees. Que yo he logrado amarte como nunca amé a nadie, para que ahora me despidas como si fuese una de tantas...

—Lo que eres, realmente. ¿Crees que soy tan bestia que no sé distinguir entre una mujer decente, como es Rose, de ti? Vamos, hom...

La mano diestra de Pasione cruzó la cara de Small en una bofetada impresionante, que sonó cómo una detonación. No se dio ella cuenta de lo que hizo, llevada de sus celos de mujer meridional, ni quién era Small. Acostumbrada a imperar siempre sobre todos cuantos la rodeaban, consideraba aquella rebelión de Russell como algo imperdonable. Además, era cierto que le había tomado un cariño nunca jamás sentido, seguramente porque Small la trató como se merecía, en vez de halagarla. Su hosquedad, su afirmación de que no la amaba ni la amaría, habían hecho aquel milagro en el corazón egoísta y lleno de maldad de ella.

Cuando quiso darse cuenta, se sintió cogida por la cintura, elevada como si fuese una pluma, entre los brazos hercúleos del hombre, y lanzada en el espacio, describiendo una parábola trágica por encima de la mesita y uno de los sillones. Y cayó con tremenda fuerza en un rincón, hecha un ovillo, produciendo un gran ruido.

Quedó casi privada del conocimiento, atontada, dolorida, en tanto que el feroz Small, rugiendo como un león, apretados los puños, avanzaba de nuevo sobre ella.

—¡No, Russell, no! —gritó despavorida, pero también con una extraña alegría al verse tratada salvajemente por aquel hombre tan lleno de virilidad, que despreciaba sus encantos, que tantos desearon—. ¡No, querido mío!

Small la cogió de nuevo, cegada su inteligencia, sus facultades mentales todas. Pasione no vio en él un asesino, sino el hombre que se impone a la mujer a fuerza de golpes. Para ella, un hombre muy hombre, digno de admiración y de conseguir de ella cuanto se propusiera. La cogió, la levantó de nuevo, por la cintura y la lanzó en el espacio, en un nuevo vuelo a través de la habitación. Lanzó

Pasione un grito desgarrador al chocar otra vez su hermoso cuerpo contra una vitrina y destrozarla, en medio de un estrepitoso ruido de cristales rotos y maderas que se rompen.

Small, babeando espuma, saltones los ojos, avanzaba otra vez contra ella, abiertos los terribles brazos. Quería matarla, aplastarla contra muebles y paredes, y ella entonces se dio perfecta cuenta del mortal peligro que corría, ahora que apenas si podía moverse a causa de los golpes recibidos.

—¡Socorro!... ¡Socorro! —gritó, con toda la fuerza de sus pulmones, pugnando por escapar a las garras de Small, que, agazapado, lentamente, iniciaba su captura, sonriendo perversamente.

Una puerta se abrió repentinamente y dos hombres aparecieron en el umbral, asombrados, mirando a Pasione que estaba cubierta de sangre de las heridas recibidas al chocar su cuerpo contra los cristales de la vitrina.

—¡Matadle! ¡Está loco, Raffoli, Fortunate! ¡Matadle! —gritó ella, con terrible rencor y espanto—. ¡Con los cuchillos!

Los dos «gangsters» sacaron de la cintura dos cortos y delgados cuchillos, contemplando a Small con odio inmenso. Cada uno de ellos hubiera dado su vida por una sola caricia de Pasione, y habían soportado con creciente rencor el que ella dedicase a Small su afecto.

Raffoli, alto y delgado, muy moreno, con cara de asesino nato, se escurrió a un lado de la habitación, entre los muebles derribados. Fortunate de mediana estatura, cetrino, con un rostro de raposa, hizo lo mismo, por el lado opuesto, dejando la entrada libre. Querían coger en medio a Small que estaba desarmado. Había dejado su pistola sobre el sillón, cuando llegó a su casa, y olvidó cogerla. Pasione salió del gabinete arrastrándose, gimiendo de dolor y también para excitar a sus hombres a la acción.

Small habíase convertido en un animal casi irreflexivo. Solamente bullía en su mente el instinto de defensa o asesinar. Si le atacaban, se defendería, pero si no le acometían, lo haría él, porque sentía insaciables deseos de matar. A ellos y a Pasione, que se oponía a que amase a Rose. Esto era para él monstruoso e intolerable. La quería honestamente, con toda su alma, para casarse con ella, cosa en la que jamás había pensado, desde que sufriese

aquello de la cabeza. Y aquellos bandidos no le iban a dejar...

Raffoli, tras un guiño a Fortunate, se lanzó sobre Small. El otro le imitó, cada uno por un costado. Pasione previó el resultado inmediato. Le iban a matar solamente de dos puñaladas. Eran dos experimentados esgrimidores de arma blanca, como buenos sicilianos hechos a liquidar sus pendencias silenciosamente.

Pero Small, como un gigantesco oso gris acosado por dos alanos, se revolvió con velocidad vertiginosa y lanzó las zarpas en direcciones opuestas, alcanzando plenamente a ambos «gangsters». Dos puñadas equivalentes a otras tantas talegadas sobre los cuerpos delgados de los italianos, que cayeron al suelo derribados con gran fuerza, como si un alud les hubiese impulsado.

—¡Matadle! ¡Dale, Raffoli, mi vida! ¡Dais, Fortunate, dale, tú que eres todo un hombre! —aulló Pasione roncamente desde el umbral, apretados los puños de rabia—. ¡Que no salga con vida de aquí! ¡Maldito «G-men»!...

Los dos italianos se levantaron como serpientes irritadas, blandiendo sus cuchillos, sacudidos sus nervios por las animadoras palabras de su «boss» femenino. Y Small hubo de recurrir a toda su agilidad y fuerza para eludir las puñaladas que le tiraban con vertiginosa rapidez aquellas dos ágiles y traidores hombres, que estrechaban su cerco en torno a él. Con una silla en la mano repartía terribles golpes, la mayor parte de los cuales daban en el vacío.

Pasione animaba a sus hombres con salvajes gritos, muy meridionales, de rencor inextinguible hacia el hombre de quién se había prendado verdaderamente por primera vez en su vida y a quien nada le negó. Los celos en ella adquirían una virulencia feroz, también muy latina. Poco menos que se creía una muchachita engañada, pese a sus treinta años de edad y a haber caído profundamente en la abyección moral más aguda.

Small comenzó a sentirse fatigado, sudando todo su cuerpo copiosamente. Una sorda rabia le devoraba, agotándole aún más. No conseguía golpear a su gusto a aquellos dos gatos, con una sola zarpa de acero, que le rondaban incansablemente, marcándole, haciéndole girar continuamente sobre sí mismo, rasgándole el traje con tajos impresionantes que no llegaban a su carne debido al

respeto que ellos sentían a sus terribles silletazos. La lucha se prolongaba, y era él el que iba llevando la peor parte, precisamente porque no conseguía anular a sus enemigos, y éstos no cejaban en sus amenazas de acribillarle a puñaladas el tremendo cuerpo de atleta tan pronto se descuidase en su defensa.

Pasione, a rastras, sigilosa, fue hasta un rincón en que había en el suelo un jarrón de porcelana roto. Lo cogió y poco a poco se irguió, gimiendo de dolor. Todo su cuerpo era un puro cardenal a consecuencia de las «caricias» que le propinara Small.

Cuando el agente especial le daba la espalda, acosado por los dos agilísimos «gangsters», siempre con el cuchillo por delante, ella le lanzó con gran fuerza el trozo de jarrón a la cabeza.

Small lanzó un grito ahogado, soltando la silla; extendió los brazos, como buscando dónde asirse, y cayó pesadamente sobre el suelo, perdido el conocimiento.

—¡Quietos! ¡Quietos, os digo! —gritó Pasione, deteniendo a los asesinos que se precipitaban sobre Small, dispuestos a matarle a puñaladas. Se detuvieron ambos, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano, mirándola con disgusto—. Dejadle... Ve por cuerdas. Fortunate, y atadle enseguida. Antes que recobre el conocimiento.

Fue el «gangster» a otra habitación y regresó con un trozo de cuerda. Le ataron las manos a la espalda, y los pies. Brotaba del lado posterior de la cabeza de Small la sangre, y Pasione fue a su alcoba, regresando con un frasco de colonia, algodón y compresas. Se arrodilló y le curó cuidadosamente la herida.

—Pero ¿no le liquidamos, tú? —inquirió Raffoli con asombro y rabia, mirando a Pasione—. ¿No querías que muriese?

—Hay que enviarle al diablo —rezongó Fortunate—. A la noche le sacamos en el coche y lo tiramos a la bahía. ¿Qué te propones, Pasione?

—Lo que me plazca. No quiero que muera —respondió ella en tono seco, conminatorio, mientras curaba mimosamente a Small—. Os podéis marchar.

—¿Y para esto nos llamaste? ¿Y nos jugamos la vida, di? —exclamó Raffoli desdeñosamente.

—Hay que matarlo, Pasione. Es un G-men

que te estaba traicionando. Ellos siempre tiran por el

F. B. I.,

por mucho que nos quieran hacer creer lo contrario. Y nosotros no vamos a estar vendidos a sabiendas. Anda, vete, y déjanos con él — la cogió de un brazo, intentando empujarla hacia la otra habitación.

Pasione se volvió, lívida de rabia, y le dio una terrible bofetada en pleno rostro. Raffoli lanzó un reniego, pero no osó levantar la mano contra ella. Bajó la mirada y retrocedió unos pasos casi respetuosamente.

—¡Fuera de aquí los dos! —gritó ella amenazadoramente, mirándoles con furia—. ¡Fuera! ¡Fuera!...

Cohibidos, mirándola extrañamente, como dolidos, prendidos en el amor que por ella sentían, salieron silenciosamente de la estancia.

Estaba Small tendido sobre un diván, y Pasione colocó bajo su cabeza un almohadón. Se sentó después a los pies de él, contemplándole amorosamente, suspirando de vez en vez. Tomó el frasco de colonia y con un pañuelo le dio unas friegas en las sienes.

—Russell... —murmuró suavemente, acariciándole el rostro. Se inclinó y le besó en los apretados labios—. Russell, querido mío... Mírame, Russell... ¡Para qué te querré yo, maldito seas! ¡Mírame, Russell, mírame!

Small se movió un poco, lanzando un gemido de dolor. Ella le pasó el pañuelo impregnado de colonia sobre las sienes, bajo la nariz. Y al fin él abrió los ojos lentamente, cerrándolos como si estuviera deslumbrado. Pasione le besó repetidamente, sollozando ruidosamente, abrazada a él.

—Vuelve, vuelve ya, y no me mates de dolor... —clamó entre dolorida y contenta—. No te hagas el interesante, canalla mío... Fue una pequeña caricia de tu nena antes que ellos te cosiesen a puñaladas. Abre de una vez esos ojos que me han entontecido, Russell, maldito desleal...

Entre los besos de ella, la colonia y su enorme resistencia física, Small volvió en sí. Hizo un movimiento como si deseara mover los brazos, pero no pudo, por tenerlos atados a la espalda. La miró con asombro. No se acordaba de nada absolutamente. Sentía, en cambio, un tremendo dolor de cabeza. La levantó un poco.

—¡Hola! —exclamó con cierto trabajo—. ¿Qué es esto? ¿Qué

pasa?

Pasione, riendo y sollozando, le abrazó, besándole con ardimiento en los labios, los ojos, la vendada cabeza.

—Querido canalla mío... Pero es porque te quiero, te quiero a morir, porque te hice eso. ¿Me perdonas? Mira, luego, si quieres, me pegas, me pegas hasta que te quedes sin fuerzas... Hasta que me mates, si eso te agrada. ¡Canalla mío, vuelves a la vida!...

—Oiga, oiga, jovencita —exclamó Small, en el límite del asombro—. ¿Quiere hacer el favor de no decir tonterías y desatarme las manos y los pies? Y explicarme todo esto, por favor... Es usted muy cariñosa, ¡diantres! pero no creo que sea oportuno —movió la cabeza para rehuir los besos de ella, que reía, enloquecida de alegría y amor por él.

Pasione le desató rápidamente, murmurando piropos, que Small recibía azotadamente. No recordaba nada en absoluto de lo que le había ocurrido. Y la cabeza le dolía a rabiar. Sentía, no obstante, como una extraña lucidez, una libertad maravillosa para poder pensar.

Se puso en pie, estirando los potentes brazos.

Ella, también en pie, con el vestido de seda color marrón claro destrozado, algunas heridas en el bello rostro y varias tumefacciones moradas, le contemplaba con arrobos, llenos de felicidad los ojos.

—Estás bien, muy bien, canalla mío... —le dijo en tono de absoluta posesión—. No te hagas el interesante. Mira cómo me pusiste a mí, tomándome por un avión sin motor —avanzó hacia él, echándole los brazos al cuello—. Bruto, bestia mío... Pero ahora te quiero más, mucho más que antes.

—Por favor, por favor, señora —exclamó Small, intentando suavemente desasirse de aquella mujer tan empalagosa, a quien estaba seguro de no conocer—. ¿Sería igual que me diese un par de pastillas de aspirina? Me estalla la cabeza... Y ¿qué ha pasado aquí? —Miró a su alrededor, estupefacto—. ¿Quién le ha puesto de esa manera? ¡Dios mío, no recuerdo nada!

—Es mejor que no lo recuerdes, Russell. Voy por la aspirina. ¿Quieres un poco de «*whisky*»? ¿Serás bueno y no querrás marcharte? Bruto de mi alma...

Small la vio salir de la estancia con gran asombro. Se pasó la

mano por las sienes, cerrando los ojos, dolorido. Un caos de ideas bailaba en su cerebro. Se volvió cuando sintió que dos hombres entraban silenciosamente, contemplándole con terrible rencor.

—Hola, hola... —dijo sonriendo, burlón—. ¿Y ustedes? Bueno, ¿qué pintamos todos aquí, si puede saberse? ¿Quién es ella y quiénes son ustedes? ¿Quién soy yo? —rió con sorna—. ¿Es que se ha verificado aquí el desembarco en vez de en Normandía?

—No creas que te vas a ir de rositas —musitó Raffoli con rabia sorda—. Ya nos veremos, descuida...

—Eso, eso... Ya nos veremos cuando ella no pueda echarle una mano —dijo Fortunate, sacando una mano del bolsillo, y con ella el cuchillo—. ¡G-men condenado, chivato asqueroso!...

—Chulo... Ahora, a sacarle a ella el dinero, y a nosotros, a la cárcel —rugió quedamente Raffoli—. Si fueses hombre, bajarías a la calle y vendrías con nosotros a charlar un ratito donde ella no pueda defenderte.

—Uno a uno, chismosa del

F. B. I.

Como los hombres pelean por la mujer a quien quieren. Anda, baja y espéranos...

—Prefiere meterse entre los brazos de Pasione... Y denunciarnos al

F. B. I.

Small, atónito, se preguntaba cómo aquellos tipos se estaban metiendo con él de aquella indigna forma, desafiante. ¿Qué les había hecho, Dios santo? ¿Se había él metido entre los brazos de aquella hermosa mujer, que tan cariñosa era?

—¡Fuera de aquí vosotros! —exclamó Pasione, volviendo con un tubo de aspirinas, un vaso y una botella de «*whisky*»—. ¡A la calle, a tomar el fresco!

Los dos italianos salieron, rezongando protestas y lanzando miradas asesinas a Small, que parecía haber regresado de la Luna o el Limbo. No comprendía nada, nada...

Le hizo tomar a Small dos pastillas, y luego una buena dosis de «*whisky*», bebiendo también ella. Se había curado también sus lesiones y puesto un nuevo vestido. El agente especial la miraba detenidamente, como lo pudiera hacer si la conociese desde aquel mismo momento. La encontraba bella, ciertamente, pero ordinaria,

estridente. Y la compañía de aquellos dos hombres, dos mal encarados, quizá unos «gangsters»... ¿Por qué le habían amenazado de muerte, desafiándole? ¿Por qué le habían herido en la cabeza y atado de pies y manos?

Pasione le estaba mirando a su vez arrobada, llena de ternura.

—Bueno, señora —dijo él, una vez más con voz seca, no deseando dar lugar a más escenas de ridículo amor como las anteriores—. Espero me explique todo esto... —señaló la habitación, su venda sobre la cabeza, los destrozos en el rostro de ella, todo ello con un amplio gesto—. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Cómo y por qué estoy aquí, y por qué me ataron y me hirieron?

—¡Ay, Russell de mi alma: el chichón que te hice te ha trastornado un poco! —exclamó ella, riendo zumbonamente—. Lo hice porque no te asesinaran esos dogos míos, puedes creerme. Pero se te pasará, y ya nunca te olvidarás de tu Pasione. No te dejaré olvidarme... canalla mío.

Small se levantó, encogiéndose de hombros, desesperado. Llamarle a él canalla... ¡Vaya unas confianzas que se tomaba aquella mujer! Sí: algo había pasado de lo que él no se daba cuenta, no recordaba. Quizá aquel golpe en la cabeza le había producido un serio trastorno mental, privándole de la memoria. Sin embargo, recordaba perfectamente que pertenecía al

F. B. I.

Recordaba aquel otro golpe que le dieron otros «gangsters», dejándole muy mal mentalmente. Había cosas que recordaba un poco. Tucker... su camarada. ¿Qué le había pasado a Tucker? Y Rose... ¿Quién era Rose? Todo era como si en una inmensa olla se fuesen echando ideas y más ideas; recuerdos sueltos, sin ilación, en una mezcla fantástica, perturbadora. La olla era su mente, incapaz de ordenar y coordinar tanto recuerdo y pensamiento.

Bebió medio vaso de «*whisky*» más. Se sentía débil, más que físicamente, en un sentido moral. Y aquella extraña mujer mirándole, sonriente, como compadecida de él. Era como para desesperarse...

—¿Quién es usted? —la gritó rabiosamente, colocándose ante ella en actitud amenazadora—. ¿De qué me conoce? ¿Cuánto hace que me conoce?

—Pero Russell, querido —murmuró ella, asustada—. Será

posible que te hayas trastornado de esa manera por el golpe que te di con el jarrón... —Se levantó, tendiéndole los brazos.

—¡Hable de una vez y déjese de monsergas! —gritó Small, rechazándola brutalmente—. Algo me ha pasado y no lo recuerdo. Dios mío... ¡Hable, hable!

—¿No recuerdas a Grazio, mi hermano? —respondió Pasione con voz trémula, acobardada. Se daba cuenta de que a Small le ocurría algo grave. Tal vez estuviese un poco demente, y si volvía a querer matarla, como antes, ahora no estaban sus hombres para defenderla. Tal vez estuviese loco...

—¿Grazio? ¿Su hermano? —repitió Small, mirándola muy fijamente—. Grazio... Grazio... —Se dio una palmada en la frente, cerrando los ojos—. Bueno... sí. Creo que sí. Un rebelde, un «boss», ¿eh? Me vi obligado a...

—¿Qué? ¿Qué dices? ¡Acaba, de decirlo! —gritó Pasione, muy abiertos sus inmensos ojos, de los que brotaban llamas de rabia—. ¿Le mataste? ¿Le mataste tú y no Tucker?

—No sé... —balbució Small, lívido el rostro, rascándose el mentón. No lo sé fijamente. Algo ocurrió con Tucker y él. Puñaladas. ¿Quién dio de puñaladas a Tucker? ¡Dios mío, son demasiadas ideas y recuerdos incompletos!

—Tú disparaste sobre mi hermano, sobre Grazio. ¡Recuérdalo! —dijo suavemente Pasione, apretados los labios—. Fuiste tú... tú... ¿Verdad que fuiste tú? Mi hermano mató a puñaladas a Tucker. ¿Lo recuerdas? Di, Russell...

Se sentó Small, desfallecido, perdida la mirada, vaga. Su frente estaba arrugada, fruncido desesperadamente el ceño, haciendo un terrible esfuerzo de memoria.

—Sí. Grazio le acometió por la espalda... —murmuró en un susurro—. Cierto.

—Y le mató. ¿Y quién mató a mi hermano, Russell? ¿Quién? ¡Contesta! —apremió Pasione, jadeante de emoción, apretada una mano contra la otra—. ¡Tú! ¡Tú estabas en connivencia con mi hermano para matar a Tucker! Le odiabas porque, según tú, te hacía de menos, te humillaba. Mi hermano me lo dijo. Y os pusisteis de acuerdo para que te acompañase y mi hermano le asesinasen. Esto se hizo; pero después «te viste obligado» a matar a mi hermano. ¡Lo hiciste para quitarte un testigo de en medio, para aparecer ante el

F. B. I.

como un agente modelo, un vengador de tu camarada! ¡Eso fue lo que hiciste!

Small la miró aterrorizado. Las palabras de Pasione estaban como barrenando su mente y ordenando los recuerdos incompletos, espantosos. Todo se iba clasificando, ajustando, como en un complicado «*puzzle*» manejado por hábiles manos, pacientes, seguras. Las sombras se disipaban, dejando al descubierto un panorama terrible. La memoria volvía por sus fueros, en cierto modo. Recordaba su insensato odio a Tucker. Había lagunas en aquello. Recordaba al buen camarada, al excelente amigo, que tanto se preocupaba de su salud. Que trabajaba por él. Que le salvó la vida en aquel encuentro con los «gangsters», cuando le aporrearon la cabeza. Recordaba a Tucker, el buen amigo. Después... ¿Por qué le llegó a tomar aquel odio?

—¿Y después? —preguntó angustiadamente a Pasione, que espiaba atentamente sus reacciones, llera, llena de rencor—. ¿Y después?

—Después yo fui a verte. No sabía que habías matado a mi hermano. Me dijiste que fue Tucker, a tiros. Yo quería tenerte conmigo. Que fueses de mi banda. Tengo documentos que te comprometen, Russell —sonrió con crueldad.

—¿Documentos míos? ¿Qué es?

—Escribiste a mi hermano sobre la marcha de nuestro «gang». Nos dabas detalles de lo que el

F. B. I.

hacía para evadir su acción. Citaste a Mario para hablar también del asesinato de Tucker. ¡Los tengo yo! ¡Sigues en mi poder, Russell! Fui a verte y accediste a colaborar conmigo y mis hombres. Después... yo te gusté, Russell. ¿No lo recuerdas? Hiciste lo que nadie logró de mí: que te amase con toda mi alma. ¿No lo recuerdas? Eso ha sido ayer, anoche. Me dijiste que te casarías conmigo. Eso no querrás recordarlo, claro... Y tendrás que hacerlo o vas a la silla, Russell.

Small apoyó la sudorosa frente en el cristal de la ventana, mirando al exterior. Desde allí se veía la entrada al Golden Gate Park, con sus frondas verdes, su maravillosa perspectiva iluminada. Todo iba saliendo poco a poco. Pasione, con su tremenda crueldad

narrativa, le iba sacando a flote en el mar de los recuerdos alborotados, encrespados. Pero para hundirle en un abismo de actos por él cometidos y olvidados. Habíale sucedido algo en aquel lapso de tiempo desde que recibiera el golpe en la cabeza, hacía dos años, y la presente realidad, traída merced a otro golpe en el mismo sitio. Sí... Algunas veces se habló de que un hombre puede perder la razón, verse acometido por la demencia y ejecutar actos diversos. También la amnesia, el olvido de lo ejecutado... Todo a causa de un golpe o una lesión, un «*shock*» traumático en la cabeza, con repercusión en el cerebro. ¿Fue algo de esto lo que le sucedió a él?

—¿Me oyes? O estás siempre a mi lado o vas a la silla, asesino de Mario, instigador al crimen contra Tucker —clamaba rabiosamente Pasione a sus espaldas, sollozando de despecho—. No mires al parque... No está allí esa mujer, esa Rose, de la que te has enamorado. ¡No serás más que mío o de la silla eléctrica!

—Rose... —exclamó Small, volviéndose hacia ella y mirándola con curiosidad—. ¿Quién es Rose? ¿Estaba en el parque? ¿Me enamoré yo de ella? —Se pasó la mano por la frente, cerrando los ojos mientras sus labios se torcían en un rictus de desesperación.

—No pienses en ella. No pienses en nada sino en que no puedes separarte de mí. En que tienes que quererme como yo te quiero a ti, pese a todo, a todo, Russell —la voz de ella se hizo más dulce, más quejumbrosa y tierna. Se levantó y lentamente, se acercó a él, llorando silenciosamente. Apoyó su cabeza en un hombro de él, pasándole un brazo alrededor del cuello—. Russell, loco o no, te quiero, te quiero... No pienses en nada, en nada sino en nuestro amor. Yo lo sé todo, pero es como si nadie lo supiese. Olvido que asesinaste a mi hermano. Ya te lo dije. Tú lo eres todo para mí...

—Déjame, por favor —suplicó Small, con voz ahogada, reconcentrada—. Tenga en cuenta que algo extraño ha pasado en mí. No lo sé... No me atormenta pensando que soy responsable de lo que haya podido hacer desde hace dos años, o no sé desde cuándo. ¿No se da cuenta de que ha estado tratando con un... loco o idiota? ¡Algo me ha ocurrido, Dios mío!

Salió de la estancia con paso apresurado. Pasione no hizo por detenerle. También ella pensaba que aquel Russell de ahora no era el mismo de un rato antes, de días antes. O estaba loco entonces o era ahora cuando lo estaba. Y le dejó marchar mientras lloraba

desconsoladamente.

Se puso la trinchera, que estaba en el perchero del «*hall*». La miró con curiosidad. Apenas sí recordaba que fuese suya. Solamente por el gran tamaño lo conjeturó. Y salió del piso. En la calle miró a su alrededor, no sabiendo fijamente en qué calle se encontraba. Todo era como nuevo para él, extraño, sin ser desconocido absolutamente. Estaba en Hayes Street, y lo recordó sin esfuerzo. Pero Tucker, Grazio, Rose, Gibbons bailaban en su mente. Y Pasione, aquella extraña mujer que le pedía amor, que le recordaba cosas en las que él fue actor...

Montó en un taxi y quiso dar la dirección de su casa. En alguna parte vivía, desde luego. Pero ¿dónde?

—¿Dónde, amigo? —apremiaba el «taxista», vuelta la cabeza hacia él.

—A mi casa, claro —murmuró tontamente Small, lleno de confusión... En... en...— no lo recordaba.

—¿Es usted forastero? —preguntó el chófer, sonriendo—. ¿Hacia qué parte de la ciudad vivía? ¿En algún hotel quizá? Podemos preguntarlo por teléfono si sabe el nombre del hotel.

—Puede ser. Espérame, por favor —se bajó del coche precipitadamente y fue a un cercano bar. Marcó el número del F. B. I.

en City Hall.

—¿Diga? —Peguntó una voz bronca.

—Mire, soy amigo del agente especial Small. Quiero verlo y no sé su dirección. ¿Podría decírmelo?

—Desde luego. Laguna Street, trescientos cuarenta y cinco, esquina a Jackson Street.

—Gracias.

Salió del establecimiento y dio la dirección al «taxista».

Quando estuvo en la escalera otra duda le asaltó. ¿En qué piso vivía? La casa tenía siete pisos nada menos. Pero bajó a la conserjería y miró la lista de vecinos en un tablón sobre la pared. Era el suyo, sí, allí.

Se tentó uno de los bolsillos del pantalón. Sacó una llave y abrió alegremente la puerta. Estaba en su casa. Y su memoria no le fue muy infiel. Le parecía volver allí después de años de ausencia, encontrando esa ligera extrañeza que nos causa el no ver a diario

los muebles, los objetos, la distribución de la casa. Aún olía a su tabaco de pipa, la mixtura «Clarrs». Esto sí lo recordaba perfectamente. Era extraño.

Apenas se sentó en su sillón favorito, en el «*living*», sonó el timbre del teléfono. Ya no le molestaba su ruido. El dolor de cabeza le había desaparecido. Se encontraba muy lúcido, muy ágil de pensamiento.

—¿Eh? —dijo con voz tranquila.

—¿Small? Bueno, hace media hora que te estoy esperando —una voz no desconocida para él le hablaba. Pero no sabía de quién era.

—¿Quién habla, por favor? —preguntó en tono de disculpa.

—¡Bueno!... Owen, hombre —contestó la voz en tono impaciente—. Te estoy esperando en el bar donde está Corvo, ya sabes. Ven enseguida.

—¿Owen? ¿Owen McLean? —exclamó alegremente Small—. ¡Pero, caramba, Owen! ¡Cuánto me alegro! ¿Qué tal te encuentras?

—¡Atiza, cómo estás, chico! —rezongó la voz de Owen, asombrada—. Parece como si hiciese diez años que no nos viésemos... Vamos, ven pronto y déjate de bromas. ¿O es que te encuentras mal. Russell? ¿Te duele la cabeza?

—¿La cabeza? ¡Maldita cabeza, buena me la han puesto! Pero no, no me duele ya, gracias. ¿Dónde quieres que vaya?

—¡Por Dios, Russell! Aquí, al bar de Corvo, diablos... ¿O es que no sabes donde está ni para qué nos citamos aquí? ¿Quieres que nos dejemos de bromas?

Small sudaba a chorros, angustiado. ¿Para qué le habría citado Owen, el buen camarada? ¿Quién era Corvo y dónde estaba su bar maldito? Todo eran lagunas en su cerebro, recién vuelto a la normalidad. Y con ello, recuerdos espantosos de crímenes cometidos por él, si Pasione no le había engañado. Pero no le había engañado, no. Él recordaba datos, momentos, rostros, situaciones y lugares que le hablaban de aquello. Mató o hizo malar a Tucker. Mato a Grazio... ¡Y Dios sabía qué otras cosas pudiera haber hecho!

—En Pine Street —le contestó Owen cuando le dijo que no recordaba dónde estaba el bar de Corvo—. Algo hay en tu cabeza que no va bien, Small. Hará mucho tiempo que no duermes bien, o has bebido más de la cuenta. Ven pronto.

Y Small salió de su piso sin saber para qué tenía que ver a su

camarada.

Corvo y McLean estaban en el reservado cuando Small se presentó en el bar. Pasó seguidamente al cuartito. Owen le miró fijamente, un poco adusto. Y el camarero italiano esta vez no le sonrió como en la mañana.

—Bien, Small —dijo McLean, gravemente—. Corvo me ha dado noticias interesantes acerca de esa mujer que es «boss» de la banda de Grazio. Hay algo muy extraño en esto, Russell, relacionado contigo. Es una acusación de Corvo contra ti, y por eso deseaba que vinieses sin demora. Tienes derecho a oír lo que dice Corvo y a defenderte. Dígaselo, Corvo. La verdad absoluta.

Small palideció. Miró a Corvo con ansiedad. No le conocía. Al menos no recordaba haberle visto nunca. Aquella transformación sufrida en su cerebro había trastrocado todas sus ideas y recuerdos.

—Voy a decir la verdad, señor Small —dijo Corvo, solemnemente, y sus enormes bigotes negros parecieron convertirse en púas hirsutas, mientras sus ojos negros despedían una extraña luz—. Esta tarde he podido dar con el domicilio de esa mujer, de la que sospechábamos. Estuvo aquí al mediodía con uno de sus hombres, tomando un «vermut». Fueron a sentarse en una de las mesas de mi turno. Hablaron, aunque quedamente, de sus asuntos. Le nombraron a usted, a Russell Small. Ella le defendía a usted. El hombre desconfiaba y era partidario de suprimirle. Yo tengo buen oído y sé colegir por unas pocas palabras sueltas el fondo de una conversación, el tema de que se trata.

Small escuchaba a Corvo con un interés extraordinario. Como si aquel Russell Small al que aludía Corvo no fuese él mismo. McLean le miraba fijamente, y en su mirada había una mezcla de compasión y estupefacción.

—Cuando se marcharon yo les seguí disimuladamente. Llegaron al número doscientos ochenta y siete de esta misma calle. Muy cerca de aquí. Era lo que yo suponía: que debían vivir en esta misma calle, próximos a este bar. Pero cómo tenía que adquirir la evidencia de que realmente vivían allí, hube de pedir permiso a mi jefe para que me dejase la tarde libre. Y no me separé de la puerta de esa casa. La vi salir sola y encaminarse, tomando un «taxi», al Golden Gate Park. La seguí. Les vi a ustedes, Small, McLean y la novia. Vi que ella, esa mujer, pasaba muy cerca de donde estaba

usted, Small con la novia de McLean, y les miraba con extraña expresión. Se marchó después y yo la seguí. Pero fue a Hayes Street y se metió allí, en una casa de lujo. Y estando vigilando vi entrar a dos hombres que por sus atuendos y caras no me ofrecieron la menor duda de que eran de la cuadrilla de esa mujer. Es más: uno de ellos era el mismo que estuvo en el bar con ella al mediodía.

Small le miró con admiración. Pero de todo aquello él no se acordaba. No recordaba haber estado hacía unas horas en el Golden Gate Park con McLean y su novia. Algo bullía en su cerebro respecto a Rose, pero si la presentasen ahora mismo seguramente no la reconocería. Era él entonces otro Small...

—Y estando vigilando la casa llegó usted, señor Small —siguió Corvo con acento helado, seco, preciso—. Allí, en Hayes Street. Era usted, señor Small, con esa misma trinchera. Se bajó de un «taxi», cuyo número apunté, para que el chófer afirme lo que yo digo, si es preciso. ¿Era usted, señor Small?

—La verdad. Russell —murmuró McLean, fríamente—. ¿A qué fuiste allí?

—Creo que sí, que fui —respondió Small, bajando la cabeza leonina, como avergonzado—. Y no sé para qué fui...

Corvo y McLean se miraron, atónitos, incrédulos. Corvo sonrió maliciosamente después.

—¿No sería para hacer el amor a esa mujer, señor Small? Porque, aunque ya era de noche, la luz que había en la habitación donde ustedes dos estaban permitía que yo viese a usted en enamorado coloquio con ella. Ella le abrazó, estando usted ante una de las ventanas. Y usted la rechazó... ¿Es cierto esto?

—Es cierto —afirmó Small, con voz inexpresiva, baja la cabeza, entornados los ojos—. Es cierto.

—También es cierto que algo extraño debió de ocurrirle a usted con los dos hombres que yo vi entrar en la casa. ¿No se peleó con ellos? Yo veía pasar y repasar sombras ante la luz, como si jugasen a la gallina ciega o estuviesen acometiendo a una persona, creo que le vi a usted, mucho más alto que los otros, esgrimir como una silla... ¿Es cierto eso? ¿Se peleó con ellos?

—Sí. Me peleé con ellos. Y por eso tengo vendada la cabeza. Ella me tiró un jarrón a la cabeza y me la hirió. Me curó después... —dijo Small, en tono monótono, sin variar de postura—. Es cierto.

—Yo creí que traías la cabeza así, vendada, porque te dolería mucho y te habías aplicado alguna pomada o ungüento —dijo McLean—. Bueno, camarada, ya ves lo que Corvo ha averiguado. ¿Cómo no me pusiste en antecedentes de que conocías a esa mujer? ¿Por qué no le dijiste a Corvo quién era y dónde vivía? No me explico tu conducta —Russell acentuó su tono de gravedad, mirándole fijamente—. La impresión que sacaría cualquiera es que... estás traicionando al

F. B. I.

—¡No! —exclamó Small, vigorosamente—. Es que... Owen... yo no soy ahora el que era antes, hace unos días, unas horas solamente. No me vas a comprender, claro. Yo tampoco lo entiendo bien todavía. Solamente atino a sacar la conclusión de que aquel golpe que me dieron hace dos años en la cabeza me produjo algo extraño y terrible que me ha curado el golpe que Pasione me dio hace un rato. Hemos estudiado algo sobre tales fenómenos de «*shock*» cerebral, ¿no?

—Sí —afirmó McLean, palideciendo y contemplándolo con infinita ansiedad—. Sí, Russell. Pero...

—No es un subterfugio para eludir mi responsabilidad, camarada —agregó Small con voz alterada por la emoción—. Ella, Pasione, me ha explicado muchas cosas que dice he hecho, y mi memoria va poco a poco reconstruyendo lo sucedido en esa etapa de dos años, desde que me hirieron en la cabeza. Y si lo que ella me ha dicho es cierto...

—Habrá de someterse a un examen médico —opinó Corvo, mirándole con lástima—. Desde luego. Juzgué su conducta verdaderamente desatentada de haber estado usted en el pleno dominio de sus facultades mentales. No quiero ofenderle llamándole loco, pero... Usted sabía que yo andaba tras esa mujer, que estaba a punto de dar con su paradero y se metía en casa de ella y se hacían el amor ante una ventana iluminada... Era insensato.

—¿Qué hacemos, Russell? —Inquirió McLean, amasadamente, mirándole con inquietud y lástima—. Nosotros pensamos en ese trastorno, pero será el inspector el que debe saber todo y tomar las medidas oportunas. Todos en la División estábamos preocupados con tu extraña conducta. Tus dolores de cabeza, tu hipocondría... Pero jamás pudimos sospechar que tenías eso... Que no eras tú

realmente.

—Mañana por la mañana iré a ver al doctor Clay, de la División —dijo Small, resueltamente, encendiendo un cigarrillo que le ofreció Corvo—. Le explicaré todo y será lo que Dios quiera de mí. He sido un irresponsable. Parece mentira que me hayan dejado vivir así dos años.

—Te reconocieron dos veces —dijo McLean con viveza—. Y no encontraron que estuvieses tan seriamente afectado. Bien es verdad que tú decías que te encontrabas perfectamente, y que cuando el doctor Clay te preguntaba si tenías amnesia o ciertos síntomas de perturbación lo negabas rotundamente. ¿No te acuerdas?

—No. Si estaba loco, Owen... ¡Si supieras todo!

—Debes marcharte a tu casa. Descansa, y yo iré a buscarte para ir a la División —murmuró, compasivamente, McLean. Corvo le hizo un gesto. Era un hombre astuto.

Cuando salían del reservado, el italiano susurró al oído de McLean:

—Cuidado, amigo. Todo puede ser fingido por él. Si le deja marchar puede escapar con ellos. No le abandone hasta mañana.

McLean le miró con aprensión. Realmente la historia de Small era tan extraña... Lo decía él, pero en aquel instante era imposible comprobar si decía la verdad. Podía ser un truco para escapar, en efecto, de la responsabilidad que le atañía. Corvo le había descubierto como traidor al

F. B. I.

—Te acompañaré a tu casa, Russell —dijo, al fin, ya ante la puerta del bar—. Creo que debo estar a tu lado esta noche para...

—Vigilarme, y que no me escape. ¿Verdad? —cortó, sonriendo tristemente, Small—. Sí, ven conmigo. Puedes llamar a algún camarada más y sentaros a la puerta de mi alcoba. Es natural, Owen. Ven conmigo, sí.

—Yo voy a avisar a la División para que asalten ahora mismo el domicilio de esa mujer —afirmó Corvo—. ¿Cómo dijo que se llamaba? ¿Pa...?

Small se sintió angustiado. Por lo visto Corvo no sabía todo. Sí, sí lo sabía. Al seguirla a ella lo hizo al nuevo domicilio de Hayes Street.

—¿Van a ir a la casa de esta calle o a Hayes Street, trescientos

cincuenta y uno? —le preguntó.

—A los dos sitios. ¿Usted sabe si tienen un tercer refugio? —contestó Corvo.

—No lo sé. Ella se llama... Pasione. Es hermana de Mario Grazio. Tiene un «gang» de varios hombres. Uno de ellos se llama Fortunate y el otro Raffoli. De los demás no me acuerdo.

No podía decir Small que tuviese por Pasione afecto, ni siquiera que lo fuese, pero su corazón se sintió oprimido al saber que ella iba a ser detenida, o quizá muerta si intentaba resistir a los agentes del F. B. I.

dentro de pocos minutos. Ella era mujer de orgullo inmenso, según había podido comprobar. Fiera, indómita, tal vez prefiriera la muerte a ser detenida, juzgada y tal vez llevada a la silla eléctrica. Y con él no se había portado muy mal. La debía, ante todo, el haber salido de aquellas terribles tinieblas de la locura y la amnesia, gracias al golpe que le propinó para salvarle de las puñaladas de sus secuaces. Le había demostrado un amor salvaje, como lo era ella, pero amor al fin y al cabo. Le había perdonado el que él, Small, matase a su hermano Mario. Estuvo en manos de ella y le había dejado marchar... Y ahora él la denunciaba a Corvo...

—Sube —le dijo McLean, abierta la portezuela del coche—. No pienses más en eso, Russell. Yo creo que todo saldrá bien.

Small sonrió escépticamente. Su camarada no sabía casi nada de lo que él había hecho. Tucker había sido asesinado por él. Planeado el asesinato por él y ejecutado, ante él, por Grazio. Y él mató después a Grazio para evitar tener un testigo acusador. Lo hizo estando loco, sí, pero ahora no lo estaba y su conciencia estaba ya clamando cada vez más imperativamente. Había cosas que un hombre honrado jamás puede perdonarse. El saber todo aquello era como para volverle nuevamente loco. Mientras viviera tendría presente en su memoria aquel asesinato bestial, a traición, a sangre fría, con alevosía, del pobre camarada Tucker que tanto hizo por él, que le salvó la vida cuando aquellos asesinos querían rematarle. Lo hizo estando demente, pero ahora no lo estaba. Una vida espantosa comenzaba para él con haber vuelto a la razón y con ella al dominio de la memoria. Ya no podría seguir en el

F. B. I.

Quizá le pidiesen responsabilidades por aquel crimen, ya que ahora

era un hombre normal. Aunque así no fuese, ¿qué iba a hacer en adelante? ¿Quién le iba a dar trabajo, sabiendo que había estado demente y que había asesinado? ¿Cómo iba él a trabajar en nada, teniendo la mente y el corazón destrozados por los recuerdos y los remordimientos?

No se dio cuenta de que iba en el coche con su camarada McLean y que se detenían ante el 346 de Laguna Street, en su casa. En adelante todo iba a ser para él como indiferente. Destrozada su vida, nada le importaría. «Dulce muerte, acuérdate de mí», pensaba ya, como aquel gran músico.

McLean durmió en casa de Small. Éste fue el que no durmió. El vigilante descansó sin despertarse. Y el vigilado, que debiera haber preocupado a su camarada, fue el que procuró no hacer ruido mientras paseaba por el «*living*» continuamente, bebiendo y fumando.

Corvo no se dio punto de reposo cuando Small y McLean se marcharon del bar. Como confidente, tenía un premio importante cuando sus actuaciones daban un resultado positivo. Aquella vez percibiría más aún. Por otra parte, él era un hombre absolutamente de bien y, aun sin estipendio alguno, hubiera obrado como lo hizo.

Llamó al inspector Gibbons y le refirió cuánto había averiguado, absteniéndose de relatar la historia de Small. No era cosa suya penetrar en la organización interior del

F. B. I.

—Magnífico, Corvo —replicó Gibbons, muy contento—. Voy a movilizar a mis hombres. ¿Y McLean y Small? ¿No los ha visto usted?

—Pues... no —mintió, conmisericordiosamente—. Pero esto se puede hacer sin el concurso de ellos. Es muy urgente, inspector. Yo estaré en Hayes Street esperándoles.

Tomó un «taxi» el confidente. Eran cerca de las doce de la noche. Y ya vio, en la Álamo Square, varios coches de la Policía Metropolitana, de los que se bajaban los agentes uniformados, juntamente con otros de paisano, que juzgó serían del

F. B. I.

En la puerta de la casa estaba el inspector Gibbons charlando con otros agentes.

—Hola, Corvo —le estrechó la mano vigorosamente—. Buen servicio. Ya nos hemos enterado de que están arriba varios de los hombres de esa Pasione. También han ido muchachos míos a Chesnut Street. ¿Estamos? —Se volvió a los agentes del

F. B. I.

y de la Metropolitana, que se agolpaban ante la puerta—. ¡Pues arriba!

En los dos ascensores subieron todos, un total de quince hombres. Gibbons, ya ante la puerta del piso, dejándola bien al descubierto por si desde dentro disparasen, llamó con el puño fuertemente.

Tardaron unos segundos en gritar uno de los «gangsters» desde dentro:

—¿Quién es?

—Del

F. B. I.

Abran y no cometan la majadería de ofrecer resistencia —dijo Gibbons, tranquilamente—. ¡Abran!

Los pasos se alejaron precipitadamente. Después se oyeron otros, entre un murmullo de frases en italiano, entrecortadas, agitadas, y el ir y venir de más pasos apresurados.

—¿Abren? —gritó, impacientemente, Gibbons. Un agente especial colocó un pequeño cartucho de explosivo bajo la puerta, junto al muro, con una pila eléctrica y un conmutador—. ¿Abren, o abrimos nosotros?

Nadie contestó. Gibbons frunció el ceño. Aquellos condenados pensaban ofrecer resistencia. Tan pronto se echase la puerta abajo serían recibidos por una descarga cerrada de los malhechores, iba a correr la sangre.

Hizo una seña al agente encargado de hacer funcionar el explosivo. Todos los demás se pegaron a la pared, alejándose de la puerta. El agente desenrolló un carretito de conductor eléctrico y también se alejó. Oprimió el conmutador y una explosión no muy fuerte se oyó.

La puerta, con su marco adosado a la pared, con los goznes, saltó hecha trizas, comenzando a arder y cayendo hacia adentro.

La descarga de tiros sonó inmediatamente desde dentro del piso, mientras gritaban los italianos, jurando y amenazando.

Gibbons sabía verificar asaltos sin exponer demasiado a sus hombres. Uno de ellos solamente asomó el brazo varias veces y granadas lacrimógenas comenzaron a penetrar en el «*hall*» y más adentro aún.

—¡Adentro! —gritó el inspector cuando vio que aquella estancia estaba vacía. Llevaban ya caretas antigás y pudieron permanecer allí sin sufrir molestias.

Desde uno de los pasillos salían las balas, chocando contra las paredes.

—¡Salid con los brazos en alto o no dejamos de vosotros ni los zapatos! —gritó Gibbons con su vozarrón potente, ronco.

Solamente el ruido de los disparos fue la contestación de los «gangsters».

En una habitación cuya puerta estaba cerrada se encontraban guarecidos. Disparaban a través de dicha puerta alocadamente, queriendo proteger así todo el pasillo.

Ya varios agentes llegaban con algunos colchones cogidos de las alcobas. Los tiraron, arrollados, en el suelo, y fueron a guarecerse tras ellos. Llevaban los rifles de gran calibre y ametralladoras ligeras. Y comenzaron a disparar con infernal ruido sobre la puerta, acribillándola en pocos segundos.

El tiroteo de los «gangsters» cesó desde dentro. Y la puerta, hecha una criba, arrancada de cuajo de sus goznes, cayó ruidosamente.

—¡Las bombas! —gritó Gibbons—. ¡Adelanten los colchones hacia allí!

Una docena de bombas lacrimógenas estallaron dentro de aquella habitación donde se encontraban agazapados los malhechores. Y los agentes, tirados sobre el «*parquet*», empujaron poco a poco los colchones protectores sin dejar de hacer un fuego terrible con las armas automáticas.

—¡Salgan con los brazos en alto, uno a uno! —gritó el inspector—. Dejamos de hacer fuego para que lo hagan.

El silencio reinó durante varios segundos. Al fin, un «gangster» apareció en el umbral con los brazos en alto, medio ciego a causa de los gases lacrimógenos.

—¡No disparen! —grito con voz empavorecida. Y avanzó dos o tres pasos.

—¡Traidor! —gritó alguien desde dentro. Sonó un disparo y el que iba a entregarse lanzó un grito de dolor, llevándose ambas manos a la cabeza, Se dobló grotescamente y cayó de bruces cuan largo era.

—¿Queréis más jaleo? —aulló Gibbons—. ¡Más bombas y metralla, chicos!

Un huracán de fuego brotó de las armas de los agentes mientras avanzaban tras los colchones. Las bombas cayeron y estallaron dentro de aquella fortaleza de los «gangsters» y, llegados ante el umbral, penetraron todos, con Gibbons y Corvo a la cabeza, en un grupo de asalto, protegidos por un fuego espantoso de ametralladoras ligeras.

La habitación estaba desierta. Otra puerta se veía allí, bien cerrada. Gibbons ahogó un juramento.

—¡El cartucho de explosivo! —gritó a sus hombres—. ¡Pronto!

Medio minuto después, no obstante los disparos que se hacían desde dentro, la puerta era arrancada, destrozada. Y las granadas lacrimógenas penetraron en aquella última habitación.

—¡Al asalto! —gritó Gibbons cuando consideró que allí dentro no había sino una densa humareda color chocolate, de los gases.

Eran cinco los «gangsters» que estaban allí refugiados tras los sillones, un diván, muebles, almohadones. Cegados por los gases, tosiendo, blasfemando, dispararan desesperadamente sobre la puerta.

Fue una lucha, a muerte. Los malhechores no se rendían, sabiendo plenamente que de cogerles vivos su muerte era también casi cierta, después de juzgados.

Dos agentes cayeren heridos en aquel asalto bestial, en el que se persiguió a los bandoleros como alimañas, después de que Gibbons les intimó a la rendición frecuentemente. Segados los muebles a balazos, luchando contra la densa humareda de los gases y bajo terribles rociadas de balas de grueso calibre, uno a uno fueron cayendo aquellos desesperados en una lucha tan estúpida como suicida.

—No está Pasione —murmuró Corvo cuando cesó el fuego, después de registrar todo el piso.

—La habrán cogido en Chesnut Street —contestó Gibbons, quitándose la careta antigás—. Vamos a telefonar a ver qué ha

habido allí.

Desde el piso de abajo, donde los vecinos estaban aterrados, llamaron al piso de Chesnut Street alquilado por Pasione.

—Soy el Inspector Gibbons —dijo el jefe de la División de San Francisco—. ¿Qué hay, Millard?

—Esto estaba vacío, jefe. Nadie nos dio la bienvenida —contestó uno de los agentes especiales.

—¿No saben nada de esa Pasione, la «boss»?

—Nada. ¿No ha caído ahí? ¿Qué tal ustedes?

—Dos heridos leves. Todos ellos rumbo al infierno, por idiotas, la mujer tampoco estaba aquí. Es lástima. Quedando la cabeza el monstruo puede resurgir. Bien, dejen ahí alguien que guarde el piso y vayan a la División...

—Oiga, jefe —dijo poco después Corvo con aire preocupado—. Entre los cadáveres no están ni Raffoli ni Fortunate. Iban mucho al bar donde yo trabajo. Ella y esos dos han escapado... El «gang» no ha sido destruido, por lo tanto.

Gibbons se pasó un pañuelo por la sudorosa frente.

—Se los buscará, amigo. Entre usted y nosotros. Y aprisa, porque pueden largarse a Chicago, Nueva York...

Aquella misma noche un coche se detuvo en Van Ness Street, ante el número doscientos ochenta y uno. Iban en él Pasione, Raffoli y Fortunate. Ella se bajó del vehículo, quedando sus dos guardaespaldas en el interior.

—Es en el tercero —dijo Raffoli—. Vive sola.

Pasione subió al piso tercero. Llamó a la puerta y esperó un poco.

Rose

O'Malley,

la novia de McLean, abrió. La miro, abriendo aún más.

—Miss

O'Malley,

¿verdad? —dijo la italiana, sonriendo, seductora—. Soy nueva en el hospital San Ignatius. Traía para usted un recado... —vaciló mientras entraba con ademanes cohibidos—. No se asuste...

—¿Para mí? —inquirió Rase, verdaderamente asustada—. ¿Qué ha pasado? ¿A quién?

—No se asuste, *miss*

O'Malley

—exclamó Pasione, más agitada cada vez—. El agente especial McLean quisiera verla. Pero no es muy... no es grave, de veras. ¡Cuánto siento!... Le han herido y...

Rose lanzó un grito de espanto, palideciendo.

—Síntese... Voy a... arreglarle. Espéreme —clamó la joven, casi sollozando—. ¡Dios mío, Owen de mi alma! —Salió del «*hall*» a toda prisa. Pasione sonrió maquiavélicamente, sentada en una butaquita, angelical la expresión de su bello rostro moreno.

—Vamos, vamos —llegó Rose, con los ojos muy encarnados por el llanto—. No sé si habrá un «taxi» ahora. ¡Owen querido!

—He traído uno del hospital. Está cerca —bajaban la escalera rápidamente, Rose la primera, llena de angustia.

—No será de muerte, ¿verdad? —Se volvió hacia Pasione—. La verdad, hermana...

—No, no. No se asuste. Estaban operándole cuando salí. Una bala. Me dijo que desearía verla cuando saliera del quirófano, por si acaso... —La italiana gozaba inmensamente en hacer sufrir a la que creía rival, porque Small la hacía el amor, según declarara él.

—En ese coche —señaló Pasione.

Estaba ante la portezuela Raffoli, como si fuese el chófer. La saludó respetuosamente a Rose mientras sonreía con malicia a su «boss». Ya dentro, la joven, entre la italiana y Fortunate, arrancó el coche velozmente.

Como pasaran varios minutos y el vehículo se alejara de Fillmore Street, donde estaba el hospital, Rose se volvió hacia Pasione con cierto asombro.

—Pero nos alejamos de Fillmore, hermana —dijo, mirándola fijamente.

—Así es. Su novio debe de estar bien, me figuro. Mejor que usted, desde luego —contestó riendo la italiana—. Todo consiste, *miss*

O'Malley,

en que me ha agradado usted y he pensado que venga a pasar conmigo unos días. Soy tan caprichosa...

Rieron los dos guardaespaldas groseramente. Rose los miró con creciente inquietud. Se iba dando cuenta de que había caído en una

trampa bien urdida.

—¡Quiero bajarme! Me han engañado... —gritó, haciendo ademán de coger el picaporte de la portezuela. Pero Fortunate la dio un manotazo, apartándola, y después un empujón para que se recostase contra el respaldo.

—Pocas bromas, niña —murmuró Pasione con dureza—. Si grita, la amordazaremos. Vamos, la creía más inteligente... ¿Cómo se las pudo arreglar para enamorar a Russell? —Su rostro denotó el odio, los celos.

La sangre irlandesa de Rose se sublevó. Vio el punto flaco de aquella mujer. Sacó la consecuencia de que Pasione debía de estar enamorada de Small deplorando que el agente especial tuviese alguna relación con aquella mujer, que ahora se revelaba como perteneciente a la peor estofa.

—Pero ¿usted está enamorada acaso de Russell? —preguntó en tono inocente, sonriendo—. ¡Ay, cuánto lo siento que para eso haya recurrido a esto! Pierde el tiempo, hija... Russell ni come ni duerme pensando en mí. La compadezco de veras —rió estúpidamente, con aire de superioridad.

—¡Ya lo veremos! —Casi rugió Pasione—. ¿Cómo es usted novia de McLean, entonces? Valiente cabeza loca...

—¡Oh! Yo a todos les digo que sí. Después me casaré con el que crea me ha de sostener mejor. Russell es, desde luego, mi preferido. ¡Vaya hombre! ¡Y cómo está por mí!

Pasione, incapaz de disimular más, metió un codo por el costado derecho de Rose, que se revolvió, dándole una bofetada a placer. Fortunate intervino, riendo quedamente, para sosegar a aquella muchacha nada acobardada. Se liaron ambas mujeres, tratando de arañarse y golpearse. Y el «gangster» hubo de apelar a todas sus fuerzas para lograr calmarlas, poniéndose entre ambas.

—¡Bruja, arrastrada! —gritó Rose, intentando agredir a Pasione, pese a que el guardaespaldas estiraba los brazos, riendo, para impedirsele—. ¡Vieja retocada, cómo te va a querer a ti!

—¡Lo veremos! ¡Cara de niña boba! Tú le has de ver a mis pies, o morirás... Para eso vienes conmigo. ¡O es mío o no lo cuentas, pelo de panocha!

—Lo que hará será meterle una bala en esa cabeza teñida, bruja, abuelita —gritaba Rose con todas sus fuerzas, y sus manos parecían

volar, engarabitadas los dedos, buscando arañarla.

—¡Corre, tú! —gritó riendo Fortunate a su compinche, que guiaba el coche, volviendo de vez en cuando la cabeza para reírse también—. Si no se matan...

Al final de Divisadero Street, al norte, en las cercanías de la bahía, torció el coche y penetró en una calleja solitaria. Los faros la iluminaron durante unos segundos, hasta que se detuvo el coche ante una casa de dos pisos, de aspecto humilde.

—Abajo, irlandesa del demonio —dijo Fortunate, cogiéndola de un brazo y tirando de Rose, que se lanzaba de nuevo contra Pasione con un ardor de campeón de boxeo del peso fuerte—. Sal por el otro lado, Pasione —advirtió a la italiana, que harto hacía con zafarse a medias de las embestidas de su presunta rival.

—Ya te diré ahora, encanto, cuatro cosas —gritó Pasione, obedeciendo—. Ahora bajarás los humos.

—Gata emporcada —gritó Rose, recurriendo con la memoria a las frases que se lanzaban las mujeres en el mercado de Sacramento Street y aplicándoselas a la italiana—. Es mucho hombre para ti Russell... Ni aunque le cantes el «O sole mío», gata, gata emporcada...

A rastras, llevada por Fortunate y Raffoli, empujada y pellizcada por Pasione, entró la joven en el interior de aquella casa. Pero en cuanto veía un resquicio se lanzaba contra Pasione, que acabó por guarecerse detrás de sus secuaces, un tanto temerosa de la agresividad que provocara en Rose.

Fue atada con las manos a la espalda y sentada en un viejo diván. La italiana entonces se creció, viéndola indefensa.

—Bien, ahora ¿por qué no sigues insultándome? ¿Por qué no me pegas? —La dio una bofetada con gran ímpetu. De los labios de Rose salió un paco de sangre. Pero se comportó bravamente. Ella hubiera declarado que no tenía nada absolutamente con Russell, que no le amaba, y que el dueño de su corazón era Owen McLean, pero deseaba vengarse de aquel secuestro inicuo, de lo que había llorado pensando en que su novio estaba poco menos que agonizando, y sobre todo, porque quería humillar y hacer sufrir a aquella arpía, que tan poco decentemente declaraba su amor.

—Vieja ridícula... Con esa cara de pepona pretender quitarme a mi Russell —rió sarcásticamente cuando otra bofetada de Pasione la

cruzó la cara—. Dile que venga y que decida. ¡Cómo me voy a reír, gata emporcada!

Fortunate y Raffoli reían con todas sus ganas. A su manera, se vengaban de ser despreciados por su hermosa jefe. Y Pasione, que no lograba hacer callar ni a golpes a Rose, se volvió furiosamente, sabiéndose objeto de burla por ellos, que reían las palabras de la joven.

—¡Llévároslo, porque si no la mato, y lo que quiero es que me vea en los brazos de su amado Russell! —les gritó—. A la alcoba del fondo, ¡pronto!

—¡Tráele, abuelita, y ya verás! —gritó Rose, mientras la sacaban del «hall» a empellones—. ¡Tú ya no enamoras ni a un viejo de ochenta años, vieja loca!

Pasione se arrojó sobre el diván, congestionada por la rabia. Después se levantó y fue a mirarse a un viejo espejo, pendiente de la pared. Quería cerciorarse de si lo que le dijo Rose era cierto, de que era ya una vieja. Y sonrió triunfalmente al verse hermosa, con sus rojos labios sensuales, sus ojazos negros, su nariz regular, casi clásica. Solamente tenía en ambas mejillas dos surcos sangrientos causados por las uñas de Rose. Lanzó un grito de rabia y se aplicó «rouge» y maquillaje, intentando ocultar aquel destrozo en su piel suave, aún tersa.

Volvieron los dos guardaespaldas, mirándose y sonriendo disimuladamente.

—Ya está, Pasione —dijo Fortunate, yendo a sentarse en un sillón con muestras de cansancio—. ¡Vaya chica, mi madre! Vamos, que si tienes que vértelas con ella a solas no sé cómo te las hubieras compuesto...

—Ya, ya... —murmuró Raffoli, con sorna—. Así me gustan a mí las mujeres. Bravas, con redaños...

—¡Callad! —gritó Pasione, comprendiendo la mala intención de sus secuaces—. ¿Creéis que si no fuera por el interés que tengo en que la vea en mi poder Russell no la hubiera yo matado con mis propias manos, idiotas? Será peor para ella cuando vea a su novio besándome...

—Eso es una locura y una estupidez —saltó Fortunate, ahora acicateado a su vez por los celos—. Las mujeres no hacéis más que tonterías.

—¿Le vas a indicar que estamos aquí escondidos, siendo como es del

F. B. I.?

—murmuró Raffoli, quien también se sentía hosco por la misma causa que su compañero de fechorías—. No sé para qué tienes que poner los ojos en hombres que no te quieren bien, como...

—Como me queréis vosotros, ¿no? —dijo, con desdén, Pasione, paseando por el «*hall*» nerviosamente—. Vosotros siempre seréis —su voz se hizo acariciadora, halagándoles, sabedora de que dispondría de ellos hasta la muerte— mis buenos amigos, mis fieles amigos. No soy desagradecida, ya lo sabéis... Voy teniendo ya mucha experiencia. Quizá deje lo bueno por lo que es malo.

—Así es —dijo Fortunate, levantándose y yendo hacia ella, engallado. Raffoli se levantó a su vez, mirándole ferozmente—. Yo no sé qué daría porque te fijases como es debido en mí. ¡Lo que podríamos hacer juntos! Una buena banda, miles y miles de billetes grandes...

—Tú —murmuró, sordamente, Raffoli, poniéndosele en el camino—. Habla de otra cosa, ¿sabes? Ella es la que ha de elegir... Y no te olvides de mí, porque te refresco la memoria ahora mismo.

—Aparta, piojo —dijo Fortunate, haciendo ademán de darle con la mano abierta en la cara, despectivamente—. Ya me estés cansando con que mires siquiera a esta mujer. ¡Aparta, te digo!

—¡Quietos los dos! —gritó ella, apartándoles cuando ambos, sacaban sus cuchillos, lanzándose miradas de intenso odio—. ¡Ésa es la manera de que no me entienda con ninguno! A tu silla. Fortunate. A la tuya, Raffoli...

Ambos se alejaron refunfuñando, obedientes como perros a las órdenes de quien sabía sugestionarles con su sola presencia.



CAPÍTULO V



MALL seguía paseando por el «*living*» en su casa. Hacía poco había mirado el reloj de pulsera y eran las tres de la madrugada. En su alcoba dormía profundamente McLean, confiado en que su camarada no saldría de allí ni haría nada extraño que le perjudicase. Sin embargo, poco después el timbre del teléfono comenzó a sonar, y Small, para no despertarle a Owen, se precipitó sobre él rápidamente.

—¿Quién? —dijo en voz muy queda.

—¿Russell, querido? —La voz de Pasione sonaba zalamera—. Soy Pasione.

Small se sobresaltó. ¿De manera que no la habían detenido aún? ¡Y le llamaba aquella insensata!

—¿Qué quieres? Soy Russell, sí, pero...

—Oye, ven en seguida. Quiero decirte algo muy interesante.

—No tengo que ir a nada. Déjame en paz —contestó, desabridamente, Small, dispuesto a cortar la comunicación.

—¡Oye! Has de venir, ¿entiendes? Tienes mala memoria, por lo que veo. Puedo hacerte venir y que me obedezcas. Por otra parte, si no vienes, una persona a quien según parece quieres, lo va a pasar muy mal. ¡La mataré!

Small se hizo un lío con todo aquello. Recordó, en efecto, que ella tenía unas cartas que le comprometían. Sonrió al contestar suavemente:

—Bien, ahora voy. Pero ¿dónde está usted?

—Al final del Divisadero Street está Flower Street, estrecha, pequeña. En el cinco. Te espero. Si dentro de una hora no vienes, absolutamente solo, me marcharé, pero dejaré un cadáver. Ya verás quién es y lo sentirás.

Small volvió a sonreír burlonamente al afirmar:

—Iré solo... querida. Descuida. Si quieres creerme, te estaba echando de menos. Deseaba verte...

—¡Russell! —La voz de ella se hizo apasionada—. ¿Es cierto? ¡Ven, cariño!

Colgó Small suavemente. Miró a la puerta de la alcoba donde estaba durmiendo McLean. No había oído nada, sin duda, fue a su mesa de despacho y de un cajón sacó su pistola automática, con la funda y los tirantes. Se metió en el bolsillo varios cargadores. Seguía sonriendo misteriosamente.

Se puso la trinchera y fue hasta la puerta de su alcoba, escuchando durante unos segundos. Percibió la suave respiración de McLean, durmiendo.

Salió en puntillas al pasillo, abrió y cerró la puerta tras él, bajando la escalera rápidamente.

La calle estaba desierta, silenciosa. Hacía frío y comenzó a caminar aceleradamente hacia la confluencia de Jackson Street con Divisadero para después ir hacia el norte, a la bahía, rectamente.

Vio un «taxi» en la esquina de Pierce Street. Le mandó parar y le dio la dirección al conductor, que arrancó seguidamente. La distancia no era ya muy larga, pero aún quedaban siete transversales hasta el final de Divisadero, en la misma bahía, sobre los malecones del puerto.

Flower Street era, en efecto, una inmundicia calleja, apenas alumbrada, y cuando el «taxista» dijo que no pasaba a ella, deteniendo el coche en la esquina de Divisadero, Small le dio mentalmente la razón. Cualquiera cosa, y nada buena, había esperar al que se adentrara allí, aunque apareciese desierta.

Pistola en mano, el agente especial avanzó por en medio de la calle, bien prevenido. No olvidaba ahora la amenaza de muerte de aquellos dos guardaespaldas de Pasione.

No le pasó nada en el corto trayecto. Ninguna persona salió repentinamente de un portal ni se oyó ruido alguno de ventana al abrirse. Estaba tan tranquila la callecita como otra cualquiera a aquella hora.

Llamó en la puerta de la casa indicada. Y apenas lo hizo la hoja de madera carcomida por la humedad y el tiempo se abrió. La alta figura de Pasione se dibujó en el umbral.

—¡Russell! —exclamó, y, llevada de su temperamento meridional, fogosamente, le echó los brazos al cuello, besándole mientras le susurraba frases apasionadas con voz trémula—. Pasa, pasa... Vienes solo, ¿verdad?

—¿Para qué queremos estorbos? —dijo él, inocentemente, sonriéndola. Miró a su alrededor, ya en el viejo «*hall*», con muebles deteriorados, pobres—. ¿No fuiste a Hayes Street? ¿Ni a Pine?

—Me dio en la nariz que allí no podía estar. Perdóname, pero desconfié de ti cuando te marchaste —le miró ansiosamente, cogiéndole del brazo. Se sentaron en un diván. Small quería dar tiempo al tiempo, disimular. Ver qué amenaza era aquélla de que si no iba alguien iba a morir.

—¿Y tus hombres? —La preguntó, indiferentemente.

—No están. Solamente tengo aquí a Raffoli y Fortunate. Están durmiendo.

—¿Y esa persona que moriría si yo no hubiese querido venir? ¡Qué bromista eres! —rió él, solapadamente.

—Es cierto. Russell, me tienes desesperada —ella le echó de nuevo los brazos al cuello, mirándole con terrible expresión—. Estoy dispuesta a matar a quien intente ponerse entre tú y yo. Una imbécil mujer dice que a quien tú quieres es a ella. Lo ha jurado, me ha desafiado a que ante ti la pregunte si es a ella a quien amas y que tú oirás que sí. ¡No puedo soportar eso, Russell de mi vida!

—Pero, bueno, ¿está contigo esa mujer? —inquirió Small con asombro e inquietud. No sabía quién pudiera afirmar semejante cosa—. ¿Quién es?

—¿Tú quieres a otra mujer? ¡Dilo sinceramente! Si la amas, no tienes por qué preguntarme quién es —exclamó, fogosamente, Pasione, espiondo el rostro de él con su mirada encendida, anhelante.

—Yo no quiero a nadie... sino a ti —murmuró Small, astutamente. Era verdad que aquella loca de amor tenía a otra mujer allí, tal vez secuestrada. ¿Quién sería?

—¿De veras, Russell? —gritó ella, exaltadamente, con salvaje alegría—. ¿Es cierto? ¡Dilo muy fuerte, muy fuerte! ¡Grita!

—¡Solamente te quiero a ti, Pasione de mi alma! —gritó Small cómicamente, pero sintiendo al mismo tiempo gran inquietud. Pasione estaba loca, sin duda alguna. Ella no se dio cuenta del tono burlón con que él gritó. Le besó, estrujándole entre sus brazos mientras reía con inmensa alegría, tal que si hubiese obtenido un gran triunfo al arrancarle a Small aquella fingida confesión de amor.

—Espera. No te muevas, mi alma —dijo ella después, levantándose del diván—. ¡Raffoli! ¡Raffoli! —grito, imperiosamente, dando palmadas de impaciencia.

El «gangster» apareció con cara soñolienta, malhumorada. Miró torvamente a Small, que tenía la mano puesta sobre la culata de su pistola, en el pecho.

—¡Raffoli, trae a esa embustera, que se va a llevar su merecido! —gritó Pasione, con voz trémula de orgullo y satisfacción—. ¡Ya decía yo que semejante monstruo rojo era incapaz de hacer sentir amor a nadie! ¡Tráela!

Small no salía de su asombro. Realmente no conocía bien a Pasione, al menos desde que su mente estaba libre de toda alteración; es decir, desde hacía muy pocas horas. Desde anoche. Pero hubo de pensar que cuando estuvo inconsciente su trato con ella debió ser de otra forma, y esto debía ser lo que a aquella mujer la hizo concebir y afirmarse en el amor por él. No era culpable de lo que sucediera antes, que ahora lamentaba profundamente.

Raffoli volvió empujando a Rose, que se debatía furiosamente,

propinando puntapiés en las espinillas a su carcelero.

—¡Russell! —exclamó la joven, mirándole con asombro.

—¡Rose! —gritó Small, aún más asombrado, levantándose. Miró a Pasione, que le contemplaba escrutadoramente, queriendo convencerse por sí misma de la verdad del aserto de Small.

—Ahí la tienes, a esa desdichada que se atreve a decir que ya no eres mío, porque eres de ella —murmuró Pasione, con sarcasmo infinito—. Esa Rose...

—Pero... no comprendo nada, Pasione —dijo Small, sin salir de su psmo.

—Vamos, niña —dijo Pasione, encarándose con Rose, los brazos en jarras y mirándola desafiadoramente—. Dile a Russell, delante de mí, que eres el amorcito suyo. ¡Que me lo has quitado! ¡Dilo, maldita!

—Eso es idiota, Pasione —exclamó Small, en tono decidido, yendo hacia Rose para desatarla las manos. Rose sollozaba, sus nervios destrozados después de las peleas sostenidas contra Pasione y sus sicarios.

—¡Quieto, Russell! —gritó Pasione, empujándole, echando llamas sus negros ojos—. ¡Ella va a ratificar lo que dijo antes o lo desmentirá! Si es esto último, por haber pretendido engañarme con burdas mentiras la quitaré las ganas de volverlo a hacer. Tengo ahí un frasco de vitriolo... —rió gozosamente—. ¡Vamos, Russell, di si la quieres!

—Esta muchacha no tiene nada que ver conmigo. Es conocida mía, y eso poco —aclaró Small—. Desde luego, nunca he estado enamorado de ella. Ahora, déjala en paz y que se vaya.

—¡Rose! ¿Lo has oído? ¡Embustera, maldita! ¿Lo has oído? ¡Es a mí a quien quiere! ¡Sí, a mí! —clamó Pasione, ronca de gritar—. ¡A mí!

Small intentó desatar a Rose, que seguía sollozando, agotada.

—¡Déjala, Russell! ¡Se va a llevar lo suyo! ¡Raffoli, trae la botella de vitriolo! ¡Esta maldita bruja no volverá a engañar a ningún hombre! ¡Es mi venganza, Russell, por lo que me ha hecho sufrir! ¡Casi dudé de ti, mi vida! ¡Anda, Raffoli! —gritó Pasione, empujando a Small del lado de Rose.

El agente especial se dio perfecta cuenta del peligro que estaba corriendo Rose. No comprendía cómo la novia de McLean estaba

allí, secuestrada. Debía ser por los celos de Pasione. Sí, eso debía ser. Pero había que salvarla de que el vitriolo la destrozase su cara tan hermosa. Lo que quería hacer Pasione era una salvajada. Una locura dictada por los terribles celos.

—¡Basta ya de tonterías, Pasione! —gritó severamente, encarándose con ella—. No hay derecho a eso. ¿Por qué la has traído aquí?

—¿Cómo? Pero ¿es que la defiendes encima? ¿Sabes lo que me ha hecho sufrir está condenada embustera? —gritó Pasione, retratada en su mirada y en sus alteradas facciones la sospecha—. ¡Yo la tengo en mi poder y haré con ella lo que se merece! ¡Siempre he hecho lo que he deseado, Russell! ¡Hasta hacer que me ames!

Raffoli regresó con una botella de color verdoso, que hizo ademán de entregar a Pasione. Detrás estaba Fortunate, sonriente, quizá deseoso de ver el espectáculo de ver cómo el vitriolo abrasaba el rostro angelical de aquella muchacha.

Small sacó su pistola con un gesto decidido. Apuntó a la botella de vitriolo que tenía en la mano Raffoli y disparó. La vasija saltó en trozos, salpicando las ropas del «gangster» que lanzó un aullido de pánico y rabia.

—¡Los brazos arriba todos! —gritó el agente especial, saltando para colocarse al lado de Rose. Comenzó a desatarla—. ¡Tú también, Pasione! ¡Arriba las manos o te mato!

—¡Bandido, canalla! —aulló Pasione después que el asombro la dejó hablar—. ¡Era a ella a quien querías! ¡A ella! ¡Ya lo decía esa maldita! ¡No subo las manos! ¡Mátame, si te atreves, verdugo, hipócrita!

Rose quedó desatada. Y Small apuntó su pistola sobre Pasione y sus hombres, retrocediendo para evitar una posible agresión repentina de Pasione que, cruzada de brazos, desafiante, le contemplaba con odio infinito.

—Telefonee a la División, Rose —dijo Small—. Que vengan enseguida. Flower, cinco. Por Divisadero Street, al final. ¡Corra, Rose, corra!

La joven se metió en las habitaciones, buscando el teléfono. Y Small se volvió del todo hacia Pasione y los dos «gangsters».

—¡Canalla, hipócrita! —Rugía Pasione, ebria de rabia—. ¡Cómo me has engallado! ¡Y con esa pelo de panocha, horrible criatura!

—Quieta o te envío al infierno —dijo Small, fríamente—. No avances, que disparo...

Raffoli y Fortunate cambiaron una seña de inteligencia. Pasione avanzaba hacia Small, que se resistía a matarla fríamente, y por ello, se veía obligado, a retroceder para dejar bastante espacio entre ellos y él y poder dominarlos con la pistola. Pero entonces también comenzaron a moverse los dos «gangsters», separándole, cuando Pasione se interpuso entre ellos y el agente especial.

Small se vio de repente con Raffoli a la espalda. Si se volvía para hacerle frente, Fortunate se aprovecharla para agredirle. Y Pasione casi iba a tocarle, sonriendo infernalmente, sabedora de que Russell sentía repugnancia por matarla a sangre fría.

—¡Cuidado, Russell! —gritó Rose, apareciendo en el «hall» y dándose cuenta de que Raffoli sacaba un cuchillo de la cintura.

Small se volvió un poco y disparó. La bala se cruzó con el cuchillo que el italiano le había arrojado. Fortunate no desperdició la ocasión y lanzó también el suyo sobre el agente especial. Rose gritó desgarradoramente, y también Fortunate, pero este de alegría.

Raffoli con la cabeza atravesada por la bala que disparó Small, cayó, lanzando un agudo chillido, mientras buscaba con las extendidas manos dónde agarrarse. Y Small, con el cuchillo clavado en la espalda, recostado contra el respaldo del sillón, disparó de nuevo, ahora sobre Fortunate, que se le iba encima rugiendo de rabia. Su cuchillo se había clavado en el costado izquierdo y permanecía allí, tembloroso, como lo estaba el cuerpo de Small.

Recibió en el pecho el «gangster» la bala. Bien dirigida al corazón, el italiano quedó vacilante, en pie, apretándose la herida con gran fuerza. Sus ojos, asombrados, muy abiertos, fueron cerrándose poco a poco, conforme la vida se le iba aceleradamente. Finalmente, se desplomó súbitamente, cayendo de bruces sobre el sucio suelo.

Pasione lanzó un estridente grito de horror y pánico cuando Small, lívido, desfalleciente, la apuntó con el arma. Rose gritó, cubriéndose con ambas manos los ojos, aterrada.

Vaciló en disparar Small. Y Pasione, enloquecida, giró sobre sus talones, fue a la puerta, la abrió con premura y salió a la calle, cerrando tras ella con fuerte golpe.

—¡Se va, Russell! —gritó Rose, y corrió hacia el agente especial,

que se desplomaba lentamente, dejando a sus pies un gran charco de sangre, que se iba extendiendo lentamente.

—Gracias, gracias —murmuró él, sonriendo trabajosamente—. Ayúdeme un poco... Hasta ese diván. Gracias... —Se apoyó en la joven, poniendo su brazo derecho alrededor de los hombros de Rose, y lentamente fueron hasta el diván. Se dejó caer en él pesadamente Russell, jadeando extrañamente.

—¿Es mucho? —gimió la joven—. Los tiene clavados, Dios mío... —Miró con horror los dos cuchillos que subían y bajaban al compás de la agitada respiración de Small.

—Es lo suficiente. Dios lo ha querido así... —balbució Russell, sonriendo mientras la miraba enternecidamente—. No, no los saque —dijo, cuando ella intentó sacar las armas de sus heridas—. No tengo dolores... Si los saca, precipita... el final. ¿Avisó a la División?

—Sí, Russell —gimió ella, llenos los ojos de lágrimas—. ¿No podría curarle un poco, sostenerle hasta que vengan? ¡Cuánto le debo, Russell! Se merecía mi cariño.

—Gracias... Debe olvidar... aquello que la dije. Estaba loco... Debe escucharme, porque esto se va a toda prisa —señaló su pecho, el corazón, mientras crecía su fatiga y una lividez amarillenta se extendía por su rostro, afilándole las facciones—. Dígale a Gibbons que... que yo fui quien hizo que Grazio asesinase a Tucker. Estaba loco. Tenía unos celos idiotas... de él de su inteligencia, de su amistad por mí. Que ayudé a Grazio en algunos de sus asuntos inmorales para... atraerme su ayuda. Que pensé asesinarle a él, a Gibbons, porque... desconfiaba de mí con razón. Pero... dígale que estaba loco, loco. Que yo maté a Grazio para librarme de que me acusase. Estaba loco, loco... Estaba loco cuando... cuando la dije eso...

—No tardarán ya, Russell —dijo Rose, limpiándole el frío sudor de la frente, del rostro—. ¡No se muera todavía, Russell querido! ¡No se muera, y le salvarán! ¡Tiene derecho a ser feliz, como todos! No hable, no gaste fuerzas... ¡Dios mío! —Se arrodilló, juntando las manos para orar en voz alta, bañado su hermoso rostro en lágrimas.

—Es lo mejor esto... Dios lo ha querido así —susurró Small, sonriendo—. Aún he podido tener... tiempo de morir como un... héroe del

F. B. I.

Rose le contempló con tremenda ansiedad. El pecho de Small apenas si se movía. El mango del cuchillo homicida subía y bajaba imperceptiblemente.

—Russell... Russell —gimió ella, acariciándole suavemente el rostro—. Espere un poco... Le salvarán. Russell querido. ¡Pobre, pobre! —sollozó, mirándole con ansiedad el rostro, cerúleo, cada vez más inmóvil, como pétreo.

Abrió trabajosamente él los ojos y la miró profundamente, como si en aquella mirada acumulase las últimas energías que le quedasen. Sonrió y dijo en un susurro:

—Es... lo mejor.

Sus ojos se cerraron, como cansados, y un levísimo estremecimiento sacudió su cuerpo. Después quedó inmóvil, muy quieto. Ni su pecho ni los cuchillos matadores se movían ya.

Rose se levantó, espantada, juntas las manos, orando, pidiendo al buen Dios perdonase a aquel hombre, que no supo lo que había hecho cuando tanto mal hizo.

Fuertes golpes en la puerta, sonaron lúgubrementes. Voces alteradas, ruido de coches que llegaban, «claxons» y, lejos, sirenas que se acercaban.

Rose se santiguó y corrió a abrir. Casi la derriban el inspector Gibbons, gigantesco, pistola en mano: McLean y agentes especiales y de la Metropolitana, armados hasta los dientes.

Irrumpieron como una oleada de asalto, mirando a todos lados, desconfiados, preparados a disparar.

—¡Rose! —exclamó McLean, mirándola con asombro, después se volvió para contemplar el cadáver de Small, tendido en el diván, tranquilo, yacente como un guerrero en su panteón—. ¿Qué ha pasado? ¿Le has matado? Estaba loco, el pobre...

Todos rodearon a Small, en silencio.

—Ya no lo estaba, Owen —dijo ella sollozando—. Él mató a esos dos hombres defendiéndome. Le llamó esa Pasione, fue horrible...

—¿Y Pasione? —preguntó Gibbons, volviéndose hacia la joven—. Es la peor.

—Huyó. Fue horrible —repitió Rose, estremeciéndose—. Me salvó la vida Russell. Quería ella echarme vitriolo a la cara. Celosa de mí. Small me salvó y mató a esos dos. No estaba loco y era un

hermoso corazón...

—Ya lo contarás cuando puedas —murmuró McLean, estrechándola contra su pecho—. Ahora, jefe, hay que atrapar a esa mujer infernal.

—¿Dónde estará? —dijo Gibbons, encogiéndose de hombros—. Tiene infinitos escondrijos la maldita. ¡Bueno, avisen a una ambulancia y que lleven a este pobre camarada a la División! ¡Pobre Small! —Le miró tristemente, hondamente compadecido—. Dios me perdone, pero creo que es como mejor ha podido acabar, si ya estaba su cerebro normal.

—Voy a llevarte a tu casa, Rose —dijo McLean, besándola—. Hemos de continuar ahora mismo la persecución de Pasione.

—A mi casa, no. Me sacó ella de allí con una infernal astucia. Me dijo que era una enfermera de un hospital y que te habían herido y deseabas verme. Me trajo aquí fue horrible... Llévame a la División y estaré allí más segura. Me odia a muerte, creyéndome una rival.

Quedaron dos agentes al lado del cadáver de Small, hasta que llegase la ambulancia, Y todos los demás salieron, montando en los coches.

Pasione se lanzó a la calle despavorida cuando Small la apuntaba con su pistola. Se negaba a admitir la idea de que su vida, su preciosa vida, fuese a terminar precisamente en aquel instante.

Corrió por la calleja como una evadida del infierno, pensando si Small, el hombre a quien amó como jamás lo hizo a hombre alguno, la perseguiría tenazmente hasta darla alcance y matarla a tiros. Seguramente, no. Small estaba muy malherido. Dos cuchillos tenía clavados en el cuerpo y su rostro iba adquiriendo la lividez característica de quien pierde la vida rápidamente. No tendría fuerzas para perseguirla. Pero había que huir, huir... Rose telefoneó al

F. B. I.

Y pasados pocos minutos aquellos hombres malditos, con los que Grazio se enfrentó locamente, y después ella, se lanzarían en su busca como sabuesos maravillosamente adiestrados, hasta dar con ella.

Abandonó el cruce de Flower Street con Divisadero. Aquella vía

era muy ancha, muy visibles en ella cuántos discurriesen, con sus farolas eléctricas que todo lo inundaban de luz. Los «cops» se extrañarían de ver correr a una mujer locamente, despeinada, con el rostro aterrado. Quizá tuviesen ya órdenes de detenerla. Los coches patrullas comenzarían a ir de un lado a otro, guiados por los coches emisoras, con el aro metálico en el techo, orientando y cerrando el paso en las calles, en las barriadas y distritos.

Se metió entre las sombras de calles más estrechas, junto al puerto, con angostos cruces. Las bajas casas, siniestras en su apariencia y soledad, parecían mirarla con hosquedad por sus ventanas pequeñas, como ojos cuadrados, brillando los cristales sucios y rotos cuando las nubes dejaban aparecer unos instantes la luna en cuarto menguante.

En el China Basin, lugar del puerto donde anclaban los barcos de Oriente, con un recodo para los barcos de pesca, había luces que se movían. En las barquillas, las linternas y sombras oscuras también se movían a bordo. Debían de ser pescadores chinos, que comenzaban a aprestarse para salir a la mar a sus faenas.

Huyó de allí. No podía estar en la calle, a la deriva. Cada minuto que pasase más agentes de la Policía la buscarían tenazmente. Se fijarían en una mujer que fuese sola, alta, de magnífico tipo, morena, bella, de raza latina, italiana. Su belleza la iba a perder; su espléndido cuerpo, su morena faz; el ir sola, vagando desesperadamente. No podía estar en la calle.

Se acordó de que alguien la acogería. No era solamente un hombre el que lo haría, sino varios. Su belleza, la vida que hacía, la iban a valer de algo ahora. Ciertos hombres de su jaez, desde luego. Hampones como ella. Siempre tuvo la gran habilidad de jamás rechazar de plano, en una ruptura violenta, creándose un enemigo, los asedios de aquellos hombres, llenos de ideas bestiales. Los apartó suavemente, y si no a todos les dio lo que la pedían, sí los dejó prendidos en la emoción de un beso y una promesa. Todos pensaban en ella, con más o menos impaciencia, y en su ilusión por verse correspondidos harían lo que ella les pidiese.

Pegada a las paredes, caminaba apresuradamente, ya hacia una meta definida, creía ella que segura. Sí; en Sullivan Street, al otro lado del puerto, casi en la rinconada que hace con los dos muelles de Fort Masen, vivía Bill Tevis.

Bill Tevis... Aquel hombre que mató por ella... El noruego gigantesco, rubio, ya de edad de cuarenta años, convertido en manos de ella en un ser sin voluntad. Mató a Krauss, el alemán, cuando vio que éste llevaba más terreno ganado en la conquista de la italiana que él, fue un desafío casi caballeresco, a cuchillo, en el puerto. Ellos dos y ella solamente, en una noche iluminada por la clara luna. Pasione sería de quien ganase, de quien matase a su rival. Ganó Bill Tevis, difícilmente; tan difícilmente, que desde allí fue al hospital, porque se moría. Pasione le prometió concederle el premio y después lo fue postergando, alejándose de su bravo marino noruego. En realidad, lo que ella deseó fue quitarse de encima a Krauss, el alemán, un hombre espantosamente celoso, que la asediaba sin punto de reposo. Consideró a Tevis más manejable, más cachazudo y con mejor corazón que Krauss. No le fue difícil conjeturar que en la lucha sería el vencedor Tevis, porque dominaba en fuerza, en coraje y ciencia de manejar el cuchillo a Krauss. Y si hubiera sido preciso, la pistola que ella llevaba en la mano aquella noche, mientras presenciaba la mortal lucha, hubiérala empleado a favor de Tevis.

Ya había coches policíacos circulando por allí... Iban lentamente, como si con aquella lentitud los que los ocupaban pudiesen mejor vigilar a los pocos viandantes que pasaban por allí: marinos, pescadores, chinos de pasos cortitos, con sacos al hombro o grandes cestas. Y los agentes a pie, plantados en medio de las aceras, en la calzada, miraban con impertinencia, como si dirigiesen un tráfico de peatones inexistente, fiscalizando los rostros de las mujeres, menos numerosas aún que los hombres.

Quedaba poco para llegar a Sullivan Street, pero lo cierto es que a cada momento se hacía más difícil esquivar la presencia de los «cops», de los coches y las «Harley» ruidosas de los motoristas. Se escurría, pegada a la pared de las casas o metiéndose entre los tinglados del puerto, maldiciendo su atuendo de mujer, su escultural cuerpo, la forma de andar, tan femenina.

—¡Oiga! —gritó una voz de hombre a sus espaldas repentinamente. Pasione, lanzando un ahogado grito de temor, volvió la cabeza. Dos «cops» iban tras ella con sus pasos largos, pero veloces—. ¡Espere! ¡A usted, señora!...

Se lanzó a la carrera de nuevo por la estrecha calle, huyendo de

los agentes. No podía eludirles, porque la calle era recta, sin un cruce donde darles esquinazo. Y el caso es que estaba ya muy cerca de Sullivan Street. Seguir la calleja, torcer a la izquierda y la primera, hacia arriba, y ya estaba. Pero los sabuesos la seguían, sabiendo que era ella, Pasione, porque si no se hubiese detenido.

—¡Alto o disparamos! ¡Alto! —gritaban, y sus silbatos rompieron el silencio siniestro de la noche, avisando a los otros «cops» de los alrededores. Finalmente, el ruido de disparos de revólver de grueso calibre, y Pasione oyó el silbido estremecedor de las balas por encima y a los lados de la cabeza y el cuerpo.

Se subió las faldas, que la estorbaban para correr aún más. No pensaba entregarse mansamente. Sabía que estaba pasando por los peores trances de su vida de mujer entregada en cuerpo y alma al espíritu demoníaco y que hasta entonces había tenido suerte en su alianza con el diablo. Y fuerte, vigorosa, resistente, corrió desesperadamente, mientras las balas y los silbidos agudos, chirriantes, la seguían.

Llegó al final de la calle y torció la esquina, como si transpuesta ésta la salvación estuviese ya lograda. Atrás, bastante atrás, quedaban los dos «cops», gritando, disparando, poniendo en conmoción toda la extensa red de calles, callejones y vericuetos de los alrededores del puerto, ya cerca de Fort Mason.

Ahora la calle bajaba en una pendiente, y por ella se lanzó dando traspiés, sonando los tacones de sus altos zapatos como una ametralladora. Sullivan Street estaba ya muy cerca. La segunda a mano izquierda...

Dobló la esquina de Sullivan al fin. Varios «cops» gritaban en diferentes direcciones, agrupándose ante las llamadas estridentes de los silbatos. Discutían, corrían en varias direcciones, buscándola, alumbrando con sus linternas los huecos de los portales, los solares de derruidas tapias de madera o ladrillo.

Llamó a la puerta del número 17, mientras miraba a un lado y otro, bajo la pálida claridad de la luna, entre nubarrones, a lo largo de la calleja. Volvió a repiquetear impacientemente, dando con la punta de los zapatos, recostada sobre el quicio, agotada de fatiga, muerta de pánico.

La casa era de dos pisos. Dos balcones estrechos y dos ventanas, éstas en el piso bajo. Y los «cops» corrían de un lado a otro,

acercándose, quizá ya en la misma calle, coincidiendo para cerrar el cerco, atrapándola ante la puerta de su salvación... dio sobre la vieja puerta con las manos, los codos, la misma cabeza, poseída de una mortal angustia. Estaba más cerca los «cops» y hablaban roncamente.

—Tiene que estar aquí...

—La hubiéramos visto. Vamos hasta el final. De todas maneras, no puede escapar.

Una de las ventanas del piso bajo se abrió quedamente, y una cabeza de mujer asomó un poco.

—¿Qué quiere? ¿Es por usted por lo que hay ese escándalo? —inquirió una voz de mujer joven.

—Sí. Abra pronto, ¡pronto! ¿Está Bill Tevis? ¡Abra, abra, que vienen! —contestó con voz angustiada Pasione, empujando la puerta.

La mujer se retiró. Y unos segundos después la puerta se abrió, más por el impulso salvaje de la italiana que por el de dentro.

Pasione se recostó contra la pared. Una mujer de unos veintiocho años, con la vela encendida en la mano, alumbrándola, la miraba desconfiadamente. Iba envuelta en una vieja bata de baño de color pardo. Una redecilla sujetaba su pelo rublo. No era fea, pero en su rostro se marcaban ciertos estigmas que eran inocultables.

—¿Quién es usted? ¿De qué conoce a mi Bill? —Siguió la mujer en tono destemplado—. ¿Qué ha hecho para poner en estado de guerra a los «cops»?

Sonaron unos pasos recios, largos, bajando la escalera que nacía en aquel «*hall*» en penumbra.

—¿Qué es eso, Glenda? ¿Quién es? —La voz gruesa de un hombre que se acercaba hizo levantar la cabeza a Pasione, agobiada de cansancio y angustia. Tenía aquella voz un timbre especial, extranjero, que hizo sonreír de alegría a Pasione.

—Soy yo, Bill —dijo, avanzando hacia el hombre, un gigante de pelo rubio, que estaba ya al final de la escalera, vistiendo un pijama oscuro—. Pasione... ¿No te acuerdas de mí?

—Pasione... ¡Caramba, sí, Pasione! —contestó en tono embarazado Bill, acercándose a ella y mirándola a la luz de la vela que sostenía Glenda.

Ésta contemplaba a ambos con el ceño fruncido. Ya había visto lo bella que era Pasione. Y sintió aumentar su intranquilidad al ver la intensa mirada que Bill lanzaba a la italiana, de pies a cabeza, mientras respiraba agitadamente. Aquella mirada jamás se la dirigió él a ella...

—Me he acordado de ti, Bill. He dado un mal paso y tengo tras de mí a la Policía —dijo Pasione—. Vámonos de aquí. Nos pueden oír hablar. Están de un lado a otro de la calle.

—Y será milagro si no entrar a registrar —gruñó Glenda—. La verdad es que se podía haber acordado de otros en vez de venir aquí.

—No se puede elegir el sitio a dónde ha de irse cuando esos tipos nos van pisando los talones, mujer —dijo Tevis en tono conciliador—. Pasa, Pasione, pasa al comedor. Ésta es Glenda. Buena chica, te lo aseguro —rió quedamente, dándole una recia palmada en la escuálida espalda. Ella tosió y se echó a un lado, huraña.

Se sentaron en el comedor, con muebles baratos, sucios, destartalados. Tevis, con movimientos de oso, sacó una botella y tres vasitos. Los llenó.

—Bebe, Pasione. Es buen «*whisky*». Glenda, haz café para Pasione. No temas, querida... —Tosió y rectificó—: No temas, Pasione. Han pasado de largo. ¿No vas a hacer el café, mujer? —Miró con el ceño fruncido a Glenda que contemplaba rencorosamente a Pasione, viendo en ella una rival formidable.

—No hace falta. No lo haga. Glenda —dijo Pasione—. Me basta el «*whisky*».

—¿Y qué te ha pasado? Con lo lista que siempre has sido para escapar a esos tipos —murmuró Tevis, limpiándose los labios con el dorso de la mano.

—Mi hermano se enfrentó al F. B I Le mataron y yo tuve algún lío después...

—¡A quién se le ocurre pisar un callo al

F. B. I.,

Pasione! —rezongó Bill, sonriendo compasivamente—. Buena la has hecho...

—No pensará estar aquí después de que se haga de día, ¿verdad? —insinuó Glenda que seguía en pie, apoyada en la pared, con los

brazos cruzados y mirando despectivamente a Pasione—. Cada cual tiene sus problemas y no deseamos se nos aumenten.

Pasione volvió la cabeza para mirarla de pies a cabeza. Vio que Glenda no era sino un pingajo humano, apenas con formas femeninas. Dentadura renegrida, faltando ya muchas piezas; bolsas bajo los ojos, de mirada mortecina, circundados por una franja rojiza. Labios exangües, muy húmedos, con grandes arrugas al final. Arrugas en el cuello, en la frente, bajo las sienas...

—Puedo pagar mi estancia, Glenda. No daré lugar a que nadie desconfíe —dijo en tono reposado, frío, autoritario ya—. ¿Te parece que me quede, Bill, hasta que pase el peligro grave? —Se volvió a él, sonriéndole como ella sabía hacerlo cuando quería emocionar a un hombre.

—Claro que sí, Glenda, sería inhumano lanzar a una buena amiga a la calle, sabiendo que la están esperando para trincarla —respondió Bill, afirmando con la enorme cabeza despeinada—. Ella pagará, ha dicho. Pero si no tienes es igual.

—¿Y olvidas tú que hace quince días que has salido de la cárcel y que te han fichado, imbécil? —gritó Glenda—. ¿Que lo primero que harán será venir a verte y registrar, por si la ocultas? Oiga, amiga de éste —puso una mano sobre un hombro de Pasione—, lo mejor que puede hacer es largarse cuando se haga de día. No quiero su dinero. Quiero que haya paz de una vez en mi casa, en nuestro hogar. Yo he tenido que ir de un lado a otro para atender a mi Bill cuando estaba encerrado, ¿sabe? Usted no se acordó de él, claro. Ahora que se ve en peligro ha venido a comprometernos. ¡La veo venir, y eso sí que no! Ahora recuerdo algo de usted, Pasione. Mi Bill y otro se apuñalaron por usted, ¿no?

—Glenda, haz el favor de callar —murmuró Tevis con voz contenida, pero en la que se adivinaba una naciente cólera—. Lo que hice antes de conocerte no te importa. Pasione se quedará aquí hasta que no necesite estar más. ¿No te acuerdas que tú también viniste una noche a llamar a mi puerta, seguida por los «cops»? Después te has quedado para siempre...

—Eso es lo que yo quiero impedir que haga esta beldad —saltó Glenda en tono sarcástico—. Que se quede y me haga salir a mí...

—Pierda cuidado, hija —replicó Pasione, desdeñosamente—. Pierda cuidado... Por más que... supongo que usted no tendrá la

exclusiva de Bill, ¿verdad? ¿Se ha casado con él? Si es así, me retiro. Compadeceré al pobre Bill.

—¡Claro que se retirará, esté o no casada con mi Bill! —gritó Glenda, roja de furor—. ¡Ya sabía que usted vendría no solamente a salvarse a costa de mi Bill, sino a meter cizaña, a tratar de quitármelo! ¡Ni le intente, maldita italiana!

—¡Glenda, fuera de aquí! —rugió Bill, levantándose pesadamente, cerrados los tremendos puños—. ¡Nadie ha hablado de esas tonterías sino tú, celosa imbécil! No la hagas caso, Pasione querida...

—¡Querida! ¡Ya la has llamado querida! —gritó Glenda—. Y antes también se te escapó... ¡Para eso estuve yo meses y meses buscando influencias y dinero para sacarte de la cárcel, bandido! ¡Para eso te he atendido yo, quitándome la comida de la boca y yendo de un lado a otro para que tuvieras tabaco, buen «whisky», sin moverte de aquí cuando la Policía te buscaba! Ahora viene esta belleza de Hollywood y te vas con ella, ¿no? ¡Bandido!

Tevis estiró uno de sus enormes brazos y su mano, abierta, cayó con fuerza inmensa sobre el rostro de Glenda, que gritó ahogadamente, cayendo de espaldas al suelo.

—Déjala, querido Bill —murmuró Pasione, sonriendo sardónicamente—. No merece la pena ocuparse de ella, ¿verdad?

—Claro que no —farfulló Bill, dándole un puntapié a Glenda—. ¡Lárgate de aquí, piltrafa asquerosa! Ése es el agradecimiento que has tenido porque te he tratado como si fueses mi señora, la señora Tevis... ¡Fuera, he dicho! —Y a patadas la hizo levantarse y salir del comedor.

—¡Esto lo pagaré, Pasione del demonio! —rugió Glenda, sollozando de rabia, espantoso su rostro, ensangrentado por los golpes de Bill—. ¡Aunque a él le maten, yo haré que la pesquen los «cops»! ¡Se lo juro!

—Vete a dormir, desgraciada —murmuró Pasione, despectivamente—. Me inspiras lástima; si no... le diría a Bill que abreviase tu perra vida.

—Hágalo usted misma, si se atreve. ¡Hazlo tú, si eres valiente! —clamó Glenda, ferozmente. Y riendo salvajemente salió del comedor de nuevo. Bill se pasó una mano por la frente. Después se inclinó y cogió entre sus manazas el rostro de Pasione, mirándolo

como fascinado. La besó en los labios apasionadamente, correspondiéndole ella.

Volvió Glenda, llevando en cada mano un cuchillo. Tiró uno de ellos sobre la mesa.

—¡Anda, cógelo y juégate la vida por Bill! ¡Si le quieres, juégate la vida por él! —rugió Glenda, histéricamente—. ¡No! ¡Tú no le quieres hasta ese extremo, maldita! ¡Te has acordado de él cuando te has visto en peligro! ¡Sal aquí, reina de Saba, si tienes corazón para partírtelo por un hombre! ¡Sal aquí!

Pasione, muy pálida, no hizo intención de coger el cuchillo sobre la mesa. Glenda había atinado al suponerla tan egoísta. Ella hubiera luchado por Russell, a quien seguía amando más que a su propia vida, pero no por aquel oso de Bill Tevis. En vez de atender el desafío de Glenda, que rugía de rabia, llenándola de improperios, hizo un gesto significativo a Bill, que miraba a una y otra, tal vez admirado y lleno de vanidad al ver que podía ser objeto de una lucha salvaje entre aquellas dos mujeres, disputándose su amor.

En vez de coger el cuchillo Pasione lo cogió él con ademán como cansado, de hombre fastidiado que se ve obligado a tener que castigar sin deseo de hacerlo. Y avanzó hacia Glenda, mirándola sin rencor, pero con una firmeza aterradora.

—¡Qué vas a hacer, Bill! —gritó la mujer, retrocediendo, las manos sobre el pocho, espantada la mirada—. ¡Te ha vuelto loco esa maldita!...

Bill la siguió después por el «*hall*», sin apresurar el paso de oso, bien cogido el cuchillo, moviendo la cabeza lentamente, como si dijese en tono apesadumbrado: «Te pones tan pesada que no tengo más remedio que castigarte, querida. Lo siento».

Pasione, en el umbral de la puerta del comedor, con un cigarrillo encendido en la boca, contempló la terrible escena impasible. Cómo Glenda, enloquecida de terror, fue retrocediendo, retrocediendo, muda de espanto, hasta tropezar con un viejo sillón. Rehuirle, para ir hacia un rincón. Intentar salir de él, cuando Bill avanzó el brazo armado. Ágilmente, impulsada por el deseo de vivir, escurrirse hacia otro lado, pasando bajo los brazos del gigante, que no hizo por detenerla, pero la siguió lentamente, mirándola estúpidamente, con una crueldad escalofriante.

Glenda pasó ante Pasione, dándole la espalda. Y ésta adelantó

una pierna, sonriendo perversamente, poniéndola la zancadilla. Glenda cayó al suelo, lanzando un alarido de espanto. Bill avanzó sin alterar su paso, la mano armada en alto. Pasione la sujetó con el pie sobre el pecho.

—Vamos, acaba de una vez —le dijo, en tono impaciente.

Y Bill se inclinó y acabó con Glenda. Pasione no apartó su mirada de lo que hizo el hombre, como si quisiera comprobar que estaba bien ejecutado.

—Bien, querido mío —le dijo después, mirándole enternecidamente—. Era imposible que convivieras con ella, ¿verdad?

Bill movió la cabeza lentamente. Limpió la hoja del cuchillo con el revés de su pijama.

—Se portó muy bien conmigo, ésa es la verdad —dijo, filosóficamente—. De no haber venido tú nuestra vida se hubiera deslizado bien. Pero antes eres tú...

En la calle, los pasos rápidos sonaban sin cesar. Lejos, ruido de motores de coches y de sirena. Pasione se estremeció y miró a Bill, que entraba en el comedor, llenaba un vaso de «*whisky*» y lo bebía de un trago.

—¿Oyes? —le preguntó, inquieta. Y también bebió para sacudirse el frío extraño que sentía en toda la médula, helando su corazón.

—Sí. No entrarán. Y si entran... —Fue hasta el armario, revolvió en el fondo de un cajón laboriosamente, siempre con sus lentos movimientos torpes, y sacó una gran pistola de grueso calibre y varios cargadores. Se la mostró, sonriente, a Pasione, que se había sentado, contemplando el cadáver de Glenda, rodeado de sangre—. Con esto y mi corazón...

Pasione movió la cabeza escépticamente. No obstante ser Bill un hombre formidable por su vigor físico y tener un valor frío, impresionante, era poco para enfrentarse con la Policía. Lo que hacía falta era que no llamasen a la puerta.

Miró la hora de su reloj de pulsera. Las cuatro y diez. No amanecería hasta lo menos las seis. Faltaban dos horas casi. En cuanto fuese de día, abandonaría a Bill. Aquel refugio no era nada seguro. Estaba él fichado por la Policía y ya era sabido que en las redadas lo primero que hacía la Policía era visitar a sus

«recomendados» por si permanecían en sus domicilios o entre ellos se escondía alguien sospechoso. Por otra parte, Bill era un verdadero estorbo para sus planes de levantar de nuevo su «gang» tan pronto se sintiese más segura. Tardo de inteligencia, fichado, queriéndola como la quería, desearía ir con ella a todas partes, o no la dejaría moverse a su gusto... Tendría que hacer que lo asesinasen.

Bill y Pasione miraron hacia la puerta. Alguien hablaba en voz alta con otra persona, en la calle:

—Solamente queda esta casa. En las otras no estaba...

—Ni tampoco estará en ésta. Aquí vive Tevis, que acaba de salir de la cárcel. No va a ser tan idiota que se comprometa a esconderla.

—Desde luego, pero el sargento dijo que todas las casas.

—Ahí viene el inspector Gibbons, del

F. B. I.

Que diga él lo que hay que hacer.

Pasione, palidísima, miró a Bill, que fumaba tranquilamente, escuchando, sentado ante la mesa del comedor. Alargó su manaza y cogió la pistola. Quitó el seguro con un movimiento seco. En la calle, seguían charlando los agentes:

—Hemos registrado todas las casas de la calle, señor. Queda ésta. Vive aquí un licenciado de presidio, un tal Tevis, noruego. Salió hace seis meses y ha estado muy tranquilo. ¿Hay que entrar?

—Me fastidia molestar a las gentes tranquilas. ¿Qué le parece, McLean?

—Que deben perdonarnos que interrumpamos su sueño, jefe. Hay que agotar todas las posibilidades de atraparla. Es una maldita mujer. Si no lo hiciésemos y diese la casualidad de que es aquí donde se ha escondido...

—Llame, entonces.

Bill se incorporó lentamente, esgrimiendo la pistola. Metió el cuchillo entre el cordón del pijama y la cintura.

—¿No puedo esconderme? ¿No hay sitio para esconderme? —susurró Pasione, y dio un brinco de espanto cuando golpearon fuertemente en la puerta.

—No. Te cogerían lo mismo. Solamente te salvaré yo, querida —dijo fríamente Tevis—. Vamos arriba. Hasta que quieran subir y echarnos mano, he matado a una docena. Dame un beso, Pasione de

mi vida...

La cogió en sus potentes brazos, y, en puntillas, atravesó el «*hall*» sin hacer caso de los golpes sobre la puerta ni de las voces de los agentes. Subió con ella en sus brazos, besándola, la escalera, fue después por un corto pasillo y entró en una alcoba. La dejó sobre una cama deshecha, arrojándola cuidadosamente.

—No te muevas de ahí. No subirán, porque los muertos no suben las escaleras —dijo él, sonriendo.

Sonó una fuerte detonación y la puerta de la casa chirrió, destrozada por el explosivo, cayendo ruidosamente al suelo. Después, pasos precipitados, órdenes, revolver de muebles en las habitaciones del piso bajo.

Bill, a la entrada de la escalera, en el piso principal, pistola en mano, los esperaba, muy abierto de piernas, impasible. Pasione, que se había levantado, estaba detrás de él, tiritando de pavor. Pensó que había hecho una locura en pedir asilo a Bill, el fichado. Pudo haber ido a casa de Kinley, el abogado, el que defendía a Grazio en algunos de sus asuntos. Kinley no era sospechoso y también sentía por ella gran afición. La hubiera acogida, seguramente. El precio hubiera sido el mismo. Pero ahora ella y Bill iban a morir sin remedio.

—¡Arriba! —gritó Gibbons—. Yo creo que no hay nadie en la casa...

—Sí hay, sí, jefe —replicó McLean—. Vi el reflejo de luz en una de las ventanas. Estarán arriba.

—¡Tevis! ¡Tevis! —gritó Gibbons con su voz potente, al pie de la escalera, que hacía un recodo en su mitad—. ¡Baje y no de lugar a que empleemos la violencia! ¡No tenemos nada contra usted, aunque debió de abrirnos cuando llamamos! ¡Bajé, Tevis, o subimos!...

—Suban, sí pueden —contestó Bill en tono impasible. Pasione le miró horrorizada. Era un valiente un suicida, sí, pero ello no alteraba el resultado final. La muerte de él, que no la importaba lo más mínimo, y la muerte suya. ¡La muerte suya! Sí; cometió una imperdonable torpeza en llamar a aquella casa, en acordarse de Bill, el oso. Era una verdadera ratonera, sin escape posible.

—¡Tevis, baje y tengamos la fiesta en paz! —rezongó Gibbons—. No tenemos nada contra usted, a no ser que haya sido usted el que

haya asesinado a esta mujer que está aquí ¡Baje con las manos en alto!

—¡Suban a levantármelas...! —exclamó Bill, sonriendo siniestramente.

—¡Han entrado por un balcón! —gritó de repente Pasione, mirando a sus espaldas—. ¡Han subido por la fachada! ¡¡Bill, que vienen!!

Bill miró extraviadamente a su espalda y al final de la escalera. Se dio cuenta de que estaba cercado, acorralado.

Disparó sobre los agentes que comenzaban a subir la escalera. Pero desde las habitaciones de atrás dispararon sobre él también. Se revolvió, ahora con una agilidad de tigre, cogiendo a Pasione por la cintura y apretándola contra él. La besó furiosamente. Ella le rechazó, arañándole, salvaje. ¡No quería morir ni aun en brazos de aquel que la defendía hasta perder su vida! ¡No quería morir! ¡¡No quería morir!!...

Disparó Bill sobre los que subían y sobre los que estaban a sus espaldas. Un duelo insensato, en el que él causó bajas, pero que no alteraba el resultado final.

Una verdadera granizada de balas, desde abajo, doblado el recodo de la escalera, y desde atrás, cayó sobre Bill y Pasione. El noruego, agarrado con una mano a la barandilla, y contra ella y su cuerpo a Pasione, para protegerla, disparó hasta que el cargador se agotó. Pero no podía ya hacer nada. Más de una docena de balas tenía en el cuerpo. Era un gigante, pero mortal al fin. Y Pasione ya estaba muerta, aunque en pie, sostenida por él, destrozado su extraño corazón a balazos.

Se derrumbaron ambos a la vez cuando Bill cayó muerto.

—Ya puedes ir a tu casa, querida —dijo McLean a Rose, cuando volvieron a la División—. Pasione jamás volverá a hacer daño a nadie.

La besó sonriente. Después la refirió lo ocurrido en Sullivan Street. Comentaron la muerte de Small. Ella le refirió cómo murió el agente especial y por qué. Le dijo después lo que Small confesó de la muerte de Tucker.

—Me pidió que se lo dijese a Gibbons —terminó ella—. ¿Qué te parece?

—No le digas nada al jefe de eso. Él sospechaba, pero no tenía la

certidumbre. El pobre Small estaba demente cuando lo hizo. Después, en las últimas horas de su vida, luchó por deshacer, hasta donde pudo, el mal hecho. Ha muerto como un bravo, leal al F. B. I.

¿Para qué echar ahora sobre su memoria un terrible borrón que jamás se limpiaría, aun pensando que estuvo loco? Quedémonos con ese secreto, querida mía.

—Eso pensé yo también, y te pregunté qué te parecía: si se lo decía o no a Gibbons. ¿Me vas a llevar a mi casa?

—Sí, claro. Y, mira, deseo que dentro de unos días tu casa sea la mía también, ¿sabes? Cada vez que un camarada cae, pienso muchas cosas raras.

—Pues no lo pensemos más, hijo —replicó riendo Rose—. Yo también he pasado lo mío, sin ser agente especial. Unidos para el peligro, unámonos para disfrutar de nuestro amor como Dios manda.

FIN

EL FINAL DE ROCCO

El "gangster" más sanguinario de todos los tiempos, Bandalino Rocco, cuyas fechorías sólo fueron emuladas por Alfonso Capone y O'Bannion, se enfrentó al más famoso de los agentes especiales del F. B. I. y...

FRANK McFAIR

el aplaudido autor, se revela en esta obra como experto conocedor del hampa de Chicago. El mismo afirma: "En ella he puesto toda mi ilusión y dominio de la historia criminal que asola a los Estados Unidos.

EL FINAL DE ROCCO

figurará en el puesto de honor de las principales bibliotecas particulares.

♦ ♦ ♦

Aventuras del F. B. I.

emocionantes Cuadernos Infantiles.

COLECCIONELOS

y tendrá una joya para sus hijos.

